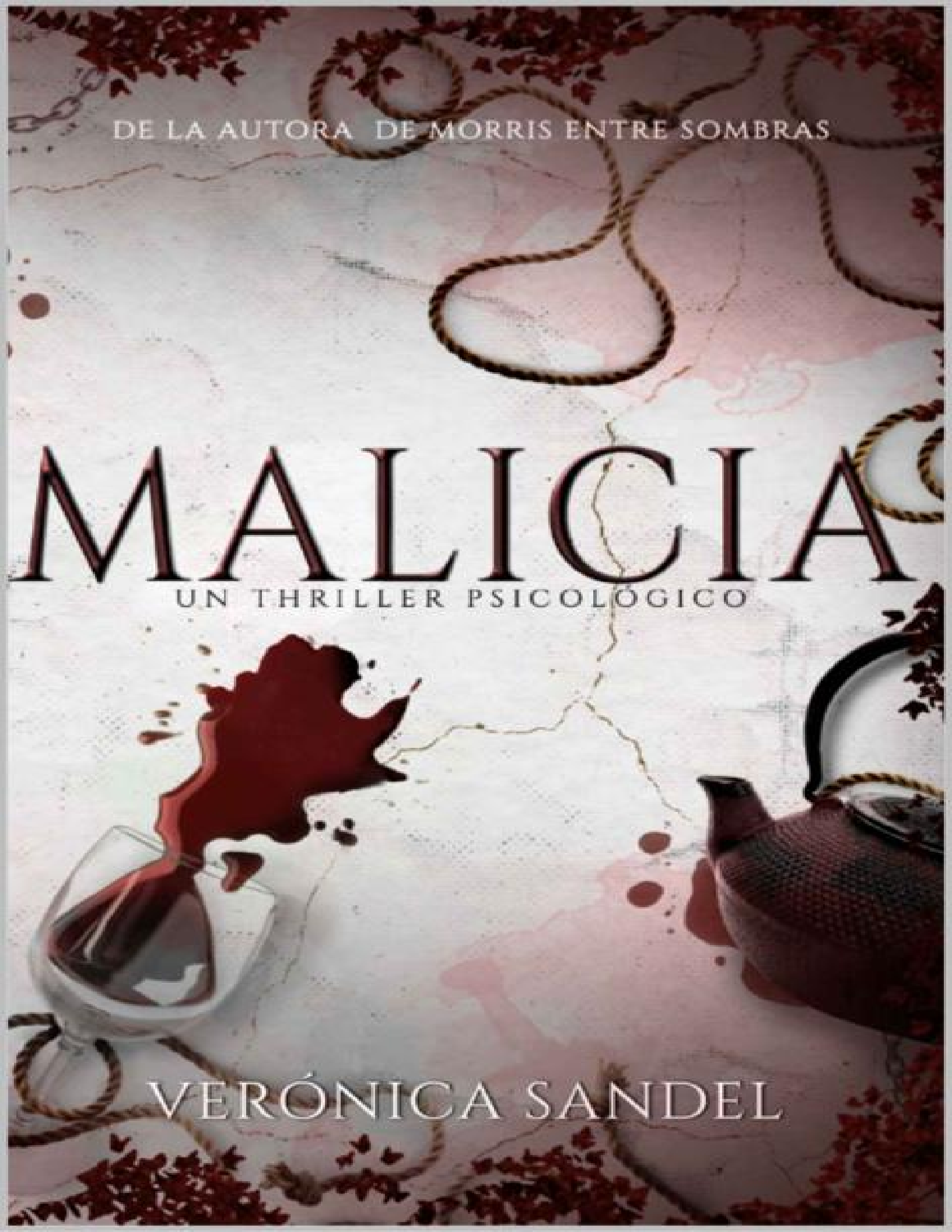

DE LA AUTORA DE MORRIS ENTRE SOMBRAS
MALICIA
UN THRILLER PSICOLÓGICO
VERÓNICA SANDEL

VERÓNICA SANDEL

MALICIA



Título original: Malicia

Autora: Verónica Sandel.
Primera Edición: Junio 2025
Corrección: Esther Sierra F. y Rocío García Melgar
Maquetación: Verónica Sandel
Diseño de portada: Dani Triana
Ilustraciones interiores: Veca Grace

© Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.
No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos de autor.
El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.
Copyright © 2025 Verónica Sandel
ISBN: 9798284663332
Sello: Independently published

Para Lola Madera,
todo empezó con una copa de vino.
Te quiero

INTRODUCCIÓN

En primer lugar, quiero aclarar que se trata de una novela autoconclusiva. Aunque aparecen los inspectores Morris y Medina, ellos NO son los protagonistas. Se hace referencia a la bilogía Morris, pero en ningún caso son concluyentes ni contienen spoilers; simplemente dan coherencia e inmersión completa al lector. Para que os hagáis una idea algo más clara, *Malicia* transcurre entre octubre de 2020 y junio de 2021.

Los nombres de las ciudades que aparecen son reales, pero todas las situaciones y lugares que he creado a su alrededor son ficticios y fruto de mi imaginación. Quise poner el nombre real de los lugares para ubicar al lector de una manera más real y fácil.

Por otro lado, he de destacar que, a lo largo de la novela, salen personajes de diversas nacionalidades, por lo que en varias ocasiones veréis palabras diferentes o acentuadas de manera distinta a las normas de la Real Academia de la Lengua Española.

Dicho esto, no me queda más que deciros que espero que disfrutéis de este thriller psicológico, donde descubriréis que la mente, en muchas ocasiones, se disfraza de nuestro peor enemigo y nos lleva a límites que jamás creeríamos.

ADVERTENCIA: leer este libro con una copa de vino puede ser altamente perjudicial.

PRIMERA PARTE



La niña abre los ojos poco a poco. Le duele la cabeza. Intenta hablar, pero siente su boca llena de algo gomoso. Huele a regaliz. Se encuentra de nuevo en el sótano, hoy está más oscuro que de costumbre. Su ira la lleva a las lágrimas. Intenta incorporarse, pero lo único que logra es lastimarse más, y entonces comienza a gritar. Lo hace por pura desesperación y rabia, ya que sabe que nadie la va a escuchar.

Tras un largo rato de auténtica furia, comienza a dar cabezazos contra la puerta, hasta que siente que un líquido tibio le baja por la frente.

«Nadie viene —piensa—. Siempre están con ella».

Las sombras parecen moverse a su alrededor, burlándose de su propia desesperación. Pero no es solo la oscuridad lo que la aterroriza. El silencio es lo que la paraliza.

Cada vez que piensa en ella, siente una mezcla de miedo y odio visceral recorrerle el cuerpo, algo que no puede explicar del todo.

«Ella tiene que desaparecer», asiente con la cabeza, decidida.

De pronto, la puerta se abre y la estancia se llena de luz.

—¿Qué haces aquí sola?

—Abu —susurra la niña, levantando las manos para que su abuela la coja en brazos.

—Pequeña mía —dice la mujer, mientras se agacha para abrazarla—, tenéis que dejar de jugar a esos juegos vuestros. Un día os vais a hacer daño de verdad.

—Yo no… yo no —acierta a decir la niña.

CAPÍTULO 1

Octubre 2020

Viernes, son las siete de la tarde, lo que para Alicia significa que su fin de semana libre da comienzo. Ha sido una semana bastante intensa en el trabajo, y la realidad es que se siente muy cansada. Últimamente, los sueños con «ella» han regresado, al igual que se han incrementado las discusiones con Mike.

Alicia trabaja desde hace dos años en una empresa familiar que se encarga de gestionar y abastecer a más de la mitad de las tiendas y supermercados de la provincia con sus maravillosos chocolates y dulces navideños. Llevan haciéndolos desde 1929, y realmente son un referente clave en toda la provincia. Dadas las fechas, todavía les quedan por delante dos meses frenéticos entre pedidos exprés, cestas de regalo, lotes para empresas y clientes impertinentes que lo quieren todo rápido y ya.

La jefa de Alicia, María, es una mujer pragmática y tranquila; jamás la verás perder la compostura. Tiene la capacidad de mantener la calma y, lo mejor de todo, sabe llevarse a los clientes a su terreno. Alicia suele quedarse embobada admirando esa habilidad: es capaz de darle la vuelta a cualquier problema o situación y conseguir que el cliente quede satisfecho, aun cuando viene enfadado.

Desde luego, Alicia está a años luz de ser como ella. Se podría decir que es su antítesis: quiere que todo salga a la perfección, pero de una manera rápida. Cuando algo no le sale a la primera o surge un imprevisto, se bloquea y se estresa, lo que le produce una sensación de insatisfacción tremenda.

Si al carácter de Alicia le unimos que últimamente no consigue dormir bien, que se despierta de madrugada sin recordar cómo llegó hasta la cama y que por la mañana se levanta con un terrible dolor de cabeza que la deja aletargada durante el resto del día, nos encontramos con una auténtica bomba de relojería. Pero ahora ya es viernes, y tiene dos días por delante para poder descansar.

Vive en Alicante, una ciudad costera del Mediterráneo que le resulta cómoda y accesible. A no más de diez minutos de su trabajo puede disfrutar del mar, y si desea ir a la montaña, tan solo tiene que desplazarse en coche una media hora.

A pesar de tener todo a su alcance, la realidad de Alicia es otra muy distinta. Su vida transcurre entre el trabajo y su casa y, una vez en ella, sueña con todo lo que podría estar haciendo en ese momento, pero acaba lamentándose delante de la televisión, viendo una película mientras se come un bote de helado de vainilla del supermercado de la esquina.

Sale de la confitería despidiéndose de María, que le sonríe. Se detiene en el exterior, nada más cruzar la puerta, cierra los ojos y respira hondo. Se mete un mechón pelirrojo tras la oreja y se va caminando calle arriba. Siente la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón, lo saca y ve que es Mike. Mueve la cabeza. No le apetece hablar con él, por lo que ignora la llamada y vuelve a guardar el teléfono.

«Hoy no quiero hablar contigo, Mike —piensa—. Ni contigo ni con nadie. Estoy muy cansada».

Se detiene en mitad de la calle, entrecierra los ojos porque una idea le ronda la cabeza. Asiente y decide que quiere ver el mar. Piensa que igual es eso lo que necesita, bajar hasta la arena y sentir cómo su mar la arropa. Así que da media vuelta y se dirige calle abajo. Además, a estas horas no debe haber mucha gente, y el sonido de las olas seguro que la relaja. Todo el estrés acumulado de la semana bulle dentro de ella como si fuera una olla a presión, y su interior está a punto de salir volando por los aires. Pero eso no puede suceder bajo ningún concepto.

Inspira profundo: ya empieza a oler a sal.

Pasa junto a un puesto de castañas y aminora un poco el paso, porque ese olor la traslada a cuando tenía cinco años y su madre les hacía castañas a su hermana y a ella… antes de que todo saltara por los aires. Antes de que todo… Mueve la cabeza para desechar esas imágenes de su mente. No las necesita, no quiere que vuelvan nunca más. Sin ellas está bien, está tranquila.

Sigue caminando hasta adentrarse en el paseo marítimo, observando los lujosos yates, al tiempo que escucha en sus *earpods Nothing Breaks Like a Heart*, de Miley. Cómo le gusta esa mujer, qué garra tiene. Sus canciones la atrapan, la hacen sentirse poderosa.

Se detiene frente a un hotel que hay a pie de playa y lo observa. Sus quince plantas, a esa hora, ya están iluminadas, con luces que cambian de color. Es imponente, siempre ha pensado que le encantaría dormir una noche ahí, con el sonido de las olas meciéndose de fondo. Sería maravilloso. Nunca lo ha hecho, y no sabe muy bien por qué, ya que, aun estando justo frente al mar, no es un hotel muy caro. Simplemente, le cuesta dar el paso. Aunque, en el fondo, la realidad es que siente que no se lo merece.

Detrás del hotel hay una pequeña cala. Ella solo espera que hoy no haya nadie; necesita estar sola. Lo rodea con pasos firmes hasta adentrarse por una estrecha carretera sin asfaltar, y el olor a playa y sal la inundan, así como el de las algas, todo hay que decirlo.

Sonríe, porque al llegar a la cala ve que está vacía. Se descalza, hunde los pies en la arena, apaga los *earpods* para poder escuchar las olas del mar y se queda ahí, en silencio, de pie. De golpe, algo la devuelve a la realidad: un murmullo lejano. Parece música. Se gira y busca de dónde viene, pero allí no hay nadie. Se adentra más en la cala y camina hacia el origen del sonido. Entonces los ve. En una esquina, escondidos, hay una pareja de adolescentes *dándose el lote.* Ellos ni la ven, evidentemente están a lo suyo.

Los observa, sin entender muy bien por qué lo hace. Tiene curiosidad, aunque al mismo tiempo la incomoda. Se había imaginado que estaría sola, pero al verlos, le viene a la mente Mike. Y hoy no desea recordarlo. Por eso, decide que lo mejor será regresar a casa. Pero una voz gutural la sobresalta.

—No —escucha.

—¿Qué? —pregunta girándose. Sin embargo, allí no hay nadie. Vuelve a mirar a la pareja: la están observando.

—No —repite la voz, dura, rasgada. No sabe muy bien de dónde proviene.

El chico se levanta y avanza decidido hacia ella.

—¡Eh, lárgate! Hay mucha playa —increpa—. ¿No ves que estamos ocupados?

Alicia no puede evitar fijarse en el prominente bulto que sobresale de la entrepierna del chico. Esto la hace reír; sin embargo, no se trata de una risa burlona del tipo *«uh, te he pillado».* No. Son carcajadas en toda regla, que resuenan con fuerza por toda la cala. Ni ella misma comprende por qué le provoca tanta gracia, pero no puede controlarlo.

—¿De qué coño te ríes? —replica, bastante enfadado, el chico, mientras se acerca más a ella.

—¡Perdona, perdona! —dice levantando las manos, excusándose —. Ya me voy. —Se gira intentando volver a su ser, confundida.

CAPÍTULO 2

—Señorita, señorita. —Alicia escucha a lo lejos la voz de un hombre y siente cómo la balancean. Abre los ojos y se encuentra frente a un agente de policía. No se lo espera y se sobresalta, chillando. Mira a su alrededor y se da cuenta de que está tumbada sobre la arena.

—Tranquila. —La voz del policía es relajada.

—Perdón, yo... No… —acierta a decir.

—¿Se encuentra bien? —El agente está agachado frente a ella.

—Sí, sí —carraspea, acomodándose el pelo, totalmente alborotado y lleno de arena—. Ayer salí de trabajar y quería escuchar el mar y… no sé… me habré quedado dormida… yo…

—¿Ha consumido alguna bebida? —quiere saber el policía, extendiendo su mano para ayudarla a levantarse. Ella se tambalea; su cuerpo está entumecido por la humedad. Al ponerse de pie, el frío se cuela por su nuca, provocándole un escalofrío que la hace tiritar.

—No, no, yo… —Se queda en silencio, recorriendo con la mirada la cala. Entonces se da cuenta de que es noche cerrada—. ¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana, señorita.

El agente la observa entrecerrando los ojos, como si quisiera averiguar algo más: quizás, saber si la han agredido, o si va borracha.

—La verdad es que no sé cómo me he quedado dormida. Debí sentarme un momento y…

—No se preocupe —sonríe el policía, colocando la mano sobre su espalda para ayudarla a caminar—. ¿Quiere que llamemos a alguien?

—No —niega con la cabeza—. No hace falta, gracias.

—¿Se ve con fuerzas para caminar? —El policía la vuelve a escrutar con la mirada y, en ese momento, se siente algo incómoda. No se lleva bien con la policía en general desde… desde aquello.

—Sí, sí, últimamente no descanso bien —confiesa—. No sé qué me pasa, me siento muy cansada.

—La acompañaremos hasta su casa.

Alicia lo observa. Le parece un hombre muy atractivo, con unos ojos muy bonitos y cálidos, pero no deja de ser un policía.

—No, no, gracias —se excusa. Prefiere ir sola, caminar, pensar, despejarse—. Vivo en la Avenida América, en quince minutos estoy en casa, no se preocupe.

—De acuerdo —asiente con una sonrisa.

La acompaña hasta el paseo marítimo, donde su compañero le espera de pie junto al coche patrulla, estacionado sobre la acera. Se despide de ella.

—Vaya con cuidado.

—Descuide, gracias —susurra Alicia mientras se aleja, agachando la mirada.

Su mente está saturada. Las preguntas se le agolpan en la cabeza.

«¿Cómo puede ser?»

«¿En qué momento me he quedado dormida?»

«¿Dónde está la pareja?»

«¿Habrán sido ellos los que avisaron a la policía?»

Intenta hacer memoria, y lo último que recuerda es al chico diciéndole que allí no pintaba nada. Después de eso no hay nada más. Se siente mal, confusa, sin entender qué es lo que le está pasando.

«¿Tan cansada estoy?», se pregunta.

Llega a casa con un dolor punzante en el estómago. El frío se le ha colado en el cuerpo, y sabe que no se le va a pasar hasta que no se meta en la cama con la manta eléctrica.

La pobre Rayna está como loca; tiene mucha hambre y maúlla desesperadamente nada más verla entrar en casa. Alicia la coge en brazos e intenta calmarla con besos y arrumacos, pero la gata se

escabulle para correr y situarse junto a su cuenco de la comida, dejando claro que lo único que quiere es su comida.

—¡Ya voy! —dice sonriendo—. Hoy, de premio, latita. ¡Te lo has ganado! —Va hasta el armario, abre una lata de pollo con verduras y la vuelca en el cuenco de cristal.

Deja a Rayna dando lametones a su comida como una loca y va a ponerse el pijama. No se piensa duchar, está helada. Solo quiere meterse en la cama, enchufar la manta eléctrica y descansar. Necesita urgentemente cerrar los ojos, olvidarse del mundo y dormir.

CAPÍTULO 3

Alicia ha quedado con Mike para comer, aunque no tiene muchas ganas de estar con él. Últimamente, cuando están juntos, siente como si pasara algo y ella no supiera qué es. ¿Conoces esa sensación que se nota en las entrañas cuando sabes que algo no anda bien, que no acaba de encajar, pero no eres capaz de descubrir lo que ocurre en realidad? Pues eso es lo que le pasa con Mike.

Sale de casa y, al cerrar la puerta, se encuentra en el descansillo con Sheyla, la vecina nueva del C.

«Parece maja la chica», piensa.

Sheyla trabaja en una cafetería muy mona que hay en el centro. Según le han contado, está decorada con mandalas, siempre suena música tranquila de fondo y tiene un patio interior con una fuente de un buda. Alicia ha querido ir en un par de ocasiones, pero nunca ha encontrado el momento.

—¿Qué tal estás? —sonríe su vecina.

—Bien, he quedado para comer con mi novio.

—Hay que aprovechar los sábados —contesta con una sonrisa.

«Esta chica siempre está sonriendo, ¡qué maja es!», piensa Alicia.

—¿Tienes una moto, verdad? —le pregunta, aunque es obvio: Sheyla lleva un casco en el codo. Pero lo dice por sacar tema de conversación.

—Sí, me la compré hace solo unos meses —responde, acariciando el casco—. Un sueño cumplido.

—¡Fantástico! Ya me darás una vuelta algún día —contesta al mismo tiempo que escucha a Mike llamar al timbre con insistencia para que baje.

—Te reclaman —dice, abriendo la puerta de su apartamento.

—Sí, nos vemos.

Baja las escaleras con una sensación rara. Su relación con Mike pasa por unos momentos extraños: o tienen días grandiosos en todos los sentidos, o días en los que, más que pareja, parecen enemigos irreconciliables.

Abre la puerta y allí está Mike, con una amplia sonrisa.

—Hola, amor. —Se acerca, la coge por la cintura y la levanta como si fuera una pluma. O eso le debe parecer a él, que mide metro noventa y se machaca los músculos a diario en el gimnasio. Ella se agarra a sus fuertes hombros y comienzan a darse besos, de esos superempalagosos. Pero a Alicia se le remueve algo en el estómago. En su cabeza aparecen los dos adolescentes que se encontró en la playa, y se imagina a Mike y a ella en esa situación, lo que la hace estallar en carcajadas. Su novio la mira extrañado, le sujeta la cara con ambas manos y le planta un beso sonoro en la frente.

— ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —le saca la lengua—. Que me gustas mucho, ¿sabes?

Él la mira, sorprendido, pero no le dice nada.

—Ayer por la tarde te estuve llamando y no di contigo, ¿dónde te metiste?

—Me fui a casa, estaba muy cansada —miente descaradamente.

No quiere dar explicaciones sobre lo que pasó la noche anterior, aunque la realidad es que ni ella misma sabe muy bien qué ocurrió.

—He reservado en el griego del centro —sonríe él, tirando de su mano para empezar a caminar calle abajo.

—Jura. —Lo frena en seco. Mike asiente y se planta frente a ella. Alicia lo abraza por la cintura—. Eres el mejor novio del mundo mundial.

Mike saca pecho y sonríe.

El restaurante griego del centro tiene lista de espera de meses. Hacen la mejor musaka que Alicia ha comido en su vida. Además, en su primera cita fueron allí, por lo que sospecha que su chico trama algo. Sonríe y se deja llevar, hoy se siente feliz.

Llegan al restaurante y, nada más entrar, el aroma a especias mediterráneas inunda a Alicia, quien cierra los ojos: ese olor la transporta a aquella primera cita, una noche mágica en la que, después de cenar, caminaron por el paseo marítimo como si se conocieran de toda la vida, contándose anécdotas mientras la luna llena los acompañaba. En esa época, todo parecía perfecto.

Una mano la devuelve a la realidad. Es la de Mike, diciéndole que tienen que entrar; su mesa ya está preparada.

Las paredes están tal y como las recordaba, decoradas con pinturas de paisajes griegos y escenas cotidianas de la vida de sus habitantes. Unas elegantes lámparas cuelgan del techo y dan al lugar un ambiente cálido y hogareño al mismo tiempo. En un rincón, un músico toca melodías tradicionales que te hacen olvidar dónde estás y te transprtan a Grecia.

—Mike, esto… Esto es… —acierta a decir, mirando a su alrededor mientras se sienta a la mesa.

—Amor, llevamos una temporada muy mala y… —Mike le coge de la mano—. Quiero que estemos bien, que volvamos a ser los de antes.

—Yo también —confiesa ella, y de nuevo aparecen esas mariposas en el estómago.

—No quiero que te pongas celosa porque alguna chica me mire, o…

—Yo no me pongo celosa si tú no… —replica, poniéndose recta en la silla, dispuesta a saltar a la primera de cambio si fuera necesario. Las mariposas desaparecen al instante.

—No digo eso. Lo que quiero decir es…

—¿Qué? —le espeta—. ¿Qué es lo que quieres decir? —La mirada de Alicia cambia, se oscurece.

—Que quiero estar contigo, Ali. Quiero que seamos los de antes y…

—¿Y qué? —Ella ya no está receptiva; ahora su actitud es de defensa y, si fuera necesario, de ataque.

—Que no te enfades siempre, que estemos bien, amor. —Le aprieta la mano y, justo cuando ella va a replicar, el camarero aparece con la carta. Alicia parpadea y se relaja; parece que ese

cabreo momentáneo se ha apaciguado. La realidad es que no quiere saltar así con Mike, pero ese tipo de comentarios la sacan de sus casillas, sin poder evitarlo.

Después de comer, deciden pasar el fin de semana en casa de Mike. Es perfecto, porque su compañero de piso se ha ido de viaje con su novia. Además, su cama es enorme y su pantalla de televisión es de cincuenta pulgadas. Se avecina un fin de semana como los de antes: lleno de pelis, comida basura, helado de vainilla y, por supuesto, mucho sexo. Esa parte siempre había sido una locura con Mike. Sabía dónde y cuándo tocarla para revolucionarla y hacerle perder la cabeza, hasta el punto de no recordar nada después. Era absolutamente frenético.

CAPÍTULO 4

—Mierda, este falafel está increíble, Ali.

—Brutal —contesta ella, untando uno en la salsa de yogur.

—Mi hermana quiere que vayamos juntos al cumpleaños de Marcos —suelta Mike, y se levanta para ir a buscar algo a la cocina. Alicia se queda con los ojos muy abiertos.

—Eh… —acierta a decir.

—Sé que no quieres dar un paso más, que estamos bien así y eso, pero…—Le da una botella de coca cola.

—¿Qué me das?

—Coca —dice, y vuelve a sentarse en el sofá.

—¿No tienes vino?

—¡No! —Mueve exageradamente la cabeza y la mira, como si fuera algo que ella ya debería saber.

—Vale… —dice arrugando la boca. Coge la botella de refresco, la abre y le da un gran trago—. ¿Qué peli quieres ver?

Mike se la queda mirando.

—Porfa, Ali, no me cambies de tema.

Ella se remueve, inquieta, en el sofá.

—Estamos bien así —se queja.

—Les hablo tanto de ti que es normal, quieren conocerte.

—Pues ya sabemos quién tiene la culpa. No les hables tanto de mí y se soluciona el tema. ¿Cuál de los dos es mi rollo? —pregunta, señalando a los paquetes envueltos con papel de aluminio que descansan sobre la mesita.

—Los pedí iguales —contesta, entregándole uno.

—¿Te lo pediste sin cebolla? —Abre la boca, incrédula.

—Para que luego no te quejes —replica, lanzando hacia el techo su aliento. Ella lo observa y suelta una carcajada. Él la mira y sonríe.

Entonces, a ella le cambia la cara de golpe y levanta una ceja.

—Tienes algo en… —se aproxima a él.

—¿Qué?

Alicia se acerca lentamente y, con la punta de la lengua, le limpia un poco de salsa de yogur que se le ha quedado en la comisura de los labios.

—¡Joder, Alicia! —gime Mike.

—Pues eso, que estamos bien así, ¿no? —ríe y se gira para abrir su rollo.

—Ya de las Navidades ni hablamos, ¿no?

Alicia se queda congelada, con el rollo en la mano, a mitad de camino. Gira la cabeza hacia él, parpadea varias veces exageradamente y traga saliva. Mike se remueve incómodo.

—¿Por qué, Mike?

—¿A qué te refieres?

—¿! ¿¡Quieres joder el finde!? —Suelta el rollo sobre la mesa y apoya sus manos en las rodillas—. Es sábado, estamos bien, yo solo quiero ver una peli y descansar. He tenido una semana agitada, de verdad.

—Te explotan en ese sitio —contesta para cambiar de tema—, tú vales más.

—¡No me explotan! —Mueve la cabeza, molesta—. Solo que ahora vienen meses de mucho curro y es lo que hay.

—Ya, pero hay días que te pasas ahí metida doce horas.

—Me gusta mi trabajo, Mike.

—Lo sé, pero…

—Aparte, María es muy cariñosa conmigo, se porta muy bien.

—¿Quieres el último? —interrumpe para apaciguar el ambiente, señalando el solitario falafel que queda en la bandeja.

—Cómetelo tú, gordo. —Alicia suelta una carcajada.

—Oye, ¡no estoy gordo, estoy fuerte! —replica, sacando pecho. Ella mueve la cabeza y coge el mando de la tele.

—¿Género?

—No me pongas una romántica, que me duermo.

—¡*Percy Jackson y los Dioses del Olimpo!* —exclama Alicia, subiendo los pies al sofá y soltando otra carcajada. Mike la mira y

mueve la cabeza

—¿No quieres más? —Por respuesta, niega con la cabeza.

Mike recoge la mesa mientras ella se acurruca en el sofá junto a Rayna. No podía dejarla en casa sola todo el fin de semana.

—¿No quieres cenar, princesa? —le susurra al oído. La gata estira las patas delanteras, ronronea y se hace una bolita. Coge el mando y empieza a pasar series.

Mike se quita las deportivas y se acomoda junto a Alicia.

—¡Auch! Me estás chafando, ¡gooordaco! —refunfuña ella.

—Y más que te voy a chafar —se aplasta contra ella y la besa—. Amo cuando estás así.

—¿Cuándo estoy cómo? —pregunta, poniéndole la mano en el pecho para retirarlo.

—Así —sonríe él, lanzándose de nuevo a sus labios— cariñosa, amable…—susurra mientras la besa.

—¡Mierda, Mike! —replica, levantándose del sofá.

—¿Pero, qué te pasa? —Él la agarra de la mano para que se siente de nuevo.

—¡Vete a la mierda! —Se zafa y coge a Rayna, que se había acomodado en el brazo del sofá.

—Ali, tía, estábamos bien, no empieces otra vez —ruega él, siguiéndola.

—Siempre estamos bien hasta que la cagas —replica, metiendo a Rayna en su mochila.

—¡No me jodas! Ali, no te puedes ir. —Mike se acerca por detrás para abrazarla, pero ella le empuja y le suelta un derechazo.

—¡Joder, Alicia! —grita, tocándose la cara.

—¡Déjala! —susurra ella, con los puños apretados.

—¿Cómo? —pregunta Mike, confuso.

—¡Te he dicho que la dejes! —Se aproxima a él con la mandíbula tensa y la respiración acelerada.

—Ali…—ruega él—. Relájate.

—¿Que me relaje? —espeta, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Empiezas tú y, ¿soy yo la que debe relajarse?

—Vamos —intenta agarrarla de la cintura para calmarla.

—Ni se te ocurra tocarle un pelo.

—¡Otra vez! —dice él, levantando los brazos —. Siempre te pones a hablar así de rara cuando discutimos, ¡joder!

Se gira y avanza con pasos rápidos hacia la salida.

—No te vayas, Ali, podemos arreglarlo.

—¡No! —Lo fulmina con la mirada, abriendo la puerta.

—Ali, por favor…

—¡Mira y verás! —escupe, dándose la vuelta y cerrando con un golpe fuerte tras de sí.

—¡Mierda! ¡Mierda! —farfulla Mike—. No la entiendo.

CAPÍTULO 5

La semana ha sido muy ajetreada en la confitería: muchos pedidos, los clientes ya han empezado con las prisas, y eso que todavía queda más de un mes para que llegue la Navidad. Pero por fin es viernes, y Alicia solo piensa en llegar a casa y descansar. Sus noches han vuelto a ser extrañas, con sueños raros, dolor de cabeza y, cómo no, Mike. El martes se acercó a su casa; se suponía que quería arreglar las cosas. Sin embargo, tuvieron una discusión bastante fuerte y a ella no le apetece lidiar con él este fin de semana. Le volvió a sacar el tema de conocer a su familia, y eso la agobia mucho porque, según ella, están bien así. No quiere compromisos, y él no lo acepta.

—Aaaah, ¿y me lo dices ahora? —replicó Mike.

—Jamás te he dicho lo contrario.

—Es de suponer que, cuando una pareja avanza en la relación, va pasando etapas, Ali.

—¿Es de suponer? ¿Es de suponer? —replicó, enfadada.

—¡Sí! Todas las parejas funcionan así.

—Pues yo no funciono así.

—¿Y qué, nos vamos a quedar así toda la vida?

—¡Yo qué sé!

—No conozco a tus amigos, ni a tu familia.

—Mike… —advirtió ella.

—¿Mike qué? Es verdad, una única vez me presentaste al tío ese que…

—¡Para el carro! —levantó el dedo índice frente a su cara, cabreada—. Sabes que no me gusta hablar de mi pasado.

—Ya, ya, ni de tu futuro tampoco, ¡no te jode! —le recriminó él.

—¿Qué te importa? —gritó ella.

—¡Somos una pareja, Alicia, claro que me importa! —Él la agarró del brazo para atraerla hacia su cuerpo—. No sé nada de tu pasado, no quieres hablar de un futuro, ¿a dónde mierda nos lleva esta relación?

—¡Tú mismo lo has dicho: a la mierda! —Alicia se zafó del agarre, enfadada.

—¿Por qué no quieres? Yo te puedo ayudar.

—¿Ayudar a qué?

—A que estés bien, a superar tus traumas y… quiero saber de tu familia, de tu pasado, ¡joder!

—¿Traumas? ¡¿De qué coño hablas?! —Ella le dio un empujón y él le agarró la mano.

—No empieces con la manita… ¿Por qué quieres enredarlo, Mike?

—No quiero enredarlo, quiero conocerte mejor, Ali. Saber más de ti, ayudarte.

—¿Jodiéndome el día?

—No quiero joderte el día, pero entiende que llevamos juntos tres años, y estamos exactamente en la misma casilla de salida.

—¿Y qué? —Colocó las manos en jarras.

—Que quiero más —sentenció.

—¡Estoy bien así! ¿Qué parte no entiendes?

—Nunca me vas a hablar de tu familia, ¿verdad?

Alicia se quedó en silencio.

—Si te hicieron daño, yo puedo ayudarte y…

—¡Cállate! —exclamó ella, ahora fuera de sí, apretando los puños.

—¡No me callo, joder! —replicó él, elevando más el tono de voz. Entonces, empezó a pegarle en el pecho y tuvo que sujetarla con fuerza por las muñecas.

—Ali, Ali, perdona, no quería que…

—Suéltala, ¡hijo de la gran puta!

—Ali…

—¡Suéltala! —repitió, con la respiración entrecortada.

—¿Ali…?

—Trátala bien, hijo de puta, o… —Ella lo miraba, apretando los dientes.

—¿Tratarla? ¿A quién? Pero… ¿tú te oyes cuando hablas?

—¡Vete a la mierda! —espetó, soltándose del agarre, y se dirigió hacia su habitación.

—¡Ali, espera! —Trató de alcanzarla antes de que llegara al pasillo.

—¡Déjala o te arrepentirás! —siseó ella, con una voz ronca, para luego escupirle en la cara.

—Necesitas ayuda, te lo digo en serio.

—¡Lárgate ya de mi casa!

—¡No! —la retó él.

—¡Fuera! —ella lo empujó—. ¡Fuera, fuera, fuera! —seguía empujando.

—Vale, vale —Mike levantó las manos—. Me voy, pero esto hay que solucionarlo, no podemos continuar así.

Ella se quedó mirándolo de una forma muy siniestra, casi antinatural. Con la cabeza medio agachada y ladeada, de su boca empezó a sobresalir un amago de sonrisa. Mike la observó, movió la cabeza sin entender su actitud y se marchó.

Alicia lleva toda la semana dándole vueltas a la maldita discusión. Le vienen flashes de esa escena e intenta que desaparezcan porque se estresa mucho. Solo necesita que todo siga igual. Ha encontrado estabilidad, quiere que la vida pase: ir a trabajar, estar tranquila, disfrutar los fines de semana con Mike o sola… la verdad, ya le da un poco igual. Aunque, en el fondo, le quiere. Le gusta acurrucarse en su pecho cuando hace frío, comer falafel o sushi en el sofá y dejar que la vida transcurra. Pero, desde hace un tiempo, él quiere más y ella sabe muy bien que eso no es bueno, nada bueno.

Está muy cansada, solo piensa en acurrucarse en el sofá, abrazada a Rayna, y descansar. Así que pone rumbo a casa. La cara de Mike aparece y desaparece en su mente, por lo que decide colocarse sus *earpords* para tratar de desconectar, y sube el volumen al máximo. Su canción favorita no se hace de rogar: *We can´t stop* suena alto y fuerte, y ella chasquea los dedos al ritmo de la música. Se cruza con una chica que la mira y le sonríe, lo que le hace venirse arriba; es su momento y lo disfruta al máximo.

La canción justo acaba cuando gira la esquina de su casa. Le vibra el móvil: es una llamada entrante de Mike. La ignora y se queda quieta al lado de la portería, con el móvil en la mano. Inevitablemente, la cara de Mike se le aparece en la mente. Saca el móvil con sentimiento de culpa, abre el WhatsApp y teclea.

ALICIA: Mike, estoy cansada. Ya hablamos.
MIKE: Hay un nuevo restaurante mexicano, ¿te paso a buscar?

Resopla, enfadada.

—¿Qué parte de «estoy cansada» no entiende? —dice en voz alta y teclea a toda pastilla.

ALICIA: Déjame respirar, quiero estar sola.

Se queda quieta porque ve que Mike está escribiendo. Respira hondo.

—Si quiere pelea, va a tener pelea —murmura.

Una señora que pasea a su perro se la queda mirando con curiosidad. Alicia sonríe y saca las llaves de la portería.

Mira el teléfono de nuevo, pero Mike ya no está en línea, y lo guarda. Siente una punzada de culpabilidad, la invade una mezcla de sentimientos contradictorios. En el fondo, sabe que Mike la quiere, pero en los últimos meses ella se irrita con su sola presencia, no puede evitar saltar a la primera de cambio. Aunque muchas veces piensa que él la busca, y que disfruta cuando la ve alterada.

Antes se pasaban horas colgados al teléfono. No se les acababan las conversaciones. Ahora Mike es monotema con el asunto de avanzar en la relación. Antes la hacía sentir viva. Sus problemas desaparecían al instante. Recordaba cómo, cada vez que sonaba el móvil, su estómago se llenaba de mariposas. Se sentía amada, deseada. Pero ahora solamente se siente presionada. A veces por su cabeza pasa la idea de separarse de él, pero el solo hecho de pensar que otras manos le pudieran tocar, que otros labios le pudieran besar, la pone de los nervios. Sabe que sería capaz de arrancarle la cabeza a cualquiera que se atreviera a ponerle las manos encima a su Mike. Porque eso es lo que él es, al fin y al cabo: *su* Mike.

Al entrar en casa, el olor a cítricos la envuelve por completo. Se quita los zapatos y los deja en mitad del salón. Luego los recogerá… o quizás no.

Rayna se restriega contra sus piernas. Lleva todo el día sola y quiere mimos; es su pequeña princesa. La coge, la abraza, la besa y, la gata, feliz, se limita a dejarse querer y a ronronear. Es un sonido tan relajante que Alicia se queda de pie, abrazándola, durante varios minutos. Nota cómo sus uñitas se le clavan en el hombro. Es algo que le encanta hacer: le mulle. Dicen los expertos que es un gesto muy común en gatos caseros, que lo hacen cuando se sienten muy felices. Por lo visto, es como si volvieran al momento en el que mamaban de su madre.

—Mi preciosa gatita ronroneadora, cómo te quiero —le susurra, al mismo tiempo que la achucha un poco más. Le planta un beso en la cabeza y ella ni se queja. Al contrario; le encanta, porque la ha echado de menos. En alguna ocasión se ha planteado adoptar otro gato, para que no pase tantas horas sola, pero el carácter dominante de Rayna la frena, no está muy segura de si se llevaría bien con él. Es demasiado diva, quiere ser única. Se va con ella en brazos hasta la habitación, y la suelta sobre la cama. Rayna la mira y sale corriendo por el pasillo en dirección al comedor, desde donde maúlla insistentemente.

—Tienes hambre, lo sé. Ya voy, dame un segundo —grita, mientras se quita los pendientes, el colgante y la pulsera que lleva. Los coloca con cuidado dentro del joyero de piel de su abuela, lo toca con cariño y sonríe.

—Abu… —susurra. Lo cierto es que la extraña muchísimo.

Su abuela fue su único apoyo durante su infancia cuando… cuando pasó lo que pasó.

Se mira en el espejo y abre mucho los ojos al verse. Tiene unas ojeras que le llegan casi hasta el suelo. Se recoge el pelo —su preciosa melena pelirroja, esa que ha heredado de su madre— y un mechón le cae sobre la frente. Se lo mete detrás de la oreja y se desmaquilla con cuidado. De fondo, Rayna sigue pidiendo su plato de comida. Cierra los ojos por un momento, dejando que el agua tibia acaricie su piel mientras se retira los restos de maquillaje. Se

seca la cara con mucho mimo, y ese gesto de autocuidado le saca una sonrisa.

—Mi niña, si no te cuidas tú, nadie lo va a hacer —repite la frase que le susurraba su abuela en los días de crisis.

Y entonces se da cuenta de lo cansada que se siente.

Vuelve al salón para dar de comer a Rayna, que sigue maullando como si no hubiera comido en una semana. Tanto, que se le mete entre las piernas y casi la hace caer de bruces. En ese momento, una extraña ráfaga de viento le roza la nuca. Se gira sobresaltada y ve que la ventana del salón está abierta. Es raro, porque se asegura antes de salir de casa de que todo esté cerrado. Le da auténtico terror que a Rayna le pueda suceder algo. Siempre ha sido precavida en ese sentido, pero el miedo se intensificó desde que el gato de su vecina del quinto se cayó por la ventana, con un trágico final.

Alicia estuvo semanas afectada. En varias ocasiones quiso ir a hablar con su vecina, Liú. No es que fueran íntimas ni nada por el estilo, pero alguna vez habían coincidido de fiesta y se había mostrado muy simpática. En su interior, algo la motivaba a ofrecerle palabras de aliento, aunque solo fuera por el hecho de que ella también tenía un gato y podía empatizar con su dolor.

Pero, desde el accidente, Liú empezó a actuar de una forma muy extraña con Alicia. Cada vez que la veía, se alejaba corriendo, despavorida, o se quedaba mirándola, y cuando Alicia le intentaba hablar, le gritaba.

—Lo sé, lo sé. —Y se marchaba llorando.

Una tarde, decidió llevarle magdalenas. Hizo un gran esfuerzo: buscó la receta por internet, compró los moldes de silicona, todos los ingredientes, y se pasó casi tres horas haciéndolas. Es cierto que no fueron las mejores magdalenas del mundo, pero estaban pasables. Las metió en un bol de cristal y subió al quinto piso para acompañar en el duelo a su vecina.

Liú abrió la puerta y, nada más verla, le empezó a gritar que, como se le ocurriera volver por allí, la denunciaría. Alicia se quedó ojiplática, no entendía nada, y se marchó pensando que su pobre

vecina del quinto se había trastornado tras la muerte traumática de su gato.

Desde ese día, antes de salir de casa, revisa concienzudamente todas y cada una de las puertas y ventanas.

Lo cierto es que Alicia recuerda bien poco de la noche del accidente del gato. Tiene flashes: una discusión con Mike, los vecinos haciendo corro junto al cuerpecito del animal, y una Liú desconsolada. Poco después llegó un coche de policía, y de ahí en adelante… nada más. Bueno, sí. Hay una imagen, pero es un fragmento pequeño, en la que está Liú increpándola con el dedo. Le hablaba en chino, su idioma natal, y Alicia no entendía nada de lo que le decía.

CAPÍTULO 6

Suena el teléfono de casa y se sobresalta. Su primer instinto es ir a contestar, pero se para en seco a mitad de camino y decide que no lo va a hacer, porque está completamente segura de que es Mike. Se da la vuelta y va directa a dar de comer a Rayna. Elige una latita de salmón y quinoa: es fin de semana y su princesa se merece un premio.

Abre la nevera y se queda mirando las botellas de vino que tiene. Se decide por un tinto, un Ribera del Duero que llegó hace un par de semanas al trabajo. Es un vino con una acidez media-alta, con toques de mora y cuero.

Se sirve una copa generosa, lo huele y le da un pequeño sorbo. Mueve el vino en el interior de su boca.

—Delicioso —dice tras tragar el líquido. Da otro sorbo y siente cómo un calor agradable le baja por la garganta.

Rebusca un poco en el congelador, buscando qué cenar. Ve una pizza, niega con la cabeza y coge una caja de palitos de merluza rebozados. Se queda mirándola, pero su estómago se queja y cambia de opinión.

—Este maravilloso vino se merece algo a su altura —asegura, parada frente al congelador.

Al fondo ve una musaka y se lanza a cogerla, pero las imágenes del fin de semana pasado en las que ella y Mike están comiendo en un griego la asaltan de pronto. Suspira, suelta la caja como si le quemara y cierra el congelador.

Se sienta en el taburete alto que hay en la cocina y da otro sorbo.

—Ramen —dice en voz alta. Su estómago le pide algo calentito, y ese plato le va a templar no solo el cuerpo, sino también el alma.

Coge el móvil, abre la app de Delivery y se desplaza hasta el restaurante. Selecciona ramen con extra de huevo y le da a «aceptar».

Mientras espera, se acerca a la ventana con la copa en la mano. El cielo está rojizo y le resulta algo hipnótico. Siente cómo Rayna se restriega contra las piernas. Se agacha y la coge. Ella también quiere ver el cielo. Es muy graciosa: se pone a oler el cristal dejando pequeños vahos con su naricita. Alicia la abraza y suspira. Se siente muy cansada, realmente cansada.

Es una noche bastante cálida para estar a finales de octubre; sin embargo, un extraño escalofrío le recorre toda la espalda. Suelta a la gata y, de un trago, se acaba el vino.

—¡Noche de chicas! —dice en voz alta, alzando la copa hacia Rayna, que está en mitad del salón, lavándose la cara con su patita.

Suelta una carcajada y va a servirse otra copa. Mira la app para ver por dónde va su ramen. Tiene hambre, y ahora más al saber que le quedan tan solo diez minutos. Tiempo más que suficiente para darse una ducha rápida.

Ya duchada y algo más relajada, va directa a la cocina para dar un buen trago del vino que ha dejado sobre la encimera.

Con un pijama de osos muy cómodo, enciende la televisión. En la pantalla aparece una tertulia de esas de viernes por la noche. Están hablando de los recientes asesinatos que han asolado la ciudad, y a la derecha, en bucle, sale un fragmento de la rueda de prensa que dio la inspectora encargada del caso. Ha sido un caso muy sonado, por lo que lo ha comentado en el trabajo con su jefa, e incluso con los clientes. Hasta ahora se sabe que una horda de murciélagos ha atacado a varias mujeres, chupándoles prácticamente hasta la última gota de sangre.

Mueve la cabeza, porque lo último que le falta ahora es soñar con murciélagos asesinos que la atacan. Así que abre la app de series y selecciona la sección de terror. La próxima semana será Halloween y le apetece una película de miedo, su género favorito, aunque no esté Mike para que ella se pueda agarrar a su mano o esconder la cara entre su fornido pecho.

Decide poner la última de la saga de *La Purga*, que, aunque no es exactamente de terror, ha leído las críticas y parece que está bastante bien lograda; dicen que consigue mantenerte enganchado durante toda la peli.

Suena el timbre y se sobresalta.

—Joder, y todavía no he puesto la peli —dice, acariciando la cabecita de Rayna, que está sentada en el sofá y observa cada uno de sus movimientos.

Va corriendo hasta el interfono, pero antes de abrir coge la copa de vino y se bebe lo que le queda de un sorbo. Abre, y a los pocos minutos aparece por el pasillo un hombre con un casco de moto puesto.

—Que aproveche —dice sin más, entregando una bolsa de papel marrón.

—Gracias —responde ella, y cierra la puerta.

Deja el paquete sobre la encimera y, emocionada, abre su deliciosa cena con la misma ilusión que un niño abriría un regalo en Navidad. Lo huele y mete el caldo en el microondas, porque para su gusto siempre se lo traen un poco frío. Se ha venido un poco arriba y ha pedido picante nivel cinco. Mientras espera que se caliente el caldo, se sirve la tercera o la cuarta copa de vino de la noche.

—¡Auch! —Se quema la punta del dedo gordo al sacar el envase de cartón del microondas, pero, por suerte, consigue que el tarro de caldo no se le caiga al suelo. Se frota la yema contra el pelo, porque recuerda que su madre siempre le decía:

«Ráscate contra el pelo para que no te salga una ampolla».

Ella nunca ha estado muy segura de si eso sirve o no, pero lo hace más por costumbre que por otra cosa. Abre el tarro de los fideos y los vuelca en el caldo, lo tapa con un trapo un par de minutos y se sienta tranquilamente a cenar, disfrutando de su deliciosa comida mirando al infinito.

El picante cinco es picante cinco, y le arde la lengua, la garganta y hasta el alma, pero le encanta. Para calmar el picor le da un trago al vino, que parece que va actuando tanto en su lengua y garganta como en su mente, que se empieza a relajar y a divagar sobre su vida.

Se pone a pensar en que tiene que retomar la lectura. La tiene tan olvidada que ni recuerda cuál fue el último libro que leyó. Se da cuenta de que le escuece un poco la yema del dedo y se acuerda de su madre. En ese momento, la imagen de Mike vuelve a aparecer en su mente.

—No —replica, moviendo la cabeza, enfadada consigo misma. Esa noche se siente demasiado cansada. Esa noche es suya.

El vino ya le está haciendo efecto, aunque, en el fondo, una pequeña punzada de culpabilidad le sigue atenazando el estómago.

Termina el ramen, tira los botes a la basura y abre el congelador para ver si queda algo de helado. Al percatarse de que no hay más, se pone una nota mental: «comprar helado de vainilla».

Se tumba en el sofá, sintiendo todavía el picante de su deliciosa cena, y coloca detrás de su nuca un cojín que le regaló Mike el año pasado. Otra vez Mike, está por todas partes.

El salón está en penumbra y solo se escucha el suave ronroneo de Rayna, que se ha instalado en su regazo. Coge el mando y le da al *play*. Empieza la película, pero no aguanta despierta ni quince minutos.

CAPÍTULO 7

Alicia nota un gran peso sobre las piernas. No puede moverlas.

«¿Qué me pasa?», se pregunta, y entonces recuerda que Rayna se le ha hecho un bollito encima.

Se siente incómoda; quiere levantarse para irse a la cama. Sin embargo, no es capaz. Trata de mover las piernas, pero le resulta completamente imposible. Intenta incorporarse del sofá con las manos, creyendo que las piernas se le habrán dormido por la posición, y entonces se da cuenta de que tampoco puede.

«¿Qué me pasa?», se angustia.

Empieza a ponerse nerviosa. Piensa que debe estar en una especie de sueño y por eso no se puede mover. Lo ha visto en muchas películas; es simplemente eso, se dice, y trata de relajarse.

«¿Qué se hace en las películas para despertar?»

No se lo había planteado jamás, dado que nunca antes había estado en una situación parecida. Su mente corre en busca de respuestas, intenta recordar las soluciones que ha visto en escenas similares, pero justo en ese momento no le viene ninguna imagen a su cerebro y se empieza a agobiar. El agobio va en aumento, hasta el punto de sentir que el pecho se le bloquea y no puede entrar nada de aire en sus pulmones.

Entonces, la voz de su terapeuta resuena fuerte en su mente.

«Toma aire en cuatro tiempos, Alicia. Aguántalo cuatro segundos, retenlo por otros cuatro más y después suéltalo muy despacio. Cuando estés en momentos de estrés, la respiración será tu mejor aliada».

Intenta llevarlo a cabo, pero no entra nada de aire en sus pulmones. Siente que se está asfixiando, por lo que trata de cogerlo con la boca. Le entra el aire y lo suelta de golpe. Prueba una

segunda vez, pero todo sigue igual, y ella continúa sin poder moverse.

En otros momentos de su vida, cuando de golpe y sin venir a cuento la ha atenazado la ira o la frustración, ha realizado los ejercicios y sí que le han ayudado. Pero hoy no; no consigue relajarse, y cada vez va a peor porque la razón por la que está tan agobiada es porque no puede moverse, y si no puede moverse, se agobia. Y si se agobia, se queda sin respiración. Está atrapada.

La sensación que tiene es como si estuviera bajo el agua, pero ella sabe que está en el sofá de su casa. Aunque sus ojos están cerrados, es consciente de que está en su salón. De golpe, nota que cae. Cae en un abismo de oscuridad.

En esa negrura en la que se siente flotar, escucha un ruido. Parecen unos pasos lejanos. Y, de nuevo, revive la impresión de estar tumbada en el sofá.

«¿Qué es ese ruido?».

El corazón se le acelera. No puede ser. Presta atención y, efectivamente, parecen pasos. Intenta concentrarse, debe ser en el piso de arriba, hoy en día las paredes están hechas casi de papel de fumar. Aguanta la respiración para escuchar con atención, pero la sangre le bombea tan rápido que lo único que oye es el latido frenético de su corazón en los oídos.

De nuevo, esos pasos. Se inquieta, parece que están dentro de su casa. Sin embargo, eso es imposible, porque ella está sola y nadie más tiene llaves.

«¿Quién hay ahí?», intenta decir en alto, pero su voz suena solo en su interior.

«Cuerpo, muévete. Mente, ordena a mi mano que se mueva. ¿No era así?», repite mentalmente.

Le viene a la cabeza una película en la que un chico estaba recuperándose de un accidente de coche, y tenía que aprender a caminar de nuevo. Su terapeuta le decía que el poder estaba en la mente, que le ordenara a su dedo que se moviera. El protagonista lo conseguía. Sin embargo, Alicia no logra mover ni siquiera un párpado.

Ahora nota que una sombra la cubre. Hay alguien detrás de ella. Mejor dicho; sobre ella. El pánico la atenaza al darse cuenta de la realidad: no está sola. Hay alguien en su casa, y lo peor de todo es que ese alguien la está observando.

«Tranquilízate, Alicia», se dice, para intentar calmar su respiración.

En su mente empieza a elucubrar posibilidades. La primera, y más lógica, es que ha venido Mike, pero él no tiene las llaves de su casa, con lo que eso queda descartado. Mientras piensa en Mike, vuelve a sentir esa presencia, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

«¿Serán imaginaciones mías?»

Está empezando a dudar hasta de sí misma, de lo que siente, de lo que escucha.

Una fuerte respiración a su derecha la sobresalta. Nota su calor, incluso su olor. Huele a vino, más concretamente… a su vino.

Intenta tranquilizarse, convencerse de que es un sueño. Ayer se pasó bebiendo y este es el resultado. Los sueños pueden llegar a ser muy reales, excesivamente reales. Viene a su memoria una vez que soñó que iba montada en una bicicleta por un sendero de tierra y de golpe, este desaparecía y ella caía en picado, directa hacia el vacío. Recuerda la sensación de caída como si fuera cierta, real, y justo cuando estaba a punto de estamparse contra el suelo, se despertó. La mente te juega malas pasadas. Sin embargo, hoy no parece ser el caso, porque ella sigue sin poder moverse.

Ahora puede ver el techo del salón. Tiene los ojos abiertos, continúa paralizada, pero al menos ve dónde está. Su mente comienza a divagar, se fija en el foco de color negro y se da cuenta de que hay que pintar el techo. Hay pequeñas manchas oscuras de la anterior lámpara. El casero es bastante majo, aunque un poco rata.

Escucha de nuevo los pasos. Intenta mirar hacia todos lados, pero no logra ver nada; solo alcanza a contemplar el techo. Presta más atención. Está segura de que son unos tacones, por lo que debe ser una mujer. El corazón le palpita en los oídos. Oye cómo se abre la nevera, percibe el tintineo de una botella. Parece que se va a servir una copa de vino. Los pasos van de un lado al otro de la

cocina y Alicia vuelve a intentar moverse. Nada, su cuerpo sigue sin obedecerle. Cierra los ojos y trata de concentrarse para ver si se despierta. Piensa que todo esto es demasiado loco como para ser real, y lo único que consigue es que el corazón se le acelere aún más y que vuelva esa rabia que había sentido minutos atrás. Empieza a hiperventilar, y sabe que, si sigue así, se va a desmayar. Es una reacción natural del cuerpo para evitar entrar en shock.

Tras varios minutos tratando de tranquilizarse, consigue que el corazón rebaje sus pulsaciones. Al menos ha dejado de oír los pasos. Presta atención de nuevo: nada, ahora no escucha nada. Espera; nada. Y de golpe, siente de nuevo la respiración, ahora a su izquierda. Nota que alguien la está observando. Gira los ojos, pero no ve a nadie. Allí no hay nadie, aunque lo siente. Intenta mover la cabeza y nada, no puede moverse. Grita con todas sus fuerzas, pero de su garganta no sale ni una triste vocal. Su cuerpo tampoco se mueve ni un maldito centímetro. Sigue atrapada.

«Por favor, quiero despertar. Quiero despertar de esta horrible pesadilla en la que estoy metida».

Escucha que los pasos se alejan; se dirigen hacia su habitación. Percibe cómo abre los cajones de la cómoda, cómo rebusca entre sus cosas, y la ira la mata por dentro.

«Deja mis cosas, joder. Deja mis malditas cosas y lárgate de mi casa».

Se altera al escuchar cómo abre la cajita de música que le regaló su padre cuando era pequeña, y esa melodía la rompe en mil pedazos, la hace llorar. Esa canción le trae demasiados recuerdos, hay mucho dolor tras unas simples notas musicales.

Pasan los minutos y, por fin, cuando es capaz de tranquilizarse, otra idea se le cruza por la mente: ¿la habrán drogado? Pero… ¿Cuándo? ¿Cómo? Ayer salió de trabajar y se fue directa a casa.

El ramen. Ha tenido que ser el ramen. O el vino. Ella no suele beber entre semana y, al llegar, recuerda a la perfección que la botella de vino blanco estaba abierta.

Está drogada. Piensa que alguien ha debido entrar en su casa y ponerle algo a la botella. Pero ¿por qué? Y sobre todo, ¿para qué?

«Para matarme», piensa, y un escalofrío la recorre de arriba abajo.

Baraja varias posibilidades, pero principalmente se mantiene en que le han dado burundanga. Es una droga que, por lo que tiene entendido, te paraliza y hacen contigo lo que quieren. Ella ya no suele tomar drogas. Cerveza y vino, sí. En alguna época, un poco más de la cuenta, pero lleva ya bastantes años que solo bebe alcohol los fines de semana.

La idea de que la van a matar se asienta en su cabeza y, de manera automática, piensa en Mike. Y ahora sí que se siente culpable, porque si ella muere, no podrá volver a verle. En el fondo, lo quiere con toda su alma: ha sido el único que la ha tratado bien, que no la ha juzgado. Ahora, alguien ha entrado en su casa, la ha drogado y la va a matar, y no va a volver a verle, a su Mike. Su cabeza se llena con un millón de imágenes de él, besándose con otras mujeres, y la ira le sube por el estómago.

Sus elucubraciones son interrumpidas por los pasos, que van de nuevo hacia ella. Se concentra en ellos. Avanzan pausados, lentos… Y otra vez, siente cómo alguien la cubre. Sigue con los ojos abiertos, pero no ve a nadie, aunque lo percibe. Ahora nota el aliento casi en su cara. Tanto, que llega a tener un sabor amargo en su propia boca. Su respiración se vuelve a agitar. Intenta chillar, en vano.

Escucha una voz. No entiende lo que dice, es un susurro oscuro, quebrado e ininteligible. Parecido al que oyes cuando estás bajo el agua y alguien desde la superficie te habla. Esa es la sensación que tiene Alicia en este momento.

CAPÍTULO 8

El timbre de la puerta suena insistente varias veces y Alicia, que está perdida en sus pensamientos, se sobresalta. Piensa que esa podría ser su oportunidad. Desesperada, trata de gritar con todas sus fuerzas, pero su garganta se niega a cooperar. La rabia y la frustración la consumen por dentro.

–Al Iim perrrdóname —escucha cómo Mike aporrea la puerta.

Arrastra las palabras, parece que está borracho, y eso es todavía más extraño, porque hace mucho tiempo que dejó la bebida. Le está pidiendo perdón. ¿Perdón por qué? Si es ella la que le ha dado calabazas este fin de semana. No entiende nada, pero le da igual, porque jamás se había alegrado tanto de que viniera Mike.

«Estoy aquí, Mike, estoy aquí, por favor entra y ayúdame».

Oye que la puerta se abre y el corazón se le para. Se oyen susurros a lo lejos. La voz le suena familiar, aunque no la reconoce. ¿O sí? No está segura, está tan nerviosa que no sabe ni lo que escucha.

—Allllicia, Aaaalicia. —La voz de Mike tiene un eco extraño, como si estuviera lejos y no a un par de metros de ella, que sigue postrada en el maldito sofá de su salón.

Intenta girar los ojos todo lo que puede para ver si consigue distinguir algo, pero solo ve lo mismo: el techo, la lámpara y las manchas negras, cosa que hace que la rabia vuelva a bullir en su interior.

«¡Mike, estoy aquí! ¡Estoy aquí, por favor, sálvame!», grita desesperada, pero Mike no puede escucharla porque la voz de Alicia se queda encerrada en su propia cabeza.

Tras un rato de intentos vanos, asume por fin que no puede hacer nada, por lo que no le queda otro remedio que prestar

atención a la conversación.

Mike ahora parece hablar con más calma, no arrastra tanto las palabras y la conversación, aunque ininteligible para Alicia, suena correcta, incluso cercana o amistosa, con lo que llega a la conclusión de que se conocen. Pero esa cordialidad cambia por completo en cuestión de segundos y las voces suben de tono, se escuchan lo que parecen insultos, el jarrón de la entrada se cae y se rompe en mil pedazos. Él le pide que pare y, entonces, el miedo se asienta de nuevo en el estómago de Alicia, porque una idea aparece en su mente.

«¿Y si lo mata?»

«Nooo, maldita sea, Mike, lárgate ahora mismo» chilla, pero no la escucha. Da la impresión de que ni tan siquiera sabe que ella está ahí, paralizada en el sofá.

Ahora parece que Mike suplica. No logra escuchar la conversación, solo palabras sueltas.

—Alicia… Por favor… Déjame ayudarte… No… Antes… Por favor… Alicia.

Alicia se queda en blanco, no entiende nada. Nada de lo que está sucediendo tiene sentido.

La puerta se cierra con un golpe fuerte y Alicia se sobresalta. Mike, desde fuera, la aporrea insistentemente una y otra vez. Tras varios minutos de negativas por parte de la persona que hay en el interior, se marcha.

Se vuelve a quedar sola. Bueno, ahora sabe que no está sola.

Escucha cómo rebusca en su bolso. Lo identifica porque lleva colgada una campanita de la suerte, y su tintineo se oye perfectamente. Coge las llaves, abre la puerta y se va.

Ahora parece que sí está sola, por fin. No se puede creer que se haya marchado. Es su momento, tiene una segunda oportunidad. Debe despertar, cueste lo que cueste., Ha de intentarlo con todas sus fuerzas, puede que sea la última. La persona que estaba en su casa se ha llevado las llaves, con lo que volverá, y no sabe el tiempo del que dispone.

La habitación empieza a dar vueltas. Siente que se cae, pero eso es imposible porque está sobre el sofá. Cierra los ojos para tratar de

calmarse, respira profundamente y, de golpe, oscuridad.

CAPÍTULO 9

Vuelve a escuchar los malditos tacones, dando vueltas por la cocina, y nota que ya no está en el sofá; está en su cama. Al darse cuenta, empieza a sentir que se asfixia, no puede respirar, pero ahora es diferente, como si estuviera dentro de un sueño. De repente, su cuerpo se levanta como un resorte y el oxígeno entra a borbotones en sus pulmones. Se agarra con una mano a la colcha de la cama y con la otra se toca el pecho. Poco a poco, vuelve a recuperar la normalidad y su corazón disminuye las pulsaciones.

Puede moverse. Se mira las manos, se toca los brazos y se da cuenta de que ya no lleva el pijama puesto. En su lugar, lleva su vestido negro de antelina. Lo curioso es que lo lleva puesto del revés, aunque ella no le da importancia a ese detalle porque lo importante es que puede volver a moverse. Se pellizca en el brazo para comprobar si es real, por si acaso. Lo hace demasiado fuerte; tanto, que mañana en esa misma zona tendrá un moratón, pero le da igual porque está despierta y viva.

Se queda en silencio. No escucha nada. Le duele la cabeza. Se acaricia la mejilla porque la nota ardiendo y, al tocarla, se da cuenta de que está muy inflamada. Debió darse un golpe, pero no lo recuerda.

Se incorpora poco a poco. Rayna está tan tranquila, hecha un ovillo a los pies de la cama. La acaricia y la gata le devuelve el gesto con un ronroneo. Va descalza por el pasillo que lleva hasta el comedor, casi de puntillas. Necesita saber si realmente está sola.

Se asoma: allí no hay nadie.

—¿Qué ha pasado?, no me acuerdo de nada —susurra, tocándose la cabeza. Su voz suena excesivamente ronca y la

garganta le duele a rabiar, como si tuviera una lija ocupando su espacio.

Se acerca a la puerta y le pone el pestillo de seguridad. Luego se aproxima hasta el congelador para coger una bolsa de guisantes y se los coloca en la cara. El alivio es inmediato.

Se da cuenta de que sobre la isla de la cocina hay dos copas de vino. Ambas están vacías, pero contienen restos. Se acerca, coge una, la examina con cuidado y observa que tiene carmín de color rosa. En la otra, en cambio, la marca de labios es roja. Recuerda perfectamente que ella ayer se desmaquilló nada más llegar a casa. Con el corazón acelerado, se acerca hasta el espejo del recibidor y allí, da un respingo al verse maquillada en exceso.

—No lo he soñado, ayer alguien estuvo en mi casa —dice, mirando a Rayna, que la ha seguido hasta el comedor y ahora está tranquilamente sentada, observándola como si nada sucediera.

Va hasta la cocina a prepararse un café. Se sienta, medio aturdida, en el taburete. Se acuerda de Mike. Él estuvo allí anoche, o por lo menos eso cree. Se levanta y busca el móvil en su bolso. Marca su número y ahora es él quien no responde. Le deja un mensaje de voz.

—Mike, llámame, tenemos que hablar. Perdona, te echo de menos.

Deposita el teléfono sobre la mesita y guarda los guisantes en el congelador.

Suena el teléfono. Sale corriendo para cogerlo; debe de ser Mike. Piensa que es hora de disculparse: lo de anoche fue muy raro y… Se queda parada al ver que no es Mike; es Carlos, el compañero de piso de su novio. Le extraña; nunca la ha llamado.

Descuelga. Carlos le habla muy rápido, está muy alterado, casi no le entiende. Por lo visto, algo malo le ha pasado a Mike, parece que tuvo un accidente. Está muy grave en el hospital.

—Carlos, más despacio, no te entiendo.

—Alicia, han atacado a Mike en su piso.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con un hilo de voz.

—No está bien, no está bien —solloza Carlos.

—Carlos, me estás asustando.

—¿Ayer le viste? —pregunta con la voz entrecortada.

—No, ayer no… —Se queda en silencio porque las imágenes se le agolpan en la cabeza. Mike en su casa, borracho, discutiendo con… No sabe con quién, ya que desconoce quién estuvo en su casa. Pero lo que sí recuerda es que se marchó tras discutir con Mike, ¿o se marchó tras él?

—¿Ali, estás ahí? —pregunta Carlos. —¿Lo viste ayer? —insiste.

—No, ayer no.

—¿Estás segura?

—Sí, Carlos. Dime qué ha pasado —le exige.

—Está ingresado de gravedad en el Hospital General.

—¿Qué dices?

—Está en cuidados intensivos, Alicia.

—Voy para allá. —Cuelga el teléfono sin darle tiempo a contestar.

—¡Joder, joder, joder! —empieza a dar vueltas por el comedor—. Han atacado a Mike. Tuvo que ser la persona que estuvo aquí ayer, seguro.

Sale corriendo. Se pone unos tejanos, la primera sudadera que encuentra, se calza las deportivas y marcha disparada hacia el Hospital General.

Coge un taxi que tarda menos de diez minutos en llegar al edificio, un monstruo blanco que abarca toda una manzana. Sube al quinto piso sin casi darse cuenta; va como un robot. No sabe cómo ha llegado allí, hasta que se encuentra de frente con Carlos. Tiene la cara totalmente desencajada, y está abrazado a la hermana de Mike. Alicia no la conoce en persona, pero la reconoce de las fotos que le ha enseñado él.

—Carlos… —Se lanza a él y la chica, al verla, cae de rodillas llorando.

—¿Por qué?, ¿por qué? ¡Maldita sea! —grita, desconsolada.

Alicia se queda en estado de shock; no entiende qué está pasando. Necesita que alguien le dé alguna explicación o le va a dar un infarto.

—Carlos —insiste.

Unas enfermeras y un hombre alto, vestido con traje, se llevan a la hermana de Mike casi a rastras.

Carlos se sienta en la salita de espera, blanco como la pared. Alicia lo sigue y se sienta a su lado.

—Carlos…

—Acaba de morir.

—¿Qué? —Su voz sale en un susurro, su cuerpo se queda helado, siente que se marea y se agarra a la silla.

—No me lo puedo creer. —Se encoge sobre sí mismo, se tapa la cabeza con los brazos y rompe a llorar.

—No puede ser. —Alicia niega, en estado catatónico, mirando la pared de enfrente.

—Ha dicho tu nombre —susurra Carlos levantando la vista, pero sin poder mirarla a la cara.

—¿Cómo dices?

—Su última palabra antes de morir fue: Alicia.

Se vuelve a marear. Se sujeta más fuerte a la silla y al brazo de Carlos al mismo tiempo, pero él no hace nada. Está ahí, lánguido, mirando al infinito.

Pasados unos minutos, le cuenta que lo encontraron malherido en su casa. Le habían dado una paliza de muerte. Los vecinos escucharon una discusión con una mujer, sobre las dos de la mañana. No se sabe nada más. Por lo visto, no era la primera vez que sucedía y no le dieron importancia.

Alicia recalca que ayer estuvo en su casa, pero no dice nada sobre que Mike fue a verla borracho, ni sobre la persona que estaba allí. Se siente totalmente aterrada.

—Una mujer —murmura ella al rato.

—¿Qué? —Has dicho que los vecinos aseguraron que tuvo una discusión con una mujer. ¿Qué mujer?

—No lo sé.

A la mente de Alicia vuelven, de nuevo, las imágenes de la noche anterior: ella tumbada en el sofá, sin poder moverse, y Mike, borracho como una cuba, gritando su nombre.

Se toca la cabeza, le duele.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Carlos, señalando su pómulo.

—Pues… —balbucea en voz alta.

Carlos la mira con una cara muy rara, traga saliva y se pone a llorar de nuevo. Alicia no se inmuta, está en shock, no puede creerse lo que está viviendo.

—¿Señorita García? —Un señor de traje la hace volver al presente, a la única realidad que la aplasta en ese momento, en la que Mike está muerto—. ¿Se encuentra bien?

—No mucho, la verdad. Me siento un poco mareada —contesta, y se queda mirando al infinito. Piensa en Mike. Ya no va a volver a verlo. Está muerto. Esto no puede estar pasando.

—Señorita García. —Escucha de nuevo la misma voz. Levanta la vista y se lo queda mirando sin comprender qué quiere.

—¿Sí?

—¿Se encuentra bien?

—Me duele la cabeza. —Se incorpora y trata de salir, pero el señor se interpone en su camino. Alicia lo mira, no entiende nada.

—Tiene mala cara, ¿necesita que le traigamos algo? —pregunta amablemente.

—No, no gracias. Estoy bien. —Se sienta de nuevo en la silla, bastante aturdida.

—Soy el agente Ramírez y necesito que me acompañe a comisaría —informa sin más.

—¿Yo? —Levanta la cabeza para mirarlo. Carlos los observa, se incorpora y sale de la sala de espera. Alicia le sigue con la mirada.

—Señorita García, aquí. —Chasquea los dedos delante de su cara.

—¿Por qué? —Trata de enfocar la vista.

—Usted era la pareja de Mike, ¿cierto? —La escruta con intensidad.

La mente de Alicia se ha quedado parada en la palabra «era», y ahí permanece un buen rato, analizándola.

—Señorita García, beba un poco de agua.

Le entrega una botella. Ella la coge y da un pequeño sorbo. Se da cuenta de que le cuesta tragar; le duele muchísimo la garganta.

—Gracias —contesta, sin apartar la vista de una baldosa rota en el suelo.

Bebe otro sorbo de agua, como si fuera un autómata. Tras unos segundos, no puede aguantarlo más y rompe a llorar.

—¿Quiere que avise a un médico?

—No —niega, sorbiendo los mocos como si fuera una niña pequeña.

—Debe acompañarnos —insiste el agente Ramírez.

—¿Estoy detenida o algo así? —gimotea sin entender nada, moviendo la cabeza.

—Es simple rutina —contesta, pero ella no se lo cree.

Le están ocultando algo. Se le pasa por la mente que igual está en peligro y no quieren asustarla. Eso tendría lógica.

Al final, y sin meditarlo mucho, asiente con la cabeza y les acompaña, porque quiere acabar con todo esto cuanto antes para poder irse a casa. Está muy cansada.

CAPÍTULO 10

Alicia llega a la comisaría de policía bastante aturdida. El agente que conducía el coche se ha pasado todo el camino observándola por el retrovisor. Ella ha llorado durante todo el trayecto por Mike, por su Mike. Ya no le podrá decir todo lo que le hubiera gustado que supiera: que en el fondo lo amaba, que quería pasar el resto de su vida con él, pero que no se atrevía por el maldito miedo a que su pasado volviera y lo estropeara todo, ahora que parecía que todo iba bien.

La dejan sola en una habitación con una gigantesca mesa de metal en el centro. A Alicia le recuerda más a una sala de autopsias de esas que salen en las series policíacas que a una sala de interrogatorios. Además, allí dentro hace un frío de mil demonios, y ella va solo con una sudadera. Siente que está viviendo una situación irreal, una vida que no le pertenece, como si lo que está pasando no fuera suyo.

Por fin, después de lo que para Alicia ha sido una eternidad, la puerta se abre y tras ella aparecen dos policías vestidos de paisano, con cara de pocos amigos. El hombre lleva una grabadora y un ordenador entre sus manos; la mujer, una botella de agua.

—Buenos días, señorita García. Soy la inspectora Camila Morris y él es el inspector Gabriel Medina. ¿Cómo se encuentra? —Se sienta frente a Alicia y le ofrece la botella. La coge sin rechistar y traga saliva.

—Hola —contesta escuetamente. Su mente no entiende muy bien por qué está allí, debería estar en el hospital con Mike. Su cabeza va a mil por hora y se siente muy cansada.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas, si no es molestia. —La inspectora la escruta con la mirada y Alicia, en ese momento, se

siente pequeñita. A su mente, de nuevo, vuelven las imágenes de la noche anterior, y se queda mirando al infinito.

—Señorita García. —La voz del inspector es dulce y la saca de su ensoñación.

—¿Qué? —pregunta, buscando los ojos del hombre. Se fija en ellos, y él le sonríe levemente. Ella aprecia unos diminutos hoyuelos en sus carrillos.

—¿Qué relación tenía usted con Mike Teller? —interrumpe la inspectora.

Alicia la mira y se da cuenta de que la cara de esa mujer le suena muchísimo, pero con el dolor de cabeza que tiene no es capaz de concentrarse.

—Es mi pareja.

—¿Se llevaban bien?

—Claro —miente.

Algo en su interior le empuja a hacerlo. Todas sus alertas se han activado de golpe, no sabe si es por el tono de la inspectora, por la muerte de Mike o por lo que pasó anoche, pero siente que ahora debe protegerse a toda costa.

—¿No solían discutir? —pregunta el inspector.

Alicia se queda en babia, mirando de nuevo sus hoyuelos.

—¡Alicia! —La inspectora chasquea los dedos.

—¿Qué?

—¿Ha tomado drogas?

—No —contesta, moviendo la cabeza enérgicamente.

—¿Qué tal era la relación entre el señor Teller y usted? —insiste el policía.

—Bueno, en realidad es que ahora no estábamos pasando por nuestra mejor época, pero lo íbamos a solucionar y…

—¿Eso quiere decir que discutían muy a menudo? —La inspectora vuelve a la carga.

Tiene una voz contundente, y la verdad es que impresiona a Alicia, porque no deja de indagar en su mirada. Se siente desnuda frente a ella, como si por algún motivo fuera capaz de detectar la mentira. Y entonces, su interior se revuelve. Esa inspectora está husmeando donde no hay nada. Ella sabe perfectamente cómo

trabajan estos chupasangres; ya lo vivió en sus propias carnes en el pasado: buscan cosas inexistentes, sacan mentiras de verdades. Pero ahora es una adulta y no va a permitir que le hagan lo mismo.

—¿Discutían? —insiste amablemente el policía.

—No… bueno, a veces, como todas las parejas. ¿Usted no discute? —replica un poco molesta.

Siente que ella no debería de estar allí. *Su* Mike acaba de morir, y no tiene ningún sentido que le estén preguntando si discutían o no.

Baja la mirada y, de golpe, la cara ensangrentada de Mike aparece como un espectro en su cabeza. Se queda sin respiración.

—¿Dónde estuvo ayer por la noche? —La voz del inspector la devuelve a la realidad. Alicia mueve la cabeza para centrarse, lo mira y contesta en un susurro.

—Estuve en mi casa, toda la noche.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —La inspectora le señala el moretón que tiene en el pómulo.

—¿E… esto? —acierta a decir, tocándose el rostro. Maldita sea, no lo recordaba—. Debí darme un golpe ayer. Tomé varias copas de vino y no recuerdo muy bien… —Se da cuenta de que está a punto de meter la pata y se calla—. La verdad es que me dormí pronto.

—¿Suele beber a diario? —La inspectora es implacable.

—No, solo en contadas ocasiones, cuando tengo un mal día —contesta sin pensarlo mucho. Mientras, su compañero teclea cada una de sus palabras en el portátil.

—¿Qué le pasó para que tuviera un mal día? —pregunta él, sin levantar la vista del ordenador. Alicia abre la botella de agua y le da un trago. Necesita tiempo para contestar. Se siente acorralada, y ella no ha hecho nada. De nuevo, la imagen de la cara de Mike irrumpe en su cabeza.

—Llevo una racha mala, no duermo bien y… Tomé un par de copas de vino para conciliar mejor el sueño, solo es eso. Además, era viernes por la noche. Entre semana no bebo.

—¿Qué le ha pasado en la mano derecha?

—¿Qué? —Alicia baja la vista y, en ese preciso momento, se da cuenta de que tiene un corte, en el que no había reparado. Ayer por la noche no lo tenía, de eso está segura.

—¿Dónde estuvo anoche, señorita García? Sabemos que Mike fue a su apartamento, sus vecinos lo han corroborado —asegura él.

—Sí, bueno, anoche vino a mi casa, pero no le abrí la puerta —contesta.

Tal y como iba el interrogatorio, Alicia estaba convencida de que, si les contaba lo de los pasos, que había alguien en su casa y que ella no podía moverse, no la iban a creer. Pensarían que estaba loca y las cosas se liarían más, tenía experiencia de sobra para saber que se le complicarían, con lo que decidió omitirlo.

—¿Está usted segura?

—Si estoy segura… ¿De qué exactamente? —eleva el tono de voz porque está bastante molesta. Se quiere ir de allí, estar en su casa, tomarse una copa de vino, meterse debajo del edredón y hacerse una bolita junto a Rayna.

—¿Está segura de que ayer por la noche usted y Mike no tuvieron unas palabras subidas de tono en el descansillo de su piso? —pregunta la inspectora, con un ligero cambio en su tono de voz.

—Como le he dicho, ayer llegué a casa, me tomé unas copas de vino y me dormí en el sofá —contesta de manera brusca.

En ese momento siente fuego en su interior, una ira que no sabe si va a ser capaz de controlar, y de forma inconsciente se clava las uñas en la mano.

Los dos policías se miran y Alicia percibe cómo la mujer asiente levemente con la cabeza.

—¿Qué sucede? ¿Por qué se miran? Ya les he dicho que ayer no le vi.

—De acuerdo, señorita García, no la retendremos por más tiempo. Ahora vendrá un agente para tomarle las huellas y una muestra de ADN.

—¿Por qué? —pregunta, irguiendo la espalda.

—Protocolo.

—¿Y si me niego?

—Podemos retenerla aquí cuarenta y ocho horas —aclara Morris —. Tiempo más que suficiente para que llegue una orden judicial y no se pueda negar, lo que usted prefiera.

—Está bien —cede, intentando relajarse. Lo único que quiere es marcharse cuanto antes a casa, a su rincón seguro, a su lugar de paz, junto a Rayna.

—Lamento comunicarle que no puede salir de la ciudad hasta que se esclarezcan los hechos de la muerte de su novio, ¿lo entiende? —explica lentamente el hombre, al mismo tiempo que se levanta.

—Pero ¿por qué?

—Hay que aclarar los hechos de la muerte de Mike —repite la inspectora, apretando los labios.

—¡Yo no le he hecho nada! —eleva de nuevo el tono de voz—. ¡Alguien le ha pegado una paliza! —replica, levantándose de golpe, llena de rabia mientras aprieta los puños.

—¡Siéntese ahora mismo! —La inspectora se levanta al mismo tiempo y da un paso hacia Alicia. Ella aprieta el mentón por la rabia.

—¿No deberían estar investigando? ¿Buscando a su asesino? —grita, más alterada de lo que le hubiera gustado mostrarse, pero, como en otras ocasiones, no es capaz de regular su temperamento.

—Eso es exactamente lo que estamos haciendo. Tranquilícese.

—¿Que me tranquilice? —Alicia atraviesa con la mirada a la inspectora—. ¡Deberían estar buscando a su agresor!

—¡No salga de la ciudad! —contesta con brusquedad Morris. Alicia bufa, pero asiente con la cabeza.

Los inspectores se levantan y salen de la sala. Al momento, entra un joven con gafas, guantes blancos y mascarilla para tomarle las muestras que necesita. Ella se deja hacer sin mostrar resistencia.

Media hora más tarde, sale de allí hecha una furia. Por el camino se choca con una policía altísima que la mira con cara de sorpresa, pero ella va a lo suyo. Quiere salir de allí, llegar a casa, meterse en la cama y hacerse un ovillo. Lo peor de todo es que no recuerda la mitad de la noche y no sabe ni cómo se ha hecho el corte de la mano, ni tampoco la magulladura de la cara. ¿Habría forcejeado para intentar salvar a Mike? No se acuerda de haber salido de casa; nada tiene sentido. Por mucho que se esfuerce, no consigue recordar nada y, ahora sí, empieza a estar realmente asustada.

CAPÍTULO 11

—Díaz, buenas tardes —saluda la inspectora mientras entra junto a su compañero en el depósito de cadáveres.

—Hola, inspectores. Estoy a punto de acabar con la autopsia de este hombretón.

—¿Puedo acercarme? —pregunta prudentemente Morris.

—Claro. Fíjate, tiene los brazos y el rostro llenos de laceraciones debidas a cortes. Parece que le hayan arrojado una vajilla entera a la cara.

—¿Causa de la muerte? —quiere saber Medina.

—Este de aquí es el causante. —La doctora señala un bulto en la parte parietal del cráneo.

—¿Alguna idea de qué objeto pudo provocarlo?

—Todavía no lo tengo claro, Morris, pero te puedo decir que busquéis un objeto de metal plano, quizás la base de alguna figura, un trofeo, un…

—Más exactamente —interrumpe Álvaro, entrando por la puerta. Álvaro es agente de la científica y fue el encargado de inspeccionar la casa de Mike tras su traslado al hospital—. Una tetera de hierro forjado.

—¿Una tetera? —Se gira Medina.

La inspectora mira con una sonrisa a Álvaro. Ambos han trabajado codo con codo en varios casos «extraños». El último fue el de los murciélagos que aterrorizaron a la ciudad de Alicante durante semanas. Se nota la química especial que hay entre ellos; se entienden con tan solo mirarse.

—Jefa, quien le asestó el golpe final debía medir al menos quince centímetros más que la víctima.

—Lo dudo —interviene la doctora—. El fallecido medía un metro noventa.

—¿Y si estaba subido en algún sitio? ¿Eso lo ves viable, Natalia, por la fractura craneal? —tantea Morris.

—Puede ser —contesta, analizando la herida.

—¿Tenéis algún sospechoso a la vista? —pregunta Álvaro, haciéndole entrega del informe.

—Por el momento, solo tenemos a la novia —confiesa Medina. Morris da vueltas alrededor del cadáver, observando cada detalle detenidamente.

Suele grabar en su retina y en su memoria todas y cada unas de las laceraciones o pruebas de los cadáveres, para dejarlas trabajando en segundo plano en su subconsciente.

—Hostia, ¿la novia que es, una guerrera nórdica? —bromea Álvaro.

—Nada más lejos de la realidad, mide metro sesenta —responde el inspector. Todos se quedan en silencio, mirando el cadáver.

El teléfono de la morgue interrumpe sus pensamientos. Díaz se quita sus diminutas gafas y las deja caer sobre su pecho.

—Doctora Díaz —contesta con su voz monocorde. —Sí, están aquí. —Se gira para mirarlos. La inspectora alza las cejas en un gesto interrogativo para saber quién pregunta por ellos —. Sí, les digo que suban.

—Es Ramírez —informa tras colgar —. Dice que tienen una pista. Bueno, un video del momento del asesinato.

—¡Hostia! —exclama Álvaro.

—¿Un video? —La cara de Medina es un poema.

—Sí —afirma la forense con la cabeza—. Me ha dicho que tienen una grabación.

Los inspectores entran a toda prisa en la sala tres Allí hay varios agentes y un chico que no tendrá más de dieciséis o diecisiete años, con los que parecen ser sus padres al lado. El chico tiene la cara desencajada.

—Buenos días. Somos los inspectores Morris y Medina, los encargados del caso del señor Mike Teller —se presenta Morris. Los

padres son los primeros en levantar la cabeza. El padre se incorpora y le ofrece la mano.

—Soy Luis; ellos son mi hijo Toni y mi mujer, Luisa. —La voz se le quiebra.

—¿Necesitan que les traigamos algo? —pregunta Medina, sentándose en frente de los tres. Los padres niegan con la cabeza.

Morris se acerca al técnico que está frente al ordenador principal.

—¿Qué tenemos, Víctor? —susurra.

—Por lo visto, el chico grabó en directo el asesinato. Estamos recuperando el video.

—¿El directo? —Morris eleva la voz un poco más de lo que le hubiera gustado.

—Soy gamer —se justifica el muchacho con un hilo de voz.

—¿De qué? —pregunta el inspector, rompiendo el hielo para ganarse la confianza del chico.

—Fortnite —contesta sin más.

—Entiendo que juegas online con más gente, ¿no? —Está dispuesto a entablar una conversación con él.

Morris se sienta con mucho cuidado a su lado y sonríe a la madre para tranquilizarla, que parece estar aterrorizada y no para de mover la pierna derecha.

—Estaba jugando con los cascos puestos porque era tarde.

—¿Recuerdas qué hora era?

—Serían como las 2 de la mañana. Tengo prohibido jugar a esa hora, pero joder, estaba enganchadísimo y… —Se queda en silencio y mira de reojo a su madre.

—Está bien, Toni, no pasa nada, hijo. —La madre le abraza por detrás, y el chico suelta un sollozo.

—Siento mucho que tengas que pasar por esto —le dice Medina —, pero es importante que nos cuentes cada detalle.

—No tenemos prisa, Toni —añade Morris. El joven asiente y continúa.

—Cuando uno de los chicos me preguntó qué sucedía, yo estaba tan sumergido en la partida que no entendía de qué hablaba. Pero otro dijo que se escuchaban gritos y todos empezaron a bromear

con que en mi casa se peleaban, que si mis padres estaban jodiendo, otro dijo que estaban haciendo sado…

—Sí —lo alienta Medina.

—Me quité los cascos y fue cuando escuché romperse platos. Me asusté un poco, la verdad, parecía que la casa se iba a venir abajo, y entonces lo supe: eran ellos otra vez, estaban discutiendo. Pero en esta ocasión…

—Cada vez era peor —interrumpe el padre—. Llevaban una temporada que era prácticamente cada semana; era insostenible.

—Ese pobre muchacho —dice de repente la madre, sin mirar a nadie.

—Lo grabé todo: cómo se chillaban, los golpes, él pidiendo que parase, y el grito final. Supe que era el grito final porque fue…. fue desgarrador, señora.

—¿Te refieres al grito de él? —pregunta Morris.

—El de ella —asegura el padre—. Parecía un animal. Y luego todo se quedó en silencio. Minutos después, se la escuchó salir de casa a toda prisa.

—Era mi colega, ¿sabe?

—Lo siento muchísimo, Toni. —Medina le pone la mano sobre la rodilla.

—Quedábamos para jugar muchas noches, era un tío de puta madre, ¡joder!

—Lo tenemos, jefa —informa el técnico.

—¿Quieres que lo escuchemos nosotros solos? No tienes por qué volver a pasar por esto —explica la inspectora, mirando a los padres del muchacho. Estos desvían la vista hacia su hijo, para que sea él quien tome la decisión.

—Lo tengo grabado en mi memoria, pueden ponerlo. —Su madre le coge de la mano.

—De acuerdo —contesta Morris. Mira a Víctor y le da la orden con la cabeza para que ponga el video.

En la pantalla se ve a Toni jugando. Morris cierra los ojos y se concentra en el audio.

—¡Joder, vale ya! —se escucha gritar a Mike.

—No me llames así —contesta una voz de mujer, que identifican al momento como la de Alicia.

—Estás fuera de ti, ¡relájate!

—No me digas que me relaje. Vas a pagarlo.

Se escuchan platos y vasos romperse, y las sillas se mueven sin parar.

—¿Qué te has tomado? —vocifera él.

—¡Cerdo! —contesta Alicia con un tono de voz que parece haber salido de la mismísima ultratumba—. No volverás a tratar mal a nadie.

—¿De qué coño hablas?

En la grabación se escuchan chillidos ininteligibles de ambos, forcejeos, sillas volcando, cosas rompiéndose, jadeos… silencio.

—Deja eso… bájate de mí… que… yo…. ¡joder!…. —Y en ese momento se escucha un grito que parece más el de un animal herido que el de una persona. A Morris se le eriza la piel y Medina abre mucho los ojos.

—Retrocede diez segundos y limpia el sonido, por favor —pide ella con los párpados cerrados. El técnico obedece, y se escucha a la perfección cómo, casi al mismo tiempo que el grito, algo impacta con fuerza.

—Tenemos el momento del impacto —asegura Medina. Morris abre los ojos y asiente con la cabeza.

—Si recuerdan algo más de días anteriores, o cualquier otra cosa, nos sería de gran ayuda —ruega el inspector.

—Disculpe, esto… —empieza a decir la madre—. Esto no se filtrará, ¿verdad? Tenemos miedo de que…

—No se preocupe por nada —asegura la inspectora, acercándose a ella.

—Gracias. Nosotros no queremos problemas… queremos seguir tranquilos y…

—No se preocupe por nada —insiste, al mismo tiempo que le agarra la mano. La madre sonríe tímidamente.

—Jefa —interrumpe un agente, entrando por la puerta.

—¿Qué sucede?

—Díaz tiene los resultados.

—¿Ya? —se sorprende Medina, levantándose. El agente se encoge de hombros.

CAPÍTULO 12

Alicia llega a casa. Aún algo aturdida, se quita la ropa. Está completamente empapada en sudor y, al ir a meterla en la lavadora, ve que hay un pantalón negro y su camiseta de los Rolling dentro.

—¿Qué? Hace varios meses que no me pongo esta camiseta —dice en voz alta, sin entender nada.

La coge y se queda petrificada al ver que está llena de salpicaduras de sangre. Agarra el pantalón y descubre las mismas manchas en él.

—¿Qué narices está pasando aquí? ¡Quieren incriminarme! —grita horrorizada—. ¡Oh, Dios mío! Quieren incriminarme —repite muy nerviosa, dando vueltas por la galería con la camiseta en la mano y sin saber muy bien qué debe hacer.

Empieza a hiperventilar de nuevo, se sienta en el suelo, mete la cabeza entre las piernas y nota una enorme presión en el pecho. Al final le va a dar un infarto, y de verdad.

—Necesito una copa de vino para relajarme —dice, y se levanta como un resorte.

Va hacia la cocina, abre la nevera y saca la botella de anoche. Le queda un culo. Como un torbellino, los recuerdos se agolpan en su mente: los tacones, los pasos lentos por el pasillo, la respiración.

—No pienso tomarme este vino. —Vacía la botella por el desagüe y abre otra nueva. En esta ocasión elige un Protos, se sirve más de media copa sin dejar que el vino se airee y se la bebe de un solo trago. Se sienta en el sofá medio aturdida, y al rato el corazón se le empieza a estabilizar.

—Vamos, tómate otra… —dice una voz que parece estar dentro de su cabeza, aunque proviene de… ¿de dónde?

Da un respingo, da la impresión de que la voz está ahí mismo, a su lado. Pero ¿dónde? No puede ser, porque ella está sola en su apartamento.

—¿Quién ha dicho eso? —Se levanta de un salto del sofá y empieza a dar vueltas, buscando por el salón.

—¡Oh! Vamos, no te hagas la tonta, en el fondo te gustó —dice la voz. Esa voz... ella conoce esa voz, le resulta extrañamente familiar. Se parece a…

—¿Quién está hablando? —pregunta lentamente mientras se acerca al espejo del recibidor.

Se queda quieta, mirando su reflejo. Su cabello pelirrojo y sus pecas resaltan con esa luz, hay un brillo raro en su mirada. Se acerca más, gira la cara hacia un lado, luego hacia el otro y dice en voz alta.

—¿Estás ahí?

—Sí —contesta una voz gutural que sale directamente de su propia garganta. Da un salto hacia atrás y se tapa la boca con las dos manos.

—¡No, no, no, otra vez no! Por favor… —repite, dando vueltas sobre sí misma.

Se escuchan unos golpes en la puerta que la sobresaltan.

—Policía, ¡abra!

—¡Debemos huir! Por la escalera de incendios —ordena la voz dentro de su cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué? Yo no he…

—¡Debemos huir! Coge a Rayna, tenemos que ponernos a salvo —repite la voz gutural.

—Yo no… ¿qué? —dice aturdida. Se está empezando a marear de nuevo.

—Relájate, lo tengo todo preparado. Está todo bajo control —asegura la voz, muy segura de sí misma.

—¿Qué? Pero de qué… No, por favor. —Alicia empieza a llorar, le cuesta respirar. Alguien aporrea la puerta.

—¡Señorita García, abra!

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué he… qué has…?

—Lo siento, querida, eres demasiado débil —le recrimina la voz gutural.

Y de nuevo esa sensación de estar y no estar. Le falta el aire, pero puede respirar; se siente como sumergida bajo el agua. Siente que se mueve, aunque no es exactamente ella quien lo hace.

—¿Qué me está pasando?

Vuelve ese mareo extraño, le da vueltas todo, se le revuelve el estómago, tiene ganas de vomitar… y, de nuevo, oscuridad.

CAPÍTULO 13

—Policía, ¡abra la puerta! —grita el agente Ramírez.

—Está dentro, escucho algo —susurra su compañero, poniendo atención. Se gira y mira a Morris y Medina, que acaban de llegar.

—Está dentro —dice el segundo, y no puede evitar sonreír—. La tenemos.

—No me fío, Gabi, no me fío; no me da buena espina —frunce el ceño.

La inspectora no está tan segura; esa mujer le da mala sensación. Hay algo en ella que la hace estar intranquila. Su sexto sentido, como decía su padre.

—¡Policía, abra la puerta! —repite el agente —. No lo ponga más difícil, señorita García. —Su voz, aunque suena fuerte, transmite tranquilidad. Posee esa habilidad, por lo que es de los mejores cuando se tienen que enfrentar a interrogatorios difíciles.

Se gira y mira a Morris, esperando la orden. Esta le hace un leve gesto con la cabeza.

—A la de tres tiramos abajo la puerta —explica mirando a su compañero, que apenas lleva en el cuerpo seis meses.

—¿Tirarla abajo? —este observa la puerta, que parece bastante robusta.

—No la voy a derribar, animal, es una forma de hablar —responde Ramírez, sacándose del bolsillo un pequeño kit de ganzúas.

—¿Eso es legal? —pregunta su compañero, acercándose para que nadie más le escuche.

—¿Tú de qué parte estás? —recrimina Ramírez, mirándolo de soslayo.

—De la nuestra, de la nuestra, es solo que…

—Ponte a un lado, anda. —Lo empuja con suavidad y hace un gesto con las manos a Morris y Medina para que se acerquen.

—Está dentro, seguro. Hemos escuchado ruidos.

—Gracias. —La inspectora se gira y mira a Ferrer, que espera órdenes tras ella—. Haga guardia en las escaleras. Que nadie suba ni baje, ¿entendido?

—Por supuesto, señora. —Asiente con la cabeza y se aleja con pasos firmes.

—¿Cómo va eso, Ramírez? —pregunta Medina.

—Casi lo tengo —susurra. Al segundo, se escucha un chasquido —. Listo, jefa —dice, buscando la aprobación de Morris, que le guiña un ojo. Ella avanza hasta la puerta y la abre con mucho cuidado.

—Alicia, soy la inspectora Morris. Hemos hablado en comisaría, ¿se acuerda? Solo queremos charlar con usted —miente.

Esperan unos segundos; no hay respuesta. Hace varias señas para que sus compañeros pasen a inspeccionar el apartamento. Se adentra y descubre una copa de vino a medio acabar sobre la encimera de la cocina, una camiseta ensangrentada tirada en mitad del salón y unas deportivas frente al radiador.

—Despejado, jefa; no hay nadie —dice el agente Ramírez con gesto serio.

—¡Morris! —grita su compañero desde la habitación. Ella y Ramírez entran a toda prisa.

—¿Qué pasa?

—Sospechosa por la avenida América, repito: sospechosa huyendo por la avenida América. Viste tejanos y sudadera negra, lleva una gorra de color naranja —informa Gabriel a través del móvil.

—¿Qué narices…? —empieza a decir Ramírez, asomándose por la ventana.

—Ha bajado a lo *Rapunzel* —explica Medina, atónito, mostrando las sábanas anudadas.

—Nos ha llevado ventaja desde el minuto uno. —Morris mira por la ventana y cierra los ojos.

—¡La hostia! —exclama Ramírez—. Creo que la hemos subestimado.

—¡Hay que encontrarla! —La inspectora se gira para salir de la habitación cuando el teléfono de Gabriel suena.

—Dime… vamos para allá. —Cuelga y se queda mirando a Morris —. La tienen, una patrulla la ha alcanzado dos calles más abajo.

—Menudo golpe de suerte —silba Ramírez.

—Ramírez, llama a la científica y que pongan este lugar patas arriba —ordena ella.

—¿Qué buscamos?

—Primero, que analicen si la sangre de la camiseta es del señor Teller —responde la inspectora, mirándolo con intensidad —. Y luego, que busquen cualquier cosa fuera de lugar: huellas, lo que sea.

—Entendido —asiente el agente, ya está sacando el teléfono.

—Hay algo que no cuadra en esta historia y pienso averiguar qué es. —Morris se queda en silencio mientras inspecciona con atención la habitación.

—¿En qué piensas? —quiere saber Medina, que la espera en la puerta.

—No sé, Gabi, no sé… Vamos a interrogarla, a ver qué le sacamos, pero tengo un mal presentimiento.

Los inspectores bajan las escaleras del edificio y caminan en silencio por toda la avenida América hasta llegar al coche patrulla que les está esperando, con la sospechosa dentro.

—Buenos días, señora —saluda uno de los agentes, que no debe tener más de treinta años.

—Buenos días. Soy la inspectora Morris y él es mi compañero, el inspector Medina.

—Escuchamos el aviso y, de la nada, una muchacha salió corriendo. Fue casi como si viniera directa hacia nosotros.

—¿Podemos verla? —quiere saber ella, apretando los labios.

—¡Por supuesto! —El agente se retira para que pueda acceder al automóvil.

Morris abre la puerta del coche de policía, y se encuentra frente a una chiquilla que no debe tener más de trece años, con unas ojeras que le llegan hasta el suelo y con cara de estar aterrada. Ella cierra

los párpados, respira, se levanta y mira a uno de los agentes directamente a los ojos.

—Esta no es Alicia.

—¿Qué? —dice Medina, elevando el tono de voz.

—¡Es una chiquilla!

—¿Pero…? ¿Qué? ¿Cómo? —acierta a decir, incrédulo.

—¿Esta es la mujer que bajaba a toda prisa por la avenida, agente? —pregunta la inspectora con tono de reproche.

—Disculpe, pero la descripción era la que escuchamos por radio, señora. —La voz del agente titubea.

—¡Es una cría, no debe tener más de trece años!

—Señora... —interviene el otro policía, que no había abierto la boca hasta el momento. Rubio, alto y con cara de pocos amigos.

—Inspectora Morris —recalca ella con un tono de voz iracundo.

—Eso… —carraspea—. Inspectora, soy el agente Martínez y lo que mi compañero está tratando de decirle es que nosotros hemos hecho nuestro trabajo. Ustedes han lanzado una descripción por radio: vaqueros, sudadera negra, gorra naranja, e indicado que bajaba por la Avenida América, y nosotros…

—Sí, sí, y les estamos muy agradecidos —interviene Medina, sonriendo para calmar la situación. Morris, a su lado, toma aire y el agente rubio se cruza de brazos. —Déjame ver a la chiquilla, Morris.

—Disculpa, estamos en un caso importante y… —se excusa ella. El agente la mira y sonríe para quitarle importancia a la situación. Se gira hacia su compañero, que ha metido la cabeza en el coche patrulla.

Medina saluda a la niña y ella responde temblorosa.

—¿Te encuentras bien? —La pequeña asiente con la cabeza, parece que está un poco más tranquila. Medina se aparta del coche y se dirige a Morris.

—No es ella, evidentemente, pero la ropa sí lo es. —Mira a su compañera, quien se lleva las manos a la cara y resopla.

—¡Nos la ha jugado! —exclama—. La hemos subestimado en comisaría. —Él asiente y se agacha de nuevo para hablar con la chica.

—¿Cómo te llamas?

—Alba.

—¿Por qué corrías?

—Porque ella me lo pidió —contesta sin más.

—¿Quién es ella? —Medina usa su tono más dulce.

—No la conozco, una chica.

—¿Y por qué le hiciste caso?

—Me dio dinero y me prometió más si hacía lo que ella me decía.

—¿Me cuentas cómo sucedió exactamente? —pregunta él con una voz encantadora.

—Yo estaba en el callejón jugando con el móvil —empieza a explicar la chica—. De repente, la vi bajar a toda prisa. Se acercó a mí y me dijo que me daría cien euros si, cuando viera a su novio salir por la ventana, corría con todas mis fuerzas. Me dio la gorra, la sudadera y me dijo que me las pusiera. Luego me prometió que, si conseguía librarme de él, me haría llegar más.

—¿No te dio miedo?

—No —negó con la cabeza—. Me dio dinero.

—Pero no la conocías de nada —insiste el inspector.

—Me dio dinero, y me prometió más.

—Está bien, no pasa nada —dice Gabriel, para tranquilizarla.

—¿Dónde vives? —pregunta Morris desde detrás.

—Al final de la calle, en el número 14, señora —contesta.

—¿Le dijiste en algún momento a la chica dónde vivías? —continúa preguntando ella, que ahora está agachada, mirando de frente a la muchacha.

—No, señora, eso no se debe hacer nunca —responde. Morris suspira y Medina se aguanta la risa.

—Está bien, tranquila, ¿hay alguien en tu casa ahora?

—Sí, mi abuela.

—Vale, estos agentes te acompañarán, ¿de acuerdo?

—¿Estoy en un lío?

—No, Alba, no estás en un lío —se adelanta a contestar Medina —. Pero no vuelvas a aceptar dinero de una desconocida. —La chiquilla asiente.

—Por favor, ¿pueden llevarla a su casa? —pide Morris a los agentes patrulleros.

—Claro, inspectora —contesta uno de ellos.

—¿Me harían un último favor?

—Diga.

—¿Pueden cogerle a la madre o a la abuela los datos y darle mi tarjeta? Creo que esto no acaba aquí. —El agente rubio coge la tarjeta, asiente y se la guarda.

—Gabi, llama a la central, no debe haber ido muy lejos. Yo voy a subir a hablar con los vecinos.

CAPÍTULO 14

Alicia abre los ojos muy poco a poco. Está en una habitación, pero no es la suya, no está en su cama. Mira a un lado y, frente a ella, hay una pared forrada por completo de madera de pino. Siente un peso en las piernas y se asusta. Lo primero que piensa es que la han drogado otra vez, e intenta moverlas. Puede hacerlo perfectamente: el peso que siente es el de su gata, Rayna, que duerme sobre ella. Al verla despierta, maúlla y se levanta, estirándose para sentarse a su lado. La mira y se escucha claramente su ronroneo. Alicia se tranquiliza.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —le pregunta al animal.

No se acuerda de nada. Intenta incorporarse y siente que todo el cuerpo le duele, la cabeza le explota y nota cómo le sube por la garganta se liquidillo agrio que te alerta de que vas a vomitar.

—Fresas, fresas, chocolate… respira, Ali, respira —dice en voz alta.

Cuando era pequeña y se levantaba con pesadillas y ganas de vomitar, su padre siempre le decía que pensara en algo rico, como fresas o chocolate. De esta manera, le daba una orden al cerebro de que todo estaba bien. Alicia no sabía si se le pasaban las ganas de vomitar por las fresas y el chocolate o por los abrazos de su padre, pero siguió haciéndolo hasta el día de hoy.

Al final, consigue reprimir las náuseas. Se levanta, coge a Rayna en brazos, se acerca a una de las ventanas, descorre la cortina y, en ese momento, se queda en shock: ante ella se presentan unas vistas dignas de cualquier película.

—¿Dónde narices estoy? —Justo delante hay un precioso lago.

—¿Qué pasó ayer? —dice embobada, admirando el exterior. Entonces, una serie de imágenes llegan a su cabeza: Mike, su

hermana, la sala de interrogatorios, Carlos llorando, su ropa ensangrentada… Un dolor agudo le recorre el estómago. Suelta a Rayna, mira a su alrededor, tiene miedo; se acuclilla en el suelo, sollozando, y se hace un ovillo

—¡Otra vez no, por favor! —repite, balanceándose, aferrada a sus rodillas—. No puede ser, ha debido de ser un sueño.

Una extraña sensación le asalta la mente, se incorpora y, tambaleándose, se dirige hasta su bolso. Se da cuenta de que no recuerda la última vez que tomó su medicación.

¿Sería eso?

¿Se le había olvidado tomarla y habían vuelto las alucinaciones?

Rebusca en su bolso hasta que encuentra el bote, y descubre que la fecha es de octubre. Por una fracción de segundo, el pánico se apodera de ella.

—¿Octubre? Estamos a… ¿en qué fecha estamos?

—No debes trabajar tanto —se dice involuntariamente en voz alta —. ¿Quién ha dicho eso? —Se tapa la boca.

Con más miedo que curiosidad, decide dirigirse a una pequeña puerta que hay en la habitación. Debe de ser el cuarto de baño. La abre y se acerca al espejo, escrutando su reflejo.

—¿Dónde estoy? —se pregunta.

«Estamos a salvo, querida», dice una voz gutural dentro de su cabeza. Su boca ya no aguanta más y sonríe de lado, de forma inconsciente.

«Ahora que por fin estamos juntas, ya no tienes de qué preocuparte. Nadie volverá a herirte, no te sentirás sola nunca más».

—Pero yo… —intenta replicar Alicia.

—Tranquila, Alicia, juntas estamos a salvo, ya lo sabes. —Las palabras brotan lentamente de sus labios, con un tono áspero.

SEGUNDA PARTE



—No toques las cosas de mamá. —La niña entra asustada en la habitación de matrimonio de sus padres.

—Toco lo que quiero, tú no me mandas —replica la otra chiquilla.

—Papá se va a enfadar —intenta quitarle el cepillo que solía usar su madre antes de que se tuviera que marchar, pero la otra niña se retira hacia un lateral y la empuja, haciendo que se caiga de bruces.

—Ahhh —llora en el suelo.

—Tú no me mandas —repite la otra, burlona, mientras se peina.

—Papá se va a enfadar —replica, acariciándose la rodilla, donde tiene una leve herida.

—Papá está en el despacho reunido, no se entera de lo que hacemos.

—Pero no está bien. —La pequeña se incorpora e intenta arrebatarle de nuevo el cepillo.

—¡Que me dejes! —grita la niña.

—¿Qué sucede aquí? —Su abuela entra por la puerta. La chiquilla, con el preciado objeto todavía entre sus manos, se lanza a la carrera hacia ella.

—Estaba jugando con el cepillo de mamá —la acusa descaradamente, mostrándoselo.

—Eso es mentira, es al revés—se defiende la otra, dando un paso hacia su abuela.

—Tranquilas, tranquilas —acaricia el cabello de la pequeña.

—Le he dicho que no debía estar aquí, pero no me ha hecho caso —insiste.

—¡Eso es otra mentira!

—Tú siempre nos dices que no hemos de decir mentiras, ¿verdad, abu?—replica, girándose para mirarla.

—Y eso debéis hacer, cariño.

La niña, todavía dolorida por la caída, aprieta los puños de pura rabia.

—Siempre se lo digo, pero no me hace caso —asegura, entregándole el cepillo de su madre.

—Debéis portaros bien, solo os tenéis la una a la otra. —Las regaña, mientras se acerca al tocador de la madre y lo deja con

mucho cuidado en el interior del primer cajón, no sin antes darle un beso.

—No hay que decir mentiras —susurra la niña con una sonrisa de medio lado. La otra cría deja de apretar los puños y la agarra de la coleta.

—¡Ay!, ¡suéltame, suéltame!

—¡Dios mío! Suelta a tu hermana, ¡por favor! —La abuela se acerca, las separa y las arrastra hasta la cama de su madre.

—Niñas —comienza a explicar, sentándose—, solo os tenéis la una a la otra. Debéis quereros y protegeros siempre.

Las dos hermanas la miran.

—Te tenemos a ti, abu.

—Pero yo no voy a estar para siempre, cariño. —La abuela acaricia la mejilla de una de ellas.

—Yo quiero que estés para siempre.

—Por favor —el tono de la anciana se endurece—, prometedme que cuidaréis la una de la otra. —Se las queda mirando. Ambas niñas se miran entre sí, vuelven la vista hacia su abuela y asienten con la cabeza.

—Para siempre —recalca su abuela.

—Para siempre —repite una de las niñas. La otra se queda mirándose las manos.

—Cariño… —la alienta su abuela.

—Para siempre, abu.

CAPÍTULO 15

El día después de la muerte de Mike.

Paula ha llegado a primera hora de la mañana a la oficina porque necesita adelantar una facturación para uno de sus clientes. David entra por la puerta con muy mala cara, las ojeras le llegan al suelo, y al ver a Paula — concentrada en su ordenador— se dirige directo hacia ella.

—Pau —dice con un hilo de voz, situándose detrás de su compañera. Ella se sobresalta; no se lo esperaba, ha entrado sin hacer ruido.

—Joder, qué… —empieza a regañarlo, pero al fijarse en su cara se para en seco—. Ey, ey, ¿qué pasa?

—Pau, Pau... —Él tiene el rostro compungido.

—¿Les ha ocurrido algo a tus padres? —Se levanta y abraza a su amigo.

—Mike… —logra articular.

—¿Mike? No te entiendo. —Se separa de él con cara de preocupación—. ¿Qué sucede?

Los dos habían pasado de ser compañeros de trabajo a amigos inseparables prácticamente desde el mismo momento en que se conocieron. Su amistad era de esas que llegan de la noche a la mañana y se ajustan a tu vida con tanta facilidad, como si hubieras estado buscando una pieza que faltaba en un puzle y, de repente, la encontraras, pensando: «¿Cómo era mi vida antes sin ti?». Ambos tenían a sus familias lejos, así que se apoyaban en todo.

—Han matado a Mike —suelta sin más, moviendo la cabeza, incapaz de creer lo que acaba de decir. Se da la vuelta, se lleva las manos a la cabeza y empieza a caminar por la oficina, alterado.

—¿Mike? ¿Tu vecino? Pero ¿qué estás diciendo? —Paula se acerca a su amigo, le tiemblan las piernas—. ¿Cómo? ¿Quién lo ha matado? ¡Hostia! —No puede creer que las palabras que acaba de oír sean ciertas. Hacía solo un par de fines de semana que se habían visto y…, ¡muerto!, pensó.

—Sí, Pau, esto… esto es…

—¿Pero de verdad lo han matado? —vuelve a preguntar, todavía sin creérselo.

—Ha sido su novia, estoy seguro. Escuché gritos y…

—Pero ¿qué dices? —espeta Paula sin poder evitarlo.

—Que sí, ¡que estoy seguro de que fue ella! —Se aprieta la frente, agobiado por los nervios.

—Vamos a la sala de descanso. —Le agarra del brazo y tira de él. —Te prepararé algo caliente. —Él asiente y se deja llevar.

—La policía dice que tenemos que actuar con normalidad y yo…

Entran en una sala amplia, con unos sofás y una mesa larga en el centro. Al fondo, hay una cocina con varias máquinas de café encendidas.

—Te hago una tila, ¿vale?

—No me entra nada, de verdad —asegura, sentándose en uno de los sofás; y se queda allí, mirando al infinito.

Paula, mientras tanto, con la cabeza a mil por hora, calienta el agua y prepara dos tilas. Se le cae el azucarillo al suelo debido al temblor de sus manos.

—Cuéntame exactamente qué ha ocurrido. —Le pasa una taza de cerámica con el logo de la empresa y se sienta a su lado.

—Gracias. —David entrelaza los dedos en torno al recipiente caliente, y la sensación de calidez le relaja un poco. Tiene el estómago revuelto y no cree poder tomar nada, pero el simple hecho de tener la taza entre sus manos ya le produce algo de tranquilidad.

—El viernes por la noche, escuché una fuerte discusión entre Mike y Alicia. —Respira para recomponer sus ideas—. Siempre discutían, llevaban una temporada muy mala. Él me había dicho que quería avanzar en la relación, pero ella no y…, ahora ya es tarde, ¡maldita sea!

—Tranquilo —intenta calmarlo, aunque ella también está en shock. No puede creer que Alicia, esa chica flacucha de metro sesenta, haya podido matar a Mike.

—La discusión no fue como las de siempre —continúa explicando.

—¿Sería otro de sus ataques de celos? Recuerda cómo se puso aquella vez en la discoteca.

—No, Pau, estaba fuera de sí, le decía que no volvería a hacerle daño.

—¿Volvería? —interrumpe Paula, frunciendo el entrecejo.

—Sí, pero lo curioso es que hablaba en tercera persona. Eso me extrañó y agudicé el oído, aunque no lograba entender bien lo que hablaban. Estaba fuera de sí, como te he contado antes, y decía cosas inconexas.

—Tenían una relación tóxica, eso estaba claro —puntualiza ella.

—Sí, lo sé. Yo mismo le dije a Mike un montón de veces que eso no era sano, que acabarían mal. Y ahora ya… —Deja la taza en el suelo y mete la cabeza entre las piernas—. Si yo…

—No puedes culparte, cariño. —Lo abraza y le besa la coronilla.

—Esa noche ella parecía una loca, te lo juro —él se incorpora y se pasa la mano por el cabello—. Estaba fuera de sí, y entonces se empezaron a escuchar platos, sillas, qué sé yo.

—¡Madre mía! —mueve la cabeza, incrédula—. Sigo sin poder creérmelo.

—Llamé a la policía y me dijeron que había una patrulla en camino, porque varios vecinos ya habían llamado. Y, justo antes de colgar, escuché un portazo y alguien corrió escaleras abajo.

—¿Lograste verla?

—No, la verdad es que no le di importancia. Pensé que ya se había acabado la discusión por esa noche, me volví a la cama, y me dormí. —Levanta la vista para mirar a los ojos de su amiga—. ¡Me dormí, joder! ¡Me dormí!

—No podías saberlo, David. —Ella le coge una mano.

—Quizás si hubiera subido a ver a Mike…

—No puedes culparte de lo que hacen los demás. Además, no sabes si ya…

—No voy a volver a verle.

—Lo siento tanto, cariño. —Se arrodilla frente a él y lo abraza; su amigo tiembla involuntariamente.

—Ayer, cuando volví a casa por la tarde —continúa tras calmarse un poco—, subí para charlar un rato con él, decirle que no podía seguir así, y vi a un agente de policía precintando el apartamento. Le pregunté y me dijo que no estaba autorizado a decirme nada, pero que a lo largo de esa tarde pasarían unos agentes a hablar con los vecinos.

—¿Por qué no me llamaste en ese mismo momento?

—Sabía que tenías tu segunda cita y…

—Tú eres mi mejor amigo, ¿qué citas ni qué citas?

—Ya, bueno —se quedan en silencio un rato—. En fin, ¿cómo te fue?

—Paso palabra, fue un desastre.

—¿En serio?

—Me dijo que yo era una tía genial, que se lo pasaba en grande conmigo, pero que había conocido a alguien y que no estaba en sus planes.

—¿Qué había conocido a alguien? Me estás vacilando. —La cara de David pasó de la tristeza a la sorpresa absoluta en cuestión de segundos.

—Sí. Aunque, de verdad, no quiero hablar del tema.

—¿Qué cojones le pasa a este mundo?

—Que está podrido. Pero volviendo a lo de antes, ¿fue la policía por la tarde?

—Sí, sí —asiente con la cabeza—. Dos agentes me comunicaron oficialmente que Mike había fallecido en el hospital debido a la paliza que le habían propinado y que… —La voz de David se quiebra.

—¿Qué dices? ¿Como que una paliza? Pero…, no entiendo, ¿había alguien más en el apartamento con ellos?

—Que yo sepa, no.

—No tiene sentido —Paula niega con la cabeza.

—Tengo que ir esta tarde a comisaría para hablar con… —saca una tarjeta de visita—. He de preguntar por la inspectora Morris, es la encargada del caso.

—Una paliza… —repite Paula—. ¿Seguro que no había nadie más? —insiste, asombrada.

—No lo sé. Durante la discusión, te aseguro que no: eran ellos dos a grito pelado.

—Me dejas sin palabras, de verdad…

—Tengo que ir esta tarde a declarar y no quiero ir solo. ¿Me acompañas?

—Claro, claro, cuenta con ello —dice, y apoya su cabeza sobre el hombro de su amigo—. ¿Has hablado ya con Carlos?

—Sí, ayer. Imagínate, está destrozado.

—Normal.

—Se siente culpable —confiesa David, apretando los labios.

—¿Culpable él? ¿Por qué?

—Porque últimamente pasaba más tiempo en casa de Anaís que en la suya, y piensa que si hubiera estado allí, Mike no estaría ahora…

—Pobrecillo.

—Son amigos desde la infancia, para él ha sido como perder a un hermano.

—Horrible. No sé ni qué decir, de verdad.

—El entierro es mañana. Le he prometido que estaría allí para apoyarlo en todo lo que necesitara, pero no sé si voy a ser capaz.

—Iré contigo.

—No sé qué haría sin ti.

CAPÍTULO 16

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles? —pregunta una sonriente y joven agente de policía.

—Buenas tardes, busco a la inspectora Morris —contesta David, mostrando la tarjeta de visita.

—¿Cuál es su nombre?

—Me llamo David, soy vecino y amigo íntimo de… —traga saliva, tiene la boca seca— Mike Teller.

La agente aprieta los labios al escuchar ese nombre.

—Lo siento mucho. Tomen asiento, enseguida aviso a los inspectores que llevan el caso.

Minutos después, aparece un hombre de unos treinta y tantos años caminando por el pasillo. Viste unos pantalones chinos verde caqui y un suéter *beige*. Su rostro luce amable, con dos pequeños hoyuelos en las mejillas y el cabello ondulado.

—Buenas tardes, soy el inspector Gabriel Medina —se presenta —. Me encargo del caso del señor Teller junto a la inspectora Morris. Me han comentado que eran vecinos.

—Sí, yo vivo en el piso de abajo. Mi nombre es David, y ella es Paula; me acompaña porque ambos estamos… Bueno, no nos lo esperábamos, la verdad es que… —se le quiebra la voz.

—Tranquilo, David. —Paula le pasa el brazo por la espalda en un gesto cariñoso—. Salíamos a cenar juntos de vez en cuando, y a tomar unas copas.

—Entiendo —asiente el inspector.

—Mike no solo era un vecino, ¿sabe? Él era… era un gran amigo para David. —Ella le mira y le aprieta el brazo para darle fortaleza.

—Les acompaño en el sentimiento —dice Medina, con gesto compungido.

—Gracias.

—Acompáñenme, por favor —les muestra el camino con la mano —. ¿Desean tomar algo?

—No, gracias —contestan casi al mismo tiempo.

Se paran frente al despacho de la inspectora y Gabriel abre la puerta.

—Buenas tardes —Se levanta sonriente Morris. Lleva el cabello suelto y sus labios están pintados de un rojo intenso. Viste un traje chaqueta de color azul marino que realza su figura.

—Son vecinos y amigos del señor Teller —se adelanta a decir Medina. La cara de Morris cambia al instante.

—Disculpen, siento mucho su pérdida.

—Gracias —contesta Paula, entrando en primer lugar.

—Tomen asiento, por favor —pide Medina, señalando las sillas de piel negra que están frente a la mesa de su compañera.

—Lo primero, siento que tengamos que hacerles pasar por esta situación —empieza a excusarse la inspectora—. Cuéntenme qué escucharon la noche de los hechos.

—Esa noche me agobié bastante, porque no era una discusión como las de siempre —comienza a explicar David. Su amiga, por debajo de la mesa, le aprieta la mano para darle valor.

—¿Solían discutir muy a menudo?

—Era una pareja peculiar, señora, de esas que «ni contigo ni sin ti». No sé si me explico. —La inspectora asiente con la cabeza—. Alicia es una persona muy introvertida, pero a veces tiene unos cambios de humor bastante explosivos: pasaba del amor más profundo por Mike al odio más absoluto en cuestión de segundos.

—Hubo una noche —interrumpe Paula— en que la tomó conmigo. Se pensaba que Mike y yo estábamos liados o no sé qué historia se imaginó, simplemente por el hecho de que él, que era programador de informática, vino a mi casa a instalarme unos programas. No se imaginan cómo se puso. Se presentó en mi puerta, se puso a increparme y a decirme que, si me volvía a acercar a él, me las vería con ella. Estaba fuera de sí.

—¿Qué dices, Paula? —David la mira, asustado—. Nunca me habías contado eso.

—No te quería preocupar, y tampoco quería que Mike tuviera más problemas con ella, la verdad —se justifica, apretando los labios en un gesto de disculpa.

—¿Cuándo sucedió? —quiere saber el inspector.

—Fue este verano, pero no recuerdo muy bien la fecha. No le di importancia porque ella a veces tenía esos arranques. En varias ocasiones se había puesto hecha una furia en la discoteca imaginando que alguna chica se había acercado a Mike…

—Eso es cierto —confirma su amigo.

—Mike tampoco era un santo, ¿eh? —añade Paula—. Ya le digo que tenían una relación de amor-odio de manual.

—¿Creen de verdad que ella haya podido llegar a asesinarlo? —se aventura a preguntar David con un hilo de voz.

—Imposible —interviene Paula—. Mike era el doble de grande que ella.

—No lo sabemos —contesta Morris, observando fijamente a Paula y después a David.

—¿Alguna vez les habló de su familia? —La inspectora cruza una mirada con su compañero.

—Nunca. De hecho, Mike pensaba que algo gordo tenía que haber sucedido, porque Alicia jamás quería hablar de ellos.

—A mí, una vez… —Paula se queda pensando—. Me habló de…— David abre mucho los ojos, expectante—. Ese día las dos íbamos muy borrachas y no recuerdo bien la historia, pero yo le estaba hablando de la muerte de mi padre, de cuánto lo echaba de menos, de lo que daría por poder volver a verlo, aunque solo fuera un instante.

—Sí… —la alienta a seguir la inspectora.

—No entendía la mitad de las cosas que me decía, porque balbuceaba, pero recuerdo que me dijo que… ¿Cómo fue lo que me contó? —Paula permanece unos segundos con los párpados cerrados, intentando revivir el momento—. Me dijo: «A veces cierro los ojos y los veo, allí, mirándome y preguntándome por qué. Pero yo no lo hice, lo juro. Fue ella. Sin embargo, ellos no me creyeron, me culparon a mí».

—¡Qué mal rollo! —dice David.

—¿De qué exactamente la culparon? —susurró la inspectora para sí misma—. ¿Recuerda algo más de esa conversación?

Paula mira al techo, se rasca la pierna, intentando volver a esa noche. Ese día ella también iba con alguna que otra copa de más, y se le mezclan las imágenes.

—Recuerdo que le dije que todo en esta vida tenía arreglo, para animarla, y ella me contestó muy seria que no, que había cosas que no. La verdad es que la situación estaba tomando un cariz bastante siniestro y cambié de tema, lo siento mucho.

—No se preocupe, es más de lo que imagina, se lo aseguro —confiesa Medina, asintiendo con la cabeza.

—Decía que era una discusión diferente esa noche. —La inspectora volvió la mirada a David.

—Sí, ella estaba fuera de sí, y hablaba como si hubiera alguien más, yo… —David tragó saliva—. Si yo hubiera…

—No puede culparse de los actos que realizan otras personas. —El inspector asintió con la cabeza para ofrecerle fortaleza. Paula apoyó su cabeza en su hombro y le apretó la mano.

—No les entretendremos más —anunció Morris levantándose—. Les ruego que, si recuerdan algo más o si alguno de sus amigos vivió cualquier situación extraña que pueda ayudarnos a esclarecer los hechos, nos llamen, por favor.

Morris les ofrece la mano con una sonrisa forzada; se nota que su mente ya está en otro sitio.

—Descuide, inspectora.

—Les acompaño a la salida. —Se adelanta Medina con una sonrisa.

CAPÍTULO 17

Paula y David salen del interior del tanatorio, necesitan airearse un poco. Han pasado las últimas dos horas dentro, junto a Carlos.

—¿Ese no es el amigo de Alicia? —David se queda parado en mitad del jardín exterior, observando a un joven barrigón, con barba de varios días, que se mueve y no deja de fumar.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta ella, fijándose en el muchacho.

—Joder, no me acuerdo. Tiene un nombre raro.

—Yo creo que este es el hermano pequeño, se parecen muchísimo.

—Míralo, está supernervioso. Debe saber algo de Alicia, voy a preguntarle. —Sin pensárselo dos veces, va directo hacia él.

—¿Qué coño haces? —lo detiene Paula.

—Quiero comprobar si sabe algo de Alicia.

—¿Ahora eres policía?

—No, pero Mike era mi…

—Relájate, no puedes ir por ahí… —De repente, se queda en silencio al notar que el chico los está observando. David, al darse cuenta, gira la cabeza y sus miradas se cruzan. Levanta la mano y lo saluda.

—¿Qué tal? —pregunta con una media sonrisa forzada. Paula le aprieta el brazo al ver que el chico tira lo que le queda de cigarrillo y se acerca a ellos.

—Muy bien, señor inspector. ¿Y ahora qué?

—Ey, hola —saluda el joven con una sonrisa—. Eres Dani, ¿no? El colega contable de Mike.

—Hola, soy David —le corrige y le ofrece la mano.

—Lo siento mucho, tío —contesta con cara compungida—. Soy Teo —dice, dirigiendo la mirada a Paula—. Creo que no nos

conocemos.

—Hola, soy Paula. ¿De qué conocías a Mike? —pregunta, envalentonada. David se gira, incrédulo, para mirarla.

—Bueno… —El chico se empieza a poner nervioso—. Yo lo conocí a través de… por… bueno, joder, esto es una locura. Todo lo que dicen de Alicia y… yo no creo que…

—¿Eras amigo de Alicia? —Paula no se anda con rodeos. Aunque sabe de sobra la respuesta, quiere que siga hablando. Realmente parece que esconde algo.

—Sí, nos conocemos desde bien pequeños. Nuestros padres eran socios y… bueno, cuando su hermana murió ella lo pasó muy mal. Siempre ha estado un poco… bueno, no loca, pero desequilibrada y… aunque lo que dicen de ella es una locura.

—No sé lo que dicen de ella —asegura Paula, que se ha venido arriba. David está quieto como un palo.

—No sé, joder, dicen que es sospechosa. Pero eso no puede ser.

—¿Por qué no? —pregunta sin dejar de mirarle a los ojos. David le golpea el brazo sutilmente; está yendo demasiado lejos y el tipo no parece muy equilibrado.

—¿Habéis visto la envergadura de Mike? ¡Era casi el doble que ella! Si le das un empujón y se cae… ¿No pensaréis que ha sido ella?

—No, no, es inviable, Teo —interviene David.

—¿Qué dice la policía?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Tú has hablado con ellos? —pregunta Paula.

—Yo no —niega, nervioso—, ¿por qué tendría que hacerlo?

—No sé, como se están reuniendo con todo el mundo —se excusa, y en ese momento siente que se está metiendo en la boca del lobo.

—O sea, que a vosotros os han interrogado —dice, sacando otro cigarrillo y encendiéndolo.

—A mí sí —David se adelanta—. Al ser su vecino, me preguntaron si había visto u oído algo.

—¿Y habías visto algo? —quiere saber, dando una larga calada.

—No —niega David con la cabeza—. La verdad es que ese día estaba en casa, pero con los *earpods* a toda pastilla, me enteré de

todo el percal al día siguiente.

—Ah —contesta Teo, que parece algo aliviado —. Bueno, me voy, que… —dice, al mismo tiempo que mira hacia la entrada del tanatorio— tengo cosas que hacer. —Se gira sin más y desaparece por la puerta principal del recinto en cuestión de segundos.

Carlos se acerca a ellos.

—¿Ese era Teodoro? —Señala hacia él.

—Sí —afirma David.

—Estoy seguro de que sabe dónde está Alicia. —Aprieta los dientes de rabia.

—La verdad es que se ha ido en cuanto te ha visto.

—Conozco a su familia —dice, y cierra los puños de rabia—. Íbamos al mismo colegio. Su historial es largo, digamos que ha sido un tipo conflictivo con un papá que tapaba todas sus… —Se queda en silencio, buscando la palabra—. Sus fechorías a golpe de talonario.

—¿Qué dices? —Paula se asombra.

—Menudo pieza es —asegura—. ¿Cómo vais al cementerio? ¿Os llevo? —quiere saber, cambiando de tema.

—No, no, gracias; he traído el coche —David le enseña las llaves.

—Vale, ahora nos vemos, yo voy a llevar a la hermana de Mike.

—Hasta luego.

Carlos se aleja, y David y Paula se quedan en silencio, mirando cómo camina.

—Vaya con la inspectora Paula —suelta de golpe David.

—¿Qué dices?

—¿Que qué digo? Menudo interrogatorio le has soltado a Teo.

—No sé, me vine arriba, la verdad.

—Creo, sinceramente, que sabe dónde está Alicia.

—¿Tú crees?

—Mira cómo la ha defendido, Pau.

—Yo también te defendería a ti —se justifica, mirándolo.

—¿Incluso si fuera sospechoso de asesinato?

—No sé… —se encoge de hombros con la vista hacia el suelo, levanta la cabeza y confiesa—. Imagino que sí.

CAPÍTULO 18

—Morris, tengo que hablar con vosotros. —Carmen asoma la cabeza por la puerta.

Carmen Dasilva mide casi metro noventa y está a cargo de los casos de delitos de menores. En su mano lleva una carpeta.

—Claro, Carmen, pasa —contesta la inspectora Morris.

—Es sobre el caso de Alicia García.

—¿Sobre Alicia? —Medina levanta la cabeza de su tablet.

—Cuando vino para ser interrogada, me la crucé por el pasillo —explica, entrando en el despacho y cerrando la puerta tras de sí—. Ella ni se dio cuenta de que yo estaba ahí, iba ensimismada en sus cosas. Al verla, me dio un vuelco el corazón; su cara me recordaba a alguien. —Permanece en silencio durante varios segundos, evocando alguna situación—. Me quedé con el runrún en la cabeza, como se suele decir, y esta mañana, tomando café, me he acordado.

Les hace entrega de la carpeta. Morris la abre y ve una foto de una Alicia García de no más de diez años.

—¿Qué es esto, Carmen? —quiere saber la inspectora, entrecerrando los ojos. Le pasa a Medina las fotos, en las que Alicia aparece con moratones en la cara y cuerpo.

Carmen se sienta y suspira.

—Estuve al cargo de su caso. No lo recordaba porque de esto hace ya diez años por lo menos, pero esa mirada… Esa mirada perdida que tenía Alicia era la misma que se instaló en ella después de matar a su hermana.

—¿Qué? —grita Medina.

—Alicia y Maica nacieron en el seno de una de las familias más ricas de Alicante. Su padre era el dueño de la constructora Velázquez.

—Ostras… Recuerdo el caso —afirma él—. La hija falleció en extrañas circunstancias y… luego, la madre se suicidó.

—Exacto —asiente Carmen, haciéndole un gesto—, pero no te adelantes, Medina.

Morris observa en absoluto silencio, con la mano en el mentón.

—Bien —carraspea para continuar; siente la boca muy seca—. Alicia y Maica eran unas niñas felices a simple vista: vivían rodeadas de lujos, con coches privados que las llevaban y traían del colegio, viajes, ropas de marca… En fin, todo lo que unas niñas de familia adinerada pudieran desear. El padre no pasaba mucho tiempo con ellas porque trabajaba durante todo el día, y la madre… —vuelve a carraspear mientras les entrega los informes médicos—. Sufría una enfermedad que la hacía pasar largas temporadas en sanatorios. Así que las niñas se criaron entre algodones y con niñeras internas.

—Menuda vida —acierta a decir Morris con pena.

—Las niñas eran totalmente diferentes. Alicia era introvertida, obediente, tranquila. Maica, en cambio, era rebelde, atrevida. Cuando hacían alguna travesura, siempre le echaba la culpa a Alicia. La cosa no fue a más hasta que, una noche, una de las niñeras despertó a su padre porque Maica se había vuelto loca y le estaba pegando una paliza a Alicia. Esta estuvo en coma varios días, y su hermana aseguraba no recordar nada.

—¿Cómo es posible? —pregunta Medina.

—Bueno, su madre tenía una enfermedad mental, ¿no? —sugiere Morris—. Igual lo heredó.

—Efectivamente, TEI —contesta Carmen.

—¿TEI? —Medina parpadea.

—Trastorno explosivo intermitente —explica ella—. Episodios repentinos de ira y agresividad sin motivo aparente. Os podéis imaginar.

—¿Internaron a Maica? —quiere saber Morris.

—Nada más lejos de la realidad —contesta moviendo la cabeza, apesadumbrada—. El padre de las niñas cambió a todo el personal de la casa, les hizo firmar un contrato de confidencialidad y obligó a Alicia a volver como si nada hubiera ocurrido.

—¿Vosotros no pudisteis intervenir? —Medina se incorpora incómodo.

—No —niega—. Digamos que el anterior comisario se dejó embadurnar para tapar el caso. Lo máximo que nos permitieron fue interrogar a ambas niñas para corroborar que sus versiones coincidieran y cerraron el caso. La pobre Alicia estaba aterrorizada, me confesó que no era la primera vez que su hermana la agredía. Me enseñó cicatrices en las piernas que, por lo visto y según ella, eran de cuando Maica le clavó una azada el verano anterior.

—No me lo puedo creer. —Morris se incorpora de la silla, cogiendo una gran bocanada de aire.

—Para mí lo peor fue la entrevista con Maica. Era una niña siniestra. Anhelaba ser hija única, me contaba que se imaginaba en un mundo sin su hermana y que algún día eso se haría realidad.

—¿Y con ese testimonio no la encerraron en un sanatorio para menores? —preguntó algo alterada Morris.

—Ni mucho menos. Fui a hablar con Asuntos Sociales y me aseguraron que a la mañana siguiente se pasarían para ver las cintas del interrogatorio y, si procedía, intervendrían. «Con cautela», me dijeron los muy cabrones. El señor García era un gran benefactor de la ciudad y, claro, debían llevar el tema con mucho cuidado.

—¡Asco de dinero! —escupe Medina.

—A la mañana siguiente, cuando llegué a mi despacho, me habían asignado el caso de un niño que robaba en mercadillos y… las cintas de Alicia y Maica habían desaparecido.

—¿Desaparecido? —bufa el inspector.

—Yo era una novata, Medina. No pude hacer más, y os juro que lo intenté.

—Te entiendo —la tranquiliza Morris.

—La noche que dieron el aviso de que la hija de Arturo García se había abierto la cabeza en su cuarto, os juro que el suelo tembló bajo mis pies al pensar que, finalmente, Maica lo había conseguido: había asesinado a su hermana y por fin se quedaría como hija única.

—¡Joder! —exclama Medina.

—Pero, al llegar, me encontré a Alicia sentada en mitad del salón, abrazada a sus rodillas, balanceándose, sin decir una sola palabra.

» La niñera aseguró que Alicia empujó a su hermana a propósito, pero a mí no me cuadraba. ¿Alicia, que jamás había matado a una mosca? Se limitaba a recibir una y otra vez los golpes de su hermana sin rechistar, estaba como…

—Sumisa —añade Medina.

—Sí, la palabra de uno de los psicólogos fue esa: «ella adopta una postura de sumisión absoluta».

—O se cansó de recibir golpes, Carmen —contesta la inspectora.

—Puede ser, puede ser, pero… no sé. Las declaraciones de la niñera fueron bastante confusas. En una primera instancia, dijo que las niñas estaban discutiendo, que se amenazaban entre ellas, hasta que finalmente Alicia empujó a Maica con fuerza. Esta trastabilló y se golpeó la cabeza con el canto de la mesilla.

—Un accidente; se defendió. —Medina asiente. Carmen se queda en silencio.

—El problema es que esto que os estoy contando no consta en ningún sitio porque, a la hora de declarar, la niñera cambió su versión.

—¡No puede ser! —bufa Morris, cabreada.

—Sí, no sé cuáles fueron sus motivos, aunque puedo imaginarlo… —Medina la mira y hace el signo del dinero con los dedos—. Pero —continúa Carmen—, lo que os puedo asegurar es que yo fui la primera en llegar allí, y ella estaba temblando, diciendo que esa niña era el mismísimo demonio, se santiguaba todo el rato. Le dije que me explicara rápido qué había sucedido, y me contó que ambas niñas estaban peleándose, hasta que Maica trastabilló y se golpeó la cabeza. En ese momento, Alicia empezó a reír a carcajada limpia, se acercó mucho a la cara inerte de su hermana y le dijo: «Por fin, por fin lo he conseguido. Eras demasiado débil». Justo en ese momento, entró el padre en la habitación, y la niña cambió de actitud, se enroscó en sus propias rodillas y se sentó al lado de su hermana.

—¡No me jodas, Carmen! —exclama Medina.

—Al día siguiente, en la declaración oficial, la niñera dijo que fue todo un accidente, que las niñas jugaban al pillapilla y que Maica tropezó accidentalmente, con tan mala suerte que su sien se topó

con el canto de la mesita. La mujer desapareció a los dos días y el caso se cerró como accidente doméstico.

—Y tú, evidentemente, seguiste de cerca a la supuesta Alicia —presupone Morris.

—Sí. Hablé en varias ocasiones con ella, con la excusa de que estaba preocupada, y os aseguro que en casi ningún momento me dio indicios de ser Maica.

—¿Casi? —se percata Morris.

—Sí, casi. Hasta la muerte de su madre.

—Has dicho que se suicidó, ¿no crees que fuera así? —quiere saber Medina.

—Sí, sí, se suicidó al enterarse de que una de sus hijas había fallecido. Yo asistí al funeral; en la distancia, por prudencia. Alicia estaba demasiado serena, en exceso. Y eso no me cuadraba, porque siempre había sido una niña cariñosa. Entonces nuestras miradas se cruzaron y ella me sonrió —Carmen se queda en silencio— con una sonrisa que jamás olvidaré, una mueca siniestra que apareció solo por unos segundos y luego desapareció. Y a sus ojos volvió la más absoluta tristeza.

—¿Crees realmente que quien murió no fue Maica? —pregunta Medina.

—Me pasé muchísimos años pensándolo, pero ahora sé que fue ella. Revisé el archivo de la muerte de Mike Teller y el ADN que encontraron bajo sus uñas era de Alicia García —responde y se queda en silencio.

—¿En qué piensas, Carmen? —indaga Morris.

—En que debéis tener cuidado. Si Alicia ha adoptado la personalidad de su hermana Maica, la clave está en pensar como Maica: una persona egoísta, sin miedo a nada. Investigad su círculo de amigos.

—¿Su padre? ¿Familia? —insiste la inspectora.

—El padre murió en un accidente de tráfico. Él era huérfano, no tenía familia, y la familia materna se desvinculó por completo tras su muerte.

—Menuda vida, no me extraña que esté desequilibrada. —Medina mira a su compañera, que asiente en silencio.

—Una familia muy allegada al padre la tuvo en acogida durante varios años, pero la cosa no resultó bien.

—¿Qué sucedió?

—No quisieron hablar jamás del tema.

—Medina y yo iremos a visitarlos. Quizás, tras la muerte de Mike, quieran colaborar.

—Te envío los datos al correo.

—No podemos pasar por alto el historial médico —recalca Morris, de pie, dando vueltas por su despacho—. Si su madre padecía una enfermedad, quizás ella también, con lo que no solo nos enfrentamos a una mujer que ha sufrido un golpe tras otro en la vida, sino a una persona con un trastorno mental a la que no le importaría matarte si eso se traduce en salvarse el culo.

—Exacto, Morris, deberíais ir con mil ojos —asegura Carmen.

—Carmen, te necesito en el equipo —pide Morris.

—No sé si…

—Eres quien mejor conoce a Alicia y nos puede guiar en este caso. Hablaré con el comisario. Nuestro objetivo ahora es encontrarla.

Carmen se la queda mirando unos segundos. Después, desvía la vista hasta Medina, que le sonríe y le guiña un ojo.

—Está bien, contad conmigo —confirma Carmen.

CAPÍTULO 19

Los inspectores llegan a la entrada de la confitería donde trabajaba Alicia. Es un local muy pequeño, con una puerta de madera y una cristalera desde la que se pueden apreciar los dulces.

—Buenos días —saluda Medina al entrar en el local. Tras el mostrador, hay una señora de unos cincuenta años que, al verlos, aprieta los labios y fuerza una sonrisa.

—Qué bien huele —aprecia su compañera.

—Este local es de toda la vida. ¿Nunca habías venido?

—Mi amigo alicantino no me ha traído aún —dice con tono de protesta.

—Oye…

—¿Qué me recomiendas?

—Los mazapanes, sin duda.

Morris avanza hacia el mostrador, observando la vitrina, llena de turrones, fruta confitada, trufas, galletas decoradas con motivos navideños y, en un lateral de la tienda, apiladas, multitud de cestas y cajas de vinos y cavas.

—Juana, que pases felices fiestas si no nos vemos —se despide la propietaria, haciendo entrega de una bolsa a una clienta.

—Igualmente, querida, y trata de descansar.

—Buenos días. —La dueña de la confitería se dirige a los recién llegados.

—Necesitamos hablar con los propietarios. Somos policías y…

—Sé quiénes son —interrumpe, mirándolos—. Sabía que, antes o después, vendrían a preguntar.

—No queremos molestarlos —asegura Medina—, solo necesitamos hacerles unas preguntas referentes a Alicia.

—Son casi las dos —se gira para mirar un reloj enorme de color blanco—, puedo cerrar antes. Pasen a la trastienda, mi marido está trabajando en el obrador. Yo iré en un momento.

—Gracias —contesta Morris con una sonrisa amable.

Se dirigen al lateral del mostrador y atraviesan unas cortinas de hilos metálicos que suenan como campanas al moverse. Al otro lado se encuentran con una especie de saloncito: una mesa con un hervidor de agua, una cafetera y varios sillones bastante desgastados.

—¿Hola? —Medina eleva el tono de voz para avisar de que están dentro. A los pocos segundos, un señor canoso, con gafas, gorro blanco y delantal, asoma la cabeza.

—¿Quiénes son? —dice, algo sorprendido.

—Somos los inspectores Morris y Medina. —Se adelanta ella, extendiendo la mano para saludarle. Él la mira, se limpia en el delantal y le ofrece un fuerte apretón.

—Su mujer nos ha invitado a pasar —aclara Medina ante la cara de estupefacción del hombre.

—Claro, claro —carraspea—. Soy Paco. ¿Quieren tomar un té o un café?

—No, gracias, estamos bien. —Morris niega con la cabeza.

—Imagino que es por Alicia —se frota las manos, nervioso—. Tomen asiento, por favor.

—Así es, señor —confirma Morris, sentándose en el sofá, más bajo de lo que ella espera, por lo que se va un poco hacia atrás. Mira de reojo a Medina, quien intenta aguantar la sonrisa.

—Estamos en shock. Mi mujer no pega ojo por las noches y yo…, ¿es verdad lo que dicen? ¿Fue ella?

—No lo sabemos —contesta el inspector —¿Le podemos hacer unas preguntas sobre ella? —Paco asiente con la cabeza y se sienta en una silla de madera frente a ellos.

—¿Cómo era Alicia? —pregunta la inspectora, sacando su pequeña libreta del bolso.

—Es una chica muy buena, metódica en su trabajo, buena compañera. Mi mujer la quiere mucho. Jamás nos dijo una palabra

por encima de la otra, y cada vez que la hemos necesitado, ha estado ahí.

—Entiendo, una empleada modelo.

—Una buena empleada, sí, señora. Se complementa muy bien con mi mujer —sonríe—. Alicia es una persona muy nerviosa, ¿sabe? En ocasiones se bloquea, sobre todo cuando hay un conflicto con un cliente. No le gustan los problemas.

—¿Recuerda alguna situación que nos pueda hacer comprender un poco más cómo es? —solicita Medina. El hombre lo mira, toma aire y se rasca la cabeza.

—Una tarde, mi mujer y yo estábamos aquí, en la trastienda, organizando pedidos, cuando escuchamos la voz de un hombre algo más alta de lo normal. Mi mujer salió para ver qué sucedía. Por lo visto, Alicia se había equivocado con un pedido, y en lugar de solucionarlo, se había quedado paralizada.

—¿Paralizada?

—Sí, ella se paraliza cuando algo sale mal, se bloquea, mejor dicho. Mi mujer cogió las riendas de la situación y acabó vendiéndole al cliente varios lotes de Navidad. —Paco suelta una carcajada—. Tiene esa habilidad, le da la vuelta a cualquier situación. Por eso se complementan tan bien.

—Alicia se bloquea frente a conflictos —repite Morris entre dientes.

—Sí —titubea él—. Pero eso no es malo. Es muy buena empleada, jamás ha levantado la voz y…

—No, no —interrumpe la inspectora—. No me malinterprete, solo estamos recogiendo información.

—¿Qué sabían de su familia? —Medina se incorpora un poco del sillón, esbozando una de sus sonrisas.

—¡Oh! —carraspea—. Ella es huérfana. —Los inspectores se lanzan una mirada fugaz—. Quizás por eso mi mujer la aprecia tanto. Nosotros no pudimos tener hijos, y ella está necesitada de cariño, salta a la vista.

—¿Les contó algo de su infancia?

—Muy poco, la verdad. Se tensaba mucho cuando surgía el tema de su pasado, y simplemente cambiábamos el rumbo de la

conversación. Lo último que queríamos era incomodarla.

—¿Alguna amiga importante?

—La verdad es que no. Para eso era muy prudente, no quería mezclar el trabajo con lo personal. Recuerdo una vez que vino su chico… el que… bueno…

—Tranquilo, Paco —lo calma Medina.

—Es que no me creo lo que ha pasado, la verdad. Es todo muy raro y… —Se queda un par de segundos en silencio, mirando una raya del suelo—. Perdón.

—No se preocupe —sonríe Morris.

—He perdido el hilo.

—Nos estaba contando que una vez vino Mike a ver a Alicia.

—Ah, sí. Se enfadó mucho. Le dijo que se fuera, que la esperara al final de la calle, que ese era su trabajo y no quería que sus jefes opinaran nada malo de ella. Yo le dije que no tenía de qué preocuparse, que le podía invitar a pasar, pero se negó en rotundo y lo echó de la tienda.

—Bueno, eso es un rasgo más de profesionalidad que de otra cosa —afirma Medina.

—Sí, le digo que es una empleada ejemplar.

—Más que ejemplar —interviene en ese momento María, la dueña de la tienda.

—Cariño —dice Paco, levantándose para agarrarle las manos—. Tienes cara de estar muy cansada, siéntate, podemos cerrar esta tarde y descansar.

—No, no, ni hablar —contesta, sentándose.

—Te haré una manzanilla.

—Prefiero una copa de cava —suelta ella. Paco se gira para mirarla y señala disimuladamente a los inspectores.

—La verdad es que, a estas horas, pega más un cava o un vermut que una manzanilla, señor Paco. —La inspectora mira a María y le guiña un ojo. Ella relaja un poco los hombros.

—No consigo dormir por las noches, no dejo de ver a Alicia. Se me aparece en sueños y me pide ayuda, pero no logro alcanzarla.

—Mari —exclama su marido, dándole la copa de cava—. No me habías dicho nada de esos sueños.

—Inspectores, es imposible que ella matara a su novio. —Le da un sorbo a la copa y se los queda mirando.

—Nosotros no hemos dicho que sea la culpable —asegura la inspectora.

—Esa chiquilla es un ángel. Se lo digo yo, que he trabajado con ella mano a mano desde hace más de cinco años. La mejor empleada que he tenido, nunca una palabra más alta que otra, ¡jamás!

—¿Le habló de su infancia? —insiste Morris.

—Jamás hablaba del tema. Sé que tiene unos parientes lejanos aquí en Alicante, pero poco más.

—¿Sabe si se siguen viendo?

—Solamente se llaman para fechas señaladas: cumpleaños, Navidad y esas cosas, aunque a ella no le gusta la Navidad.

—Paradójico —Medina mira a su alrededor, señalando la estancia.

—¿Por qué?

—Pues porque trabaja en un lugar en el que se regala felicidad en forma de dulces navideños.

—¡Oh, sí! —ríe María—. Y esa fue precisamente la razón que me hizo contratarla. Me pareció muy curioso que no le gustaran los dulces navideños. Resultó que esa característica la hacía una gran vendedora.

—¿Y eso por qué? —pregunta Medina.

—Porque no se implica de forma emotiva con ningún dulce. Lo habitual es que los dependientes se sientan cómodos vendiendo cosas que les gustan, porque lo dominan. Sin embargo, un buen vendedor sabe buscar lo que el cliente necesita, y ella tiene esa habilidad. Desde que trabaja aquí, le puedo asegurar que no hemos tenido que desechar nada. Alicia vende y ofrece a los clientes en función del stock, no según sus preferencias personales.

—Interesante forma de vender, señora —se sorprende Morris.

—¿Es que hay otra? —ríe, y se acaba de un sorbo el cava.

—El éxito de este negocio es gracias a mi María —dice orgulloso Paco, apretando el hombro de su mujer, quien sonríe y le acaricia la mano.

—Yo quería que Alicia se quedara con la tienda. Nos deben de quedar, como mucho, siete u ocho años de trabajo. No quiero estar aquí hasta los 65. Entiéndanme, amo mi trabajo, pero…

—¿Alicia quería?

—Ella decía que no sería capaz, pero yo sabía que sí; esa chica es un diamante en bruto.

Morris carraspea, y Medina se levanta.

—Muchísimas gracias por su ayuda —dice de golpe.

—Inspector —la confitera se acerca y le agarra las manos—, ella no ha podido hacer eso de lo que hablan, yo la conozco.

—No se preocupe —le sonríe.

—Por favor —interrumpe Morris—. Si se pusiera en contacto con ustedes, llámenos. —Le entrega una tarjeta de visita.

—Así lo haremos.

—Por favor —insiste María, aferrada aún a Medina.

—Haremos lo que podamos, no se preocupe —contesta él, devolviéndole el apretón.

Ella sonríe.

—¡Oh! Les he preparado una bandeja con los mejores dulces —dice, y sale disparada hacia la tienda. Al poco, regresa con un paquete escrupulosamente envuelto y se lo entrega a Medina.

—Señora, no podemos aceptarlo —se excusa él, levantando las manos.

—Tienes cara de goloso —guiña un ojo con sonrisa pícara.

Morris no puede evitar una carcajada.

—No lo sabe usted bien —contesta, animándole con la cabeza para que lo coja y no le haga un feo a María.

—Gracias —acepta finalmente el inspector, oliendo el paquete—. ¡Hay trufas! —exclama, abriendo los ojos.

—Las mejores —contesta Paco.

Salen de la tienda con una sensación bastante rara.

—¿Qué opinas? —pregunta Morris.

—Que son los mejores dulces de la ciudad, sin duda.

—Gabi —lo regaña ella.

Se la queda mirando y Morris levanta una ceja.

—¡Ah! Que hay que poner vigilancia, estoy seguro de que vendrá a verlos, parece que son lo más parecido a una familia que tiene.

—Pienso lo mismo. Además —ella se queda pensativa— de que les ha engañado con respecto a la suya propia. Mike tampoco estaba al tanto de nada, y eso que fue un caso sonado. Es todo muy extraño. ¿Cómo no sabían nada de ella?

Medina está entretenido tratando de abrir el paquete por un lateral.

—¿Qué haces?

—Quiero una trufa.

—Es la hora de comer, Gabi.

—Pues por eso.

CAPÍTULO 20

Camina con pasos lentos y cansados mientras bordea el lago. Hace frío y la brisa le está dejando la nariz congelada. Se abraza el cuerpo, tratando de darse calor y aliento al mismo tiempo, ya que su mente está aquí y en mil sitios a la vez.

Hace una semana que llegó a la cabaña. Tiene que pensar en algo, porque los suministros empiezan a escasear. Ha visto su fotografía en la televisión: la están buscando. No puede quedarse allí mucho más, pero tampoco puede escapar. Se siente atrapada, necesita un plan. No piensa dejarla sola, tiene que salvar a Alicia. Nadie le hará daño nunca más.

Se queda embobada observando cómo unas pequeñas gotas impactan en el agua del lago. Se abraza más fuerte, mira las nubes que se ciernen sobre ella, asiente con la cabeza y se dirige hacia el interior de la cabaña. Ya ha tomado una decisión.

Debe hablar con él. Tiempo atrás se prometió a sí misma que no le volvería a pedir ayuda, pero las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Y no hay que olvidar que él le debe un favor muy grande.

CAPÍTULO 21

—Es aquí, en el piso tercero derecha —dice Medina, señalando un cartel en la fachada del edificio.

—No creo que quiera colaborar.

—Algo le sacamos, seguro, Camila —replica él, llamando al timbre.

A los pocos segundos, se oye cómo se abre la puerta. Medina deja caer todo su cuerpo para empujarla, ya que es bastante pesada. La finca es antigua y estrecha. Van hasta el fondo, donde está el ascensor para subir al tercer piso. Una vez arriba, se percatan de que la puerta está abierta. Miran por la abertura: la estancia huele a almizcle. Desde una de las habitaciones asoma la cabeza de un señor.

—Hola —dice con una sonrisa.

—Buenos días, somos los inspectores Morris y Medina. Queríamos hablar con la doctora Sigüenza.

—Tercera puerta al final del pasillo. Les aconsejo que esperen en la salita de al lado hasta que salga; debe estar en consulta.

—Gracias —contestan al unísono.

El hombre sonríe mostrando unos graciosos hoyuelos y cierra la puerta tras de sí.

—Pues nada, a esperar —comenta Medina, sentándose en una de las sillas de la salita.

—Tiene que estar en casa de alguien.

—¿Tú crees?

—No es normal que desaparezca así, de la noche a la mañana.

—Lo tendría planeado.

—No lo creo. He estado repasando el video del interrogatorio y se sorprende cuando le pregunto por la herida de la mano. Estaba

asustada de veras. En todos mis años como inspectora, no me he encontrado con alguien que me mintiera tan bien.

—Recuerda que estaba a la defensiva.

—Sí —asiente ella con la cabeza—. Tú también estarías a la defensiva si te acusan de algo que no has cometido.

—¿Piensas que no se acuerda de lo que hizo?

—No sabemos si padece la enfermedad. En los informes de Carmen, por lo menos, no consta. Y tampoco sabemos mucho de lo que provoca ese trastorno.

Escuchan cómo se abre la puerta y aparece una mujer alta de cabellos rizados. Tras ella sale un hombre calvo, que se detiene al ver a los inspectores y arruga el entrecejo.

El señor les saluda con la cabeza y ellos sonríen en respuesta. La doctora no dice nada y asiente, mirándolos.

Camina junto al hombre a lo largo de todo el pasillo, charlando amistosamente hasta llegar a la puerta, y se escucha cómo se despiden.

Se ponen de pie para esperarla. A los minutos, ella hace acto de presencia y se los queda mirando.

—Buenas tardes, ¿doctora Sigüenza?

—La misma —contesta con cara de pocos amigos.

—Somos los inspectores Morris y Medina. Queríamos hablarle de Alicia García.

—Lamento que hayan perdido su tiempo, pero…

—Tratamos de ayudarla —se adelanta a decir Morris.

—Estoy segura de ello —dice con sorna—. Aunque, como les iba a comentar, hay una cosa que se llama confidencialidad médico-paciente.

—Tenemos miedo de que se haga daño a sí misma.

—Inspectora…

—Morris —se presenta ella, dibujando su mejor sonrisa.

La doctora entrelaza las manos y respira profundamente.

—Entiendo que están intentando sacar información de todos los que conocíamos a Alicia, es su trabajo; pero, como entenderán, no puedo proporcionarles ningún tipo de dato sobre mi paciente.

—Lo entendemos. Sin embargo, ¿nos podría dar unas pautas?

—No la comprendo —mueve la cabeza.

Medina cambia el peso de una pierna a otra y se queda mirando a su compañera, sin saber muy bien a dónde quiere llegar.

—Necesitamos alguna pauta para tratar con una persona con TEI —ruega, y se queda en silencio observando la reacción de la doctora.

La mujer traga saliva, respira hondo y se humedece los labios.

—Por favor —solicita Medina. La especialista los mira, agacha la cabeza y chasquea la lengua.

—Pasen, tengo diez minutos antes de que llegue mi siguiente paciente.

—Gracias —se apresura a contestar Morris. Mira a su compañero y este le guiña un ojo.

Los tres pasan a una pequeña consulta en la que hay un diván y un sillón a la derecha y, casi pegado, sin espacio entre ambos, un escritorio con un portátil.

—¿Qué es, con exactitud, lo que quieren saber? —pregunta nada más cerrar la puerta.

—Sabemos que la madre de Alicia padecía TEI. —Morris espera a que le confirme con la cabeza, pero la doctora no contesta—. Quisiéramos que nos dé alguna pauta para tratarla correctamente.

—Tomen asiento, por favor —les indica, al mismo tiempo que se sienta frente a ellos.

—Gracias —contesta Medina.

—¿Se refieren a cómo deben tratar a un paciente con TEI?

Morris asiente.

La doctora es lista; nunca pronunciaría una frase en la que se la pueda vincular dando datos sobre uno de sus pacientes.

—Bien. Hay que destacar, en primera instancia, que va a depender de si está tomando con regularidad sus pastillas, o si ha tenido una crisis recientemente. —La doctora parpadea varias veces y estira el cuello. Se la nota nerviosa. Los inspectores asienten.

—Aunque pueda parecer difícil, mantengan la calma en todo momento; no lo provoquen y, muchísimo menos, lo desafíen. Más bien, traten de empatizar —toma una pausa—. No hagan ruidos fuertes ni le griten, el ambiente debe ser tranquilo. Eso sí, es

importante que usted establezca los límites, explicándole con claridad las consecuencias de lo que puede estar a punto de hacer. Y jamás le mientan.

—Entendido.

—Estos pacientes… —interviene Medina—. ¿Son capaces de realizar algún acto y después olvidarlo?

—Por supuesto —parpadea de nuevo varias veces—. Los pacientes no suelen acordarse de los momentos de ira, de ahí que sus vidas sean tan frustrantes.

—Ha dicho antes que la medicación es clave —quiere saber Morris, que ya está con su libreta en la mano.

—Sí, esto depende de la necesidad de cada paciente. Unos necesitarán un betabloqueante; otros, un antipsicótico o un estabilizador como el litio.

—Doctora —el rostro del inspector es serio—, ¿puede influir el entorno o la infancia que hayan tenido?

—Sin duda. Piense que incluso a las personas que no tienen ningún tipo de trastorno ya les afecta su alrededor. Por lo tanto, esto se acentúa si hay un desequilibrio químico en el cerebro. Son pacientes que precisan mucho apoyo; necesitan sentirse seguros.

El timbre interrumpe la conversación. La doctora se estira y aprieta un botón que hay en la pared. Morris mira a su compañero y se muerde el labio; sabe que ya no le sacarán nada más.

—Muchas gracias por su ayuda —se incorpora, ofreciéndole la mano.

—A ustedes. —Sigüenza se la queda mirando. Morris intuye que quiere añadir algo, pero no se atreve.

—Le dejo mi tarjeta, por si se le ocurre algo más que crea que debemos saber. —Ella la coge con rapidez y se la mete en el bolsillo de la bata.

CAPÍTULO 22

David está tumbado en el sofá cuando suena el timbre de su casa. Mueve la cabeza y lo ignora, no le apetece ver a nadie. Vuelven a llamar con insistencia. Al final, decide levantarse y, al abrir la puerta, se encuentra a Paula con dos cajas de pizza en una mano y un pack de cervezas en la otra.

—¿Qué haces aquí?

—Cenar pizza con mi mejor amigo.

Entra y se queda mirando el salón, que está lleno de envases de comida basura y ropa tirada por todos sitios. Abre la boca, se gira, lo escruta con la mirada, pero él se encoge de hombros sin más.

—No me apetece cocinar.

—Vale, me parece bien, y lo entiendo —su amiga chasquea la lengua—, pero hay una cosa que se llama bolsa de basura, ¿la conoces?

Deja las pizzas sobre la mesa del comedor, se va a la cocina, abre el primer cajón y saca una bolsa de basura. Empieza a recoger los envases que hay desperdigados por todas partes. David se tira en el sofá, apretándose el puente nasal. Paula lo mira, frunce los labios y deja la bolsa en el suelo para acercarse.

—¿Qué? —pregunta él, sin abrir los ojos, al notar su presencia.

—Que después de comernos las pizzas, te vas a dar una ducha y nos vamos al Timon´s.

—No me apetece.

—Me da lo mismo. —Tira del brazo de David para obligarlo a incorporarse—. A comer se ha dicho.

David resopla, pero se sienta en el sofá.

—¿Pepperoni?

—No, ¡piña y salchichas!

—Acuéstate. —Se lanza a abrir una de las cajas y allí se encuentra su pizza de pepperoni con doble de queso—. Eres mala, casi me da un infarto.

Abre una cerveza, le da un buen trago y le entrega otra a su amigo.

—Por Mike.

—Por Mike —repite él, levantando la lata.

Paula se sienta y abre la otra caja de pizza: contiene un *calzone* de jamón.

—Gracias, Pau.

—No hay de qué. La semana que viene pagas tú.

—No me refiero a la cena. Siempre estás.

—Para eso están los amigos, bobo —le empuja con la pierna mientras muerde una de las porciones de pizza—. Tú fuiste muy importante cuando mi padre murió, no sé qué habría sido de mí si no hubieras estado a mi lado.

David la mira, sonríe y la abraza. Ella se agarra a él como un monito a su mamá.

—¿Vas a ir por Navidad a casa de tus padres? Bueno, ¿de tu madre? —quiere saber él, al mismo tiempo que le besa la cabeza.

Paula toma aire y se separa.

—No lo sé, aún no lo he decidido. Han pasado tres años desde que mi padre se fue y … es muy difícil para mí estar allí sin él. Sé que tengo que superarlo y…

—¿Quién marca el tiempo, Pau?

—Ya… no sé. La gente me dice que debo afrontarlo, y me gustaría, te lo aseguro, pero me paralizo.

—Tiempo al tiempo.

—Venga, ¡gandul! —Coge otro trozo—. Acábate la pizza, que quiero bailar.

—Pau, yo prefiero quedarme en casa, nos ponemos una peli y…

—De eso nada, querido. Estos dos cuerpos quieren salsa y… ¡se la vamos a dar!

En el centro de la ciudad está el Timon´s, un garito de rock que lleva abierto *más años que la tos*, pero que se ha puesto de moda

ese mismo verano.

—Joder, hay cola para entrar —se queja David.

—¿Y cuándo no? —Paula tira de su amigo y se colocan en la fila. Un chico alto, rubio, con ojos marrones, se la queda mirando y le lanza una sonrisa traviesa. Ella se la devuelve.

—¿Me voy? —susurra David.

—Cállate, no te voy a dejar solo. Pero ¿has visto qué cuerpazo tiene el tío?

Avanzan a buen ritmo y consiguen entrar. El local está a reventar de gente y suena *Confortably Numb* de Pink *Floyd.* Paula cierra los ojos y se pone a saltar. David la coge de la mano y la arrastra hacia la barra para pedir algo.

—¿Te pido una cerveza?

—Un chupito de tequila —vocifera Paula.

—¿Te puedo invitar? —Una voz ronca suena tras ella. Se gira y allí está: el rubiales de la entrada. Sonríe y se acerca a él contoneándose.

—Gracias, pero hoy estoy con mi amigo. Otro día. —Le guiña un ojo, le suelta un beso en la mejilla y vuelve con David, que la mira con los labios apretados aguantando la risa.

—Pinchito a la vista —recalca él, alzando las cejas.

—¡Cállate! —le golpea suavemente con el puño en el hombro. David le pasa una Coronita, pero Laura le pone cara de asco.

—¿Qué es esto? Te he pedido un chupito.

—Hazme caso, mañana me lo vas a agradecer.

—¿Mañana? —replica, saltando—. ¡La vida es hoy!

—Pau, tía… —Suelta una risotada.

—¡Quiero un chupito de tequila hoy! —chilla, esta vez entusiasmada.

David se muere de la risa. Adora a su amiga y sabe que teatraliza su actuación para que él no piense en Mike.

—Mañana has quedado con Vero y Miriam para irte de senderismo, ¿ya no te acuerdas?

—¡Joder! Es verdad. —La cara de ella muta de alegría a horror—. Puff, no me apetece nada de nada.

Los primeros acordes de *Enter Sandman* de Metallica empiezan a sonar por los altavoces. Paula deja su cerveza sobre la barra y levanta ambos brazos, sincronizando al mismo tiempo su cabeza al ritmo de la música.

A David le entra un escalofrío por la nuca. Siente como si alguien lo estuviera observando. Se gira y, por una décima de segundo, le parece verla de pie, quieta entre la multitud, retándolo con la mirada. Parpadea y ella desaparece.

—¿Qué…? Pau, ¡Pau! ¡Joder! —La coge de los brazos y la hace parar.

—¿Qué pasa?

—Está aquí.

—¿Quién? —pregunta con una sonrisa.

—¡Alicia! —grita, mirando hacia todos sitios.

—¿Qué coño dices? —Su cara cambia de alegría a pánico.

—Estaba allí. —Señala con manos temblorosas hacia el lugar donde cree haberla visto segundos antes.

—¿Estás seguro?

—Sí, no sé… sí, ¡mierda!

Paula le coge de la mano y tira de él hacia la puerta para salir a toda prisa del local. David se apoya contra la pared de la calle e intenta coger aire. Paula está con el móvil en la mano.

—¿A quién llamas?

CAPÍTULO 23

Morris está tumbada en el sofá, releyendo el caso de la muerte de Maica García, cuando su móvil vibra.

—Son las dos de la mañana —dice, incorporándose.

Se fija en el número y no lo reconoce, con lo que devuelve el teléfono a donde estaba y se tumba otra vez. Algo se le está escapando en el caso de Alicia García, y necesita encontrar qué es lo que no le acaba de cuadrar.

El móvil vibra de nuevo. En esta ocasión, es un mensaje.

«Inspectora Morris, soy Paula, amiga de David, el vecino de Mike Teller. David cree que ha visto a Alicia. Por favor, llámeme».

Morris pega un salto nada más leer el mensaje y le da a la tecla de llamada.

—¿Inspectora? —responde una voz de mujer al otro lado de la línea.

—¿Dónde estáis? —pregunta Morris, con el manos libres conectado, mientras se cambia de ropa.

—Estamos en el centro. ¿Conoce el Timon's?

—¿El garito de rock? Sí.

—David cree que la ha visto.

Morris se queda parada cuando se está colocando el cinturón de servicio.

—¿Dentro del local?

—Sí.

—¡Voy para allí!

—Vale.

—Paula…

—¿Qué?

—No hagáis nada —advierte—. Si la veis, no os enfrentéis a ella, es peligrosa.

—Descuide.

Morris se acaba de colocar el cinturón, mete su pistola dentro, se pone una chaqueta de cuero con pelo en la solapa, un bolso cruzado y sale de su apartamento a toda prisa.

No deja de darle vueltas a cómo puede ser que Alicia esté allí, frente a sus narices.

Llega al local pasados quince minutos y enseguida ve a David y Paula apoyados en la pared de la acera de enfrente. A él se le ve bastante agobiado, y ella en una actitud de alerta, con la espalda muy recta y sin quitar la vista de la entrada.

—¿Dónde está? —saluda Morris.

—Inspectora —contesta David, algo abrumado—. Siento todo esto, de verdad. Es que no sé si era ella o no…

—Tranquilo, explícame qué ha sucedido.

—Estábamos dentro y, de golpe, sentí que alguien me miraba. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, me giré y… la vi. Fueron un par de segundos, no sabría decir ni qué ropa llevaba ni nada. Me miraba, muy quieta, y…

—Vale, vale, tranquilo. ¿Habéis hablado con el portero?

—No nos hemos movido —contesta Paula.

—Quedaos aquí. Y, sobre todo, si la veis, no os acerquéis. Llamadme, ¿entendido?

Los dos amigos asienten, y parece que Paula se relaja un poco, apoyando su cabeza sobre el hombro de David.

—Menuda movida —suelta él.

Morris cruza la calle y va directa hacia el portero. Al ver cómo se salta la fila, este levanta las manos.

—¿Es que no ves que hay cola? —le dice con tono brusco. Morris busca en el interior del bolso y saca su placa.

—Rutina —contesta ella, enseñándole su identificación disimuladamente.

—¿Qué? —pregunta, algo incómodo.

—Tranquilo, solo busco información.

—¿Qué clase de información? —Se cruza de brazos.

—¿Has visto entrar a esta chica? —Le muestra una foto de Alicia. El portero se queda mirándola unos segundos y niega con la cabeza.

—¿Seguro?

—¿Has visto la cola que hay?

—Quédate con su cara. Si la ves salir, retenla.

—No, no, yo no quiero problemas —replica.

—Pues por eso, si la ves salir, la retienes. —Morris le guiña un ojo y entra en el local.

El ambiente está cargadisimo. Está sonando *Hysteria*, de Muse. Morris camina observando todas y cada una de las caras. Un grupo de chicas, apoyadas en uno de los barriles que adornan el local, brindan con botellines de cerveza. Justo pegado a ellas hay un hombre con un cubata en la mano, observándolas. Morris chasquea la lengua. El tipo, al verla pasar, le da un repaso de arriba abajo con la mirada y se relame. La inspectora aprieta la mandíbula para evitar estamparle un buen puñetazo. Va hasta el final del local. No hay rastro de Alicia. Entra en el aseo de mujeres, donde dos chicas se están retocando los labios mientras otra se mete una raya de coca. Morris se la queda mirando; ella le devuelve la mirada a través del espejo y sonríe de medio lado.

—Estoy buscando a mi amiga — Les enseña la foto, y las dos chicas que se están maquillando la observan.

—Me suena —dice una.

—Sí, es Ali. Pero hace meses que no la veo.

—¿De qué la conocéis?

—Pues imagino que de lo mismo que tú —ríen ambas y, sin más, salen del baño.

Morris sale tras ellas, se acerca a la barra y le pide al camarero que se acerque. Este mueve la cabeza y le indica que se ponga a la cola. Ella le enseña la placa y a él le cambia la cara. Varios chicos que están a su lado, al verla, salen a toda prisa.

—Joder, ¿qué hace? Me va a espantar a la peña —le recrimina.

—Lo siento, estoy buscando a esta chica.

El camarero mira la foto, luego la mira a ella, y vuelve a la foto.

—He visto los periódicos, ¿es verdad lo que cuentan?

—¿La ha visto esta noche por aquí?

—Esta noche no —asegura.

—¡Eh, tío! Deja de ligar y ponnos unas cervezas —grita un hombre desde la otra punta de la barra.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —Morris ignora el comentario.

—No sé, igual hace un par de meses…

—Si la ve, llámeme. —Le entrega su tarjeta.

—¿Está en un lío? —pregunta, pero Morris no dice nada—. Es una buena tía, en serio; ha tenido una vida difícil, solo eso.

—Gracias —asiente ella, y sale del local.

Se queda mirando al portero, quien niega con la cabeza. Morris le entrega otra tarjeta.

—Si aparece alguna noche, avíseme.

CAPÍTULO 24

Los inspectores se detienen frente a una moderna y lujosa casa, construida a partes iguales de cemento y cristal. Desde fuera, aprecian que posee una extensa zona verde muy bien cuidada. En el centro hay una hilera de palmeras enanas rodeadas estratégicamente de flores tropicales. La mansión está situada en la avenida de las Palmeras, una zona residencial de lujo de San Juan, a escasos trescientos metros de la costa.

—¡Menudo chaletazo! —silba Medina, asomando la cabeza para observar mejor el interior.

Una joven, con un moño alto y un uniforme azul de traje chaqueta, les saluda con la cabeza.

—Buenos días —Gabriel levanta la mano con una sonrisa radiante —. Disculpe, somos los inspectores Medina y Morris, y queríamos saber si sería posible hablar con la señora Lucía Mora.

—Lo lamento, pero la señora está ocupada en este momento.

—No tardaremos —insiste, mostrándole la placa.

La chica se queda pensativa y mira hacia el interior.

—La señora está ocupada, lo lamento.

—Solo queremos hablar con ella un momento —interviene por primera vez la inspectora.

—No creo que sea lo más adecuado. —La chica se gira para marcharse.

—Por favor —insiste Medina—, ¿es usted familiar?

La joven frena en seco, suspira y se acerca hasta la puerta.

—No, soy Joana, la cuidadora de la señora Lucía.

—Le prometo que no la molestaremos, solo necesitamos hacerle unas preguntas. —El inspector la mira con súplica.

—La señora está ocupada —repite, como si de un mantra se tratara.

—Joana —interviene Morris, muy seria—, es importante que hablemos con la señora Mora, ya sea aquí o pidiendo una orden.

—Señora, entienda que yo no puedo…

—¿Conocía a Alicia García? —La voz de la inspectora ahora es melosa.

—No, llevo tan solo tres años cuidando a la señora, pero sé quién es —baja la mirada—, he visto las noticias.

—No se crea todo lo que ve —trata de bromear Medina.

—Pensamos que la señora Lucía nos podría ayudar —insiste Morris.

La chica duda. Hace el ademán de abrir, pero al final da un paso atrás.

—Esperen un momento, por favor —ruega —, iré a ver si se encuentra bien para atenderlos. Hay días que …

La asistenta aprieta los labios y se aleja por el camino de piedras que da a la puerta de la entrada. Los inspectores se quedan en silencio. Morris se apoya sobre el coche y levanta la cabeza hacia el cielo, cerrando los ojos.

—¿En qué piensas? —Medina se acerca y se coloca delante de ella.

—En que hay algo que no encaja.

—Pasen —interrumpe Joana, y abre el portón. Se retira hacia un lado para dejarles espacio libre.

Medina sonríe y asiente con la cabeza.

—Qué maravilla de jardín —halaga Morris, observando las buganvillas y naranjos chinos recién podados.

—Realmente es como estar en otro mundo —afirma su compañero.

—A la señora le encanta la jardinería. Lo hace todo ella. Le ayuda mucho con su enfermedad —sonríe la mujer.

—¿Qué le ocurre? —pregunta la inspectora.

—La señora padece un principio de demencia —les explica con ojos tristes.

—Lo siento —musita. La asistenta aprieta los labios en agradecimiento.

—Síganme, por aquí.

—En el informe pone que tiene sesenta y dos años —le susurra Medina a su compañera.

—Muy joven, demasiado —contesta, negando con la cabeza mientras sigue a Joana.

—Perdona, Cami, yo….

—No te preocupes —sonríe.

—Esperen aquí —interrumpe Joana, haciéndoles pasar a un recibidor con suelos de mármol antracita.

Morris se adentra, ofreciéndole a la chica la mejor de sus sonrisas. Tras ella va Medina, que se queda cabizbajo recordando lo mal que lo pasó su compañera cuando no tuvo más remedio que ingresar a su tía en uno de los mejores centros de Madrid para enfermos de Alzheimer y demencia. Su tía lo había dejado por escrito en sus últimas voluntades, además de que Morris se lo había jurado a su madre antes de fallecer. Aun así, no pudo evitar oponerse. Pero al final, el médico le hizo entender que debía respetar la voluntad de su tía por encima de cualquier otra cosa. Podría ir a visitarla cuando quisiera, aunque la realidad era que Morris vivía en Alicante, a más de quinientos kilómetros de la residencia que había elegido su tía Lucrecia, con lo que acabó por ceder.

Morris sigue a Joana, y entran a un amplio salón con dos sofás de rayón en el centro: uno de color buganvilla y otro beige. Frente a ellos, emerge una majestuosa mesa de cristal con una pequeña bandeja plateada repleta de pastas inglesas. Mirando por la ventana, hay una mujer con un traje chaqueta de tweed color albaricoque. Luce un cuidado moño bajo y su maquillaje es preciso y suave, dándole un aspecto fresco y juvenil.

Al verlos entrar, se da la vuelta con una sonrisa.

—Buenos días, me ha dicho Joana que querían hablar conmigo.

—Sí, señora Mora, no le robaremos mucho tiempo —le asegura Gabriel.

—¿Té? —pregunta ella.

—Gracias —Morris sonríe. Esa mujer le transmite paz.

—Siéntense, se lo ruego. —Les señala uno de los sofás, se gira buscando la mirada de Joana y, al verla, le hace un gesto con la cabeza para que se retire. Esta asiente y se aleja en silencio.

Se acerca hasta una estantería que hay en un lateral y extrae un álbum de fotos, que se lleva junto a ella para sentarse en el sofá situado frente a los inspectores.

—Señora Mora, lo primero, queríamos agradecerle que nos haya recibido —empieza Medina—. Tenemos constancia de que usted acogió a Alicia tras el desafortunado accidente de su padre.

—¡Oh! Sí, cómo no, me sentía en deuda —contesta ella, abriendo el álbum de fotos.

—¿En deuda? —La inspectora mira de manera fugaz a su compañero.

—Mi marido era quien conducía el día que tuvieron el accidente. Venían de una reunión sobre la construcción de unos nuevos chalets cuando se salieron de la carretera en una curva. Volaron como diez metros y se estrellaron contra el tejado de una casa. El padre de Alicia murió en el acto, mientras mi marido no se hizo ni un solo rasguño; algo que, a día de hoy, nadie se explica. Un verdadero milagro.

—Y tanto —contesta Medina.

—Para Alicia —continúa Lucía— fue un trago durísimo. Su padre era lo único que la hacía mantenerse con los pies en la tierra, ¿saben?

—¿Ni en estas circunstancias la familia de su madre quiso ayudarla?

—En absoluto, no quisieron saber nada. —Levanta las manos en un gesto negativo, al tiempo que mueve la cabeza, apesadumbrada —. Me daba tanta pena… Pero luego ella cambió, ¿sabe? Se volvió rebelde e intentó cambiar a mi Teodoro. Aquello ya fue demasiado, y con todo el dolor de mi corazón, tuve que pedirle que se marchara de casa. —Toma una gran bocanada de aire y se queda mirando a un punto fijo.

—¿A qué se refiere con «aquello», señora Mora? —pregunta Morris con cautela. Lucía baja la vista de nuevo hasta el álbum. Sus manos pasan de una foto a otra al mismo tiempo que sonríe. Los inspectores se miran.

—Miren, miren qué guapetones estaban aquí. —Les pasa el álbum, donde se ve a Alicia con dos jóvenes en la piscina de la casa.

—El té —interrumpe Joana, y un embriagador olor a clavo inunda la sala.

—Gracias, querida —agradece Lucía con una sonrisa—. Les estoy enseñando lo guapos que estaban los niños en esta foto. —Joana mira de refilón las fotos que les está mostrando a los inspectores y sonríe.

—Los tres mosqueteros —dice.

—Sí, ¿te acuerdas?

—Yo no estaba, cariño. —Joana acaricia el hombro de Lucía—. Pero recuerdo cada una de las historias que me cuentas sobre ellos.

—Ay, sí, querida. Mi memoria, ya sabes que falla —contesta. Joana sale del salón sin añadir nada.

—Nos estaba explicando aquello que pasó —recuerda Morris.

—¿Qué? —pregunta Lucía, dando un sorbo a su té.

—Nos contaba lo que sucedió para que Alicia se tuviera que marchar de aquí.

Lucía se toma su tiempo para saborear el té y da otro sorbo. El silencio se vuelve incómodo.

—Oh, sí —contesta, mirando su taza de té—. Alicia quiso independizarse y alquiló un piso en el centro. Tenía que empezar a valerse por sí misma y… —se queda callada.

—¿Sí? —Morris trata de hacerla seguir, escrutándola con la mirada; sabe que le oculta algo.

—Este té está delicioso —suelta de golpe Medina, experto en disolver momentos incómodos.

—¡Gracias! —sonríe orgullosa ella—. Lo trae mi hijo Luis de Inglaterra. Tenemos muchísimos compradores allí, ¿sabe? A veces viaja y le regalan cosas como este maravilloso té.

—Qué suerte tiene —contesta él.

—Mami, ¿dónde estás? —Una voz masculina irrumpe en la sala.

Un chico joven, con un traje chaqueta que le queda demasiado apretado, entra por la puerta. Su barba está bastante descuidada y apesta a perfume incluso antes de entrar. Al ver a los inspectores, se queda petrificado.

—Teodoro, hijo, pasa —le insta su madre al verlo parado en el quicio de la puerta.

—¿Mamá? —recela, sin apartar la vista de los visitantes.

—Son dos inspectores, muy simpáticos, que han venido a hablar de Alicia.

—Ajá —contesta él, acercándose a su madre y dándole un cariñoso beso en la frente.

—Hola, Teodoro —saluda Morris.

—¿Cómo te encuentras? —interviene Medina—. Estábamos charlando un poco con tu madre y…

—Ya les he dicho que Alicia y tú erais grandes amigos, y que os distanciasteis bastante cuando ella decidió independizarse —se apresura a decir su madre.

—Sí, ya tenía edad para ello —contesta su hijo.

—Teodoro, imagino que estarás al tanto de lo sucedido. —Él afirma con la cabeza—. Estamos hablando con los familiares y amigos más allegados de Alicia —explica con total tranquilidad Medina.

—Sí, algo he oído —contesta, desviando la mirada.

—Debemos encontrarla —recalca Morris sin dejar de observar a Teodoro, buscando gestos que le delaten—, y queríamos saber si en algún momento se ha puesto en contacto contigo.

—No —niega, metiéndose una mano en el bolsillo—. Hace tiempo que no hablamos.

—¿Por algún motivo en concreto? —quiere saber la inspectora, acomodándose en su asiento.

—Desde que empezó con el novio ese, se aisló de todo.

—¿Lo conocías?

—Sí, lo vi un par de veces—contesta. Sin embargo, Morris siente que en su voz hay algo más: ¿celos?, ¿rencor? —. ¿Es cierto que ella es la principal sospechosa de su asesinato?

—¡Santo cielo! —exclama Lucía—. Eso es imposible. Alicia será muchas cosas, pero desde luego no es una asesina.

—Nadie está diciendo eso, señora —se apresura a aclarar Morris.

—Esa cría sufrió mucho desde bien pequeña. —Lucía se acaba el té y deja la taza sobre la bandeja—. Querido —dirige la mirada hacia su hijo—, ¿me alcanzas una pastita? La que lleva una almendra encima. —Señala hacia los dulces.

—Alicia puede parecer desequilibrada, porque a veces se le va la olla —dice Teodoro, cogiendo una pasta y entregándosela a su madre—. Pero de ahí a matar a alguien… lo dudo muchísimo.

—¿Recuerda alguna situación en la que Alicia perdiera los nervios? —La inspectora se queda muy quieta observando a Teodoro.

—No.

—Qué sé yo —interviene Medina—, cosas de chiquillos, no sé, ¿no había celos o envidias entre vosotros?

—Ellos han sido como hermanos —interviene Lucía.

—Señora Mora, antes de que llegara su hijo, nos estaba contando que sucedió algo que hizo que tuviera que …

—Me siento un poco mareada, querido. —Lucia trata de incorporarse.

—¡Joana, ven a ayudar a mamá!

Medina se levanta para sostener por el brazo a Lucía, que intenta ponerse en pie algo azorada.

—Mi madre está muy cansada, deben marcharse.

—Lucía, cariño —dice Joana, entrando por la puerta—, ¿salimos al jardín un poquito?

—Quiero un vaso de agua —se queda observando a los inspectores—. ¿Desean algo estos señores?

—Ya nos marchábamos —se apresura a contestar Medina—, no se preocupe.

Joana y Lucía desaparecen por una de las puertas laterales y los tres se quedan de pie en el salón.

—Teodoro —le enfrenta Morris—, es muy importante que nos avises si Alicia se pone en contacto contigo o llama a tu madre.

—Hace más de un año que no hablamos, así que lo dudo —asegura él, cogiendo la tarjeta de visita.

—Por favor —insiste.

Una vez en el exterior, Morris se apoya en el coche, saca su móvil y marca un número.

—¿A quién llamas?

Ella levanta una mano para indicarle que espere.

—Jorge, necesito un favor.

—Dime.

—Acabamos de salir de la casa de Lucía Mora. Estoy segura de que ella y su hijo ocultan algo.

—¿Qué necesitas?

—Por un lado, los antecedentes de Teodoro, y por otro, el informe del accidente de tráfico que sufrió el padre de Alicia. Llama al Juez Vargas para que te adelante la orden judicial. Necesitamos las llamadas entrantes y salientes tanto de Alicia como de Teodoro.

—Me pongo a ello, jefa.

PARTE TERCERA



—Lo intento, te juro que lo intento —solloza—, pero te prometo que vuelve a mí.

—¿Estás tomando la medicación?

—Sí. —Levanta la vista y miente descaradamente.

—¿Seguro? Recuerda la importancia de no olvidar ninguna dosis, es clave para…

—Para mi evolución, sí. La teoría me la sé, pero… —se queda en silencio.

—Pero ¿qué? —quiere saber la psiquiatra.

—A veces ella toma posesión de mi cuerpo y no puedo hacer nada. —Se encorva, metiendo la cabeza entre las piernas y estirándose del pelo.

—Tranquila. Recuerda: respira en cuatro, aguanta el aire y suelta lentamente —repite la doctora por tercera vez en el día.

CAPÍTULO 25

Mediados de noviembre de 2020

—¿Qué haces despierto tan temprano? —quiere saber Ana, mirando a Pablo, que lleva puesto uno de sus mejores trajes.

—Tengo una reunión muy importante en el despacho, pero ¿y tú?

—No podía dormir y me puse a buscar casas de alquiler para Fin de Año.

—¿Algo interesante? —pregunta, al mismo tiempo que le da un sorbo al café que Ana le ha servido.

—He estado mirando en la app de reservas y quedan dos casas rurales libres. Una está en el centro de Cuenca, y la otra a las afueras, al lado de la laguna del Tobar. Ambas tienen tres habitaciones, pero la de la laguna tiene barbacoa y chimenea.

—Pues no sé qué decirte, Ana, ¿le has preguntado a Lara?

—No. —Niega con la cabeza al mismo tiempo que se desplaza por la pantalla de su móvil hasta la aplicación de mensajería—. Espera, que le escribo.

—Luego me cuentas, tengo que irme ya. —Le da un beso fugaz y cruza a toda prisa el comedor con su maletín en la mano.

—¿Solo te has tomado el café?

—Sí, en el despacho seguro que hay bizcochos y pastas.

—Vaya nivel. ¿Tan importante es la reunión?

—Sí, sí, vienen varios socios del bufete de París.

—Vale, pues mucha suerte, amor.

—Gracias, adiós —contesta desde la puerta, sin girarse.

—Siempre con prisas —bufa Ana, con la taza de café en la mano.

***Ana**: Lara, he encontrado dos casas para Fin de Año. ¿Preferís en mitad del pueblo o a las afueras?*
***Lara**: Hola, pues yo prefiero a las afueras. La verdad es que necesito relax. Eran dos noches, ¿verdad?*
***Ana**: Sí, llegaríamos el viernes 30 y estaríamos la noche del 30 y del 31. Sale a unos cuarenta o cincuenta euros por persona, más o menos.*
***Lara**: Por nosotros de lujo. ¿Has preguntado a Sonia y a Liú? Igual quieren algo más movidito.*
***Ana**: Me dijeron que se acoplaban. Creo que voy a crear un grupo.*
***Lara**: Mejor, así vamos poniendo lo que lleva cada uno.*
***Ana**: ¿Qué tal estás?*
***Lara**: Voy mejorando. Ya casi no me duele el brazo, pero me han alargado la baja quince días más.*
***Ana**: Uffff.*
***Lara**: Ya no sé qué hacer, te lo juro…*
***Ana**: Hoy voy liada, pero mañana podemos quedar para comer.*
***Lara:** Te lo agradecería en el alma.*
***Ana**: Me llaman, luego concretamos.*
***Lara**: Chau.*

(A las 12 de la mañana)
Ana crea el grupo «Nochevieja»
Añade a Pablo
Añade a Lara
Añade a Raúl
Añade a Sonia
Añade a Liú

***Ana**: ¡¡Hola, people!! He creado el grupo para que nos vayamos organizando, que falta menos de un mes. He visto varias casas para alquilar. Una está en pleno Cuenca y la otra está en las afueras. La mayoría me habéis dicho que preferís en las afueras…*
***Raúl**: Eyyyyy, ¿otro grupo?*
***Ana**: Este es para la Nochevieja, para la escapada.*
***Liú**: Holaaa, ¡qué ganas! ¡¡¡Nosotras todo sí!!!*

***Raúl**: ¿Escapada? ¿Qué escapada? 😱 Anda que decís algo… casi me entero subido en el coche, de camino.*
***Lara**: No le hagas caso, Ani, está de coña.*
***Raúl**: Ja, ja, ja, humor matutino, chicas.*
***Ana**: Paso de ti, Raúl. 👹*
***Raúl**: Venga, va, ¿dónde vamos?*
***Ana**: ……*
***Raúl**: Era de coña, Ani.*
***Pablo**: Holaaaaaa, yo voto por las afueras. Más tranqui, ¿no?*
***Raúl**: Hey, brother ¿cómo vas?*
***Pablo**: Currando. Luego os leo, que entro en otra reunión.*
***Raúl**: El señor ejecutivo…*

(A las 16 horas)

***Raúl**: ¿Precio?*
***Ana**: La casa de las afueras son 250€ por las dos noches, y la casa del pueblo 300€. Tampoco hay mucha diferencia entre los seis…*
***Lara**: Por mí, a las afueras.*
***Sonia**: Holaaa, ¡qué guay! ¿Ya tenemos casa?*
***Raúl**: Eso parece, Ana se ha encargado de todo.*
***Sonia**: Gracias, Ani , ¿el tema comida y eso?*
***Raúl**: Jajaja, cómo no. Sonia siempre pensando en comida.*
***Sonia**: Oye, como mucho, pero me mantengo flaca, ¿vale? No como otros…*
***Raúl**: ¡Eh!, ¿qué insinúas? Yo estoy muy fit.*
***Lara**: ¡Hola, Sonia! No le hagas caso, hoy se ha levantado gracioso de más. La comida, podemos mirar si allí, en el mismo pueblo, hay algún supermercado. Por no ir cargados desde aquí, ¿no?*
***Raúl**: Vosotras, que sois unas sosas…*
***Ana**: Te estás jugando que te expulsen del grupo…*
***Raúl**: Mira cómo tiemblo…*
***Ana**: ¿Tú no trabajas nunca?*
***Raúl**: Yo sí, ¿y tú?*
***Sonia**: Somos seis, tendremos que ir en dos coches.*
***Raúl**: Muy perspicaz, Sonia.*

***Sonia**: ¿Nos podemos dejar a este aquí? ¿En serio tiene que venir con nosotros?*
***Ana**: Pasa de él, Sonia.*
***Lara**: Ja, ja, ja, parece mentira que no lo conozcáis…*
***Ana**: Lara, ¿vosotros vais en la furgo?*
***Lara**: Sin problema, Raúl y yo llevamos la furgoneta.*
***Ana**: Me pido ir en tu coche, Sonia.*
***Sonia**: Ja ja ja, claro.*
***Raúl**:* ...
***Sonia**: Le has dejado mudo.*

(A las 23 horas)

***Raúl**:* Eoo
***Liú**: Estoy K.O., chicos. Qué ganas de Fin de Año.*
***Ana**: Buenas noches. Sí, seguro que lo pasamos de lujo.*
***Lara**: Hasta mañana.*
***Pablo**: Perdón, que he estado muy liado, y luego nos hemos ido a cenar Ana y yo, pero vamos, que lo que organicéis estará bien siempre que haya cervezas, ja, ja, ja.*
***Raúl**: Ese es mi Bro.*
***Pablo**: La liamos, la liamos.*

CAPÍTULO 26

Lara y Ana han quedado en la puerta de entrada del centro comercial situado frente al mar, un lugar tranquilo y desde el que se disfrutan de unas de las mejores vistas de la costa.

—Ani, ¡qué bien te veo! —Lara la abraza.

—¡Ay, gracias! Qué ganas tenía de verte.

—Y yo. —Se agarra del brazo de su amiga y se disponen a entrar.

—¿Te apetece comer indio? —sugiere Ana—. Estuve mirando los restaurantes que hay, y este lo inauguraron la semana pasada; las reseñas son muy buenas.

—Hace mil que no como indio.

—Hecho. Pues subamos, que estoy muerta de hambre.

—Lo único, espero que no te importe, le he preguntado a Liú si se quería venir… —Lara esboza una sonrisa forzada.

—¿Por qué me va a importar? —Abre mucho los ojos—. Hace tiempo que no estamos las tres juntas. ¿Viene Sonia también?

—No, solo Liú —niega Lara con la cabeza—. He quedado con ella a las dos, frente a la cafetería de siempre.

Suben por las escaleras mecánicas hasta la zona de restauración.

—Ayer me llamó porque estaba un poco agobiada con el tema de su vecina.

—Sigue desaparecida, ¿no? —quiere saber Ana.

—¡Sí! Ayer vi las noticias, y la verdad es que es un caso que me da escalofríos.

—¿Será cierto que ha matado a su novio?

—No lo sé —se sincera Lara—, pero Liú dice que...

—¿Qué? —Se detiene en seco y le golpea el brazo para que se detenga a mirarla.

—Me escribió ayer por la noche para contarme que…

—¿Qué? —Se pone frente a su amiga.

—¡Ay! No le digas que te he dicho nada, ¿vale?

Ana voltea los ojos y tira la cabeza hacia atrás.

—Vale —se acerca su amiga—, pero dímelo ya, me estás asustando. ¿Ella está bien?

—Sí, sí, está bien, es solo que…

—¡Desembucha ya! —la coge de la solapa de la camisa.

—La semana pasada recibió una carta —susurra como si alguien pudiera escucharlas—. Asegura que es de la loca de su vecina.

—¿Una carta? —A Ana se le erizan los pelos de todo el cuerpo—. ¿Cómo que una carta?

Lara asiente con la cabeza.

—¿Y qué ponía?

—Pues… —se interrumpe—. Mira, por ahí viene Liú.

—¿Y me dejas así? —susurra Ana, abriendo la boca.

—Hola, chicas, ¿cómo estáis? —Les da un afectuoso abrazo a cada una, ya que Liú es muy cariñosa.

—Ana me ha propuesto ir al indio nuevo que han abierto, ¿te apetece?

—Sí, sí, cualquier sitio menos un chino. —Las tres estallan en carcajadas.

Liú fue adoptada cuando tenía tres años. Su padre adoptivo, Chen, es de origen chino, aunque lleva viviendo en España desde que sus padres se mudaron a Madrid, cuando él era tan solo un adolescente. En el instituto conoció a Manuela, con la que se casó nada más cumplir la mayoría de edad. Diez años después y sin esperarlo, tuvieron dos hijos. Liú llegó a sus vidas por casualidad, pues, como en muchos casos de adopción, los trámites se resolvieron veinte años después. Pero ni Chen ni Manuela pudieron mirar hacia otro lado, y muchísimo menos cuando descubrieron que la niña que les había sido asignada era de origen chino.

Liú estudió un grado superior de Diseño de Moda y realizó las prácticas en una conocida firma situada en la costa levantina. Una vez terminó, le ofrecieron un puesto de trabajo que no pudo rechazar.

Las tres amigas se sientan en la terraza del Indian Spicy y, tras revisar la carta plastificada, deciden pedir como entrantes *samosas* de verdura, cebolla, *bhaji* y *pakoras*, que pondrán en el centro para compartir. Ana, además, pide un pollo *tikka massala*, Lara arroz *pilao* con pollo *korma* y Liú opta por el plato especial del chef, que ese día es arroz con cordero.

—¿Cómo estás, Liú? —se interesa Ana, una vez que el camarero les ha tomado nota y dejado las bebidas en la mesa.

—Bien —sonríe—. Aunque… —se interrumpe y se rasca la cabeza, visiblemente nerviosa—. Ayer le comenté a Lara que estoy un poco agobiada.

—¿Por el trabajo? —intenta disimular Ana.

—No. —Mueve la cabeza y respira hondo—. ¿Os acordáis de mi vecina? La que se supone que ha… bueno…

—Sí, sí —afirman ambas amigas al unísono.

—He recibido una carta, y creo que es de ella.

—¿Una carta? ¿Para ti? —quiere saber Ana. Liú asiente con la cabeza al mismo tiempo que se tira de un pellejito que tiene en la uña—. ¿Y qué pone?

—Nada, solo es una foto de mi gato.

—¿De Ken? —pregunta Lara, frunciendo el entrecejo sin entender nada. Liú asiente—. Cariño, ¿y por qué asumes que es de ella?

Liú agacha la cabeza y se queda mirándose las manos.

—¿Qué fecha tiene? Quiero decir… ¿Desde dónde la envió? Porque, según un programa que vi ayer, la policía está en su busca.

—No tiene remite ni sello ni nada de nada —asegura ella.

—Pero ¿y cómo sabes que es suya? —Ana mueve la cabeza.

—¿Crees que ha podido entrar en su casa? —Lara abre mucho los ojos.

—Entrar en su casa, imposible; el apartamento sigue precintado por la policía.

—En los medios de comunicación la ponen como la principal sospechosa de la muerte del novio —aclara Lara.

—Sí —confirma Liú—. A los pocos días de que el chico falleciera, pasaron unos agentes preguntando por Alicia, por si la habíamos visto o tenido noticias de ella. Me dieron una tarjeta por si la veía o

se ponía en contacto conmigo. —Liú dobla una y otra vez una servilleta de papel.

—¿Por qué piensas que ella es la que te ha enviado la carta? —pregunta Ana, agarrándole una de las manos para transmitirle tranquilidad—. ¿Por qué se arriesgaría a dejarte una carta?

—Porque ella fue la que mató a Ken —sentencia, mirándola con fiereza.

—Liú, eso no lo sabes —se apresura a decir Lara.

—Sí que lo sé. Lo siento —replica al mismo tiempo que se suelta de las manos de su amiga y se señala el pecho.

—Siempre me has dicho que era una tipa rara, pero de ahí a…

—Con cambios de humor muy a menudo —puntualiza Liú, levantando el dedo índice para darle énfasis a la frase.

—Ella también tenía una gata, ¿no?

—Sí, Rayna. ¿Y qué? Eso no la exculpa.

—Pero, ¿cómo puedes saber que fue ella? —interviene Ana—. La muerte de Ken fue una desgracia, pero los accidentes también ocurren, cariño.

—¡A Ken lo mató ella! —replica con brusquedad Liú—. ¡Lo sé, lo sé y lo sé! —dice, dando leves golpes en la mesa.

—Tranquila. —Lara la vuelve a coger de las manos con cariño para tratar de tranquilizarla.

—Liú, perdóname, no quería que te sintieras mal.

—Lo sé, chicas, pero ella es… rara… —Liú mueve involuntariamente las piernas—. Aparte de que está loca… Unos meses antes del fatídico día, llegué a casa reventada. Recuerdo que ese día había tenido mucho lío en la oficina: debíamos entregar unos protos de la nueva colección y Ken había estado todo el día solo —traga saliva—. Al entrar en casa, no vino a verme, cosa que me extrañó. Me volví histérica buscándolo. Tengo mucho cuidado, lo sabéis —se las queda mirando muy seria—. Abrí todos los armarios, agité la bolsa de comida como reclamo, removí cielo y tierra. Tras veinte minutos, decidí salir al rellano y buscarlo por el edificio para ver si se había escapado.

—¿Y qué pasó? —Lara la insta a continuar, ya que Liú se ha quedado mirando a un punto fijo.

—Al abrir la puerta, ella estaba ahí plantada, delante de mi casa, con Ken en brazos.

—¡¿Qué dices?! —exclama Lara, tapándose la boca con ambas manos.

—Eso no nos lo habías contado —la regaña Ana, mirando a Lara al mismo tiempo.

—Me dijo que se lo había encontrado en el rellano…, ¡y una mierda! —exclama Liú.

—Joder. —Ana mueve la cabeza, incrédula.

—Estoy cada vez más segura de que entró en mi casa y se llevó a Ken. —Coge el vaso de refresco y toma un poco, ya que nota la boca seca—. Conocéis a Ken, sabéis que era un gato supercariñoso que se iba con cualquiera.

—¿Te fijaste si te faltaba algo más en la casa?

—No —chasquea la lengua—. Me quedé petrificada al verla allí, chicas; no os podéis imaginar lo que sentí, os lo juro.

—¿Por qué no nos lo habías contado? —le recrimina Lara.

—No lo sé —se encoge de hombros—, en ese momento no le di importancia, simplemente me alegré de que no le hubiera pasado nada a Ken, pero me perturbó algo que me dijo…

—¿Algo que te dijo ella? —pregunta Lara, confundida.

—Sí —Liú toma una bocanada de aire.

—¿Qué? —Ana apoya los codos sobre la mesa para acercarse más.

—Me dijo… —Liú traga saliva antes de continuar—. «Cuida de él o podría tener un accidente».

Las dos amigas se quedan en silencio. Ana se remueve en la silla y Lara pestañea a la vez que respira con profundidad.

—Cariño —Ana se cambia de asiento y se pone al lado de Liú—, esa frase no tiene nada de malo. Puede ser que estuviera preocupada por el gato y…

—No —niega, moviendo la pierna. Ana se la acaricia y Liú, al darse cuenta, para.

—Yo misma te podría haber dicho esa frase y…

—No fue la frase en sí, Ana. —Liú mueve la cabeza, algo ofuscada, ya que siente que sus amigas no la entienden del todo—.

Fue la voz que usó, no parecía ella —entrecierra los ojos recordando el momento—. Era una voz ronca, como gutural. Se me erizó el pelo de la nuca, y eso no es bueno.

—No sé, Liú, igual estás…

—Ana —interviene Lara—. Reconoce que, como poco, la situación es rara.

—Sí, pero no sé, me cuesta creer que alguien pueda hacer algo así.

Lara se la queda mirando y abre mucho los ojos.

—Ya sé que está en busca y captura, pero…

—Y qué casualidad que, unas semanas después, mi gato se cae por accidente por la ventana Dos más dos, cuatro —replica Liú bastante molesta.

—Joder —exclama Ana, resoplando—. Visto así, da un poco de grima, sinceramente.

—¿Por qué no vas a la policía? —sugiere Lara—. Igual pueden sacar alguna huella de la carta

—¿Y qué les digo? —protesta Liú—. Mira, he recibido una carta que contiene una foto de mi gato, que, por cierto, está muerto —dice con sarcasmo— porque se cayó por una ventana, aunque la realidad es que intuyo que lo tiraron, pero no tengo ninguna clase de prueba y…, casualmente he recibido una carta que, por supuesto, no lleva remitente y creo que es de mi vecina, la loca que mató a su novio —finaliza, tomando otra bocanada de aire y cruzándose de brazos.

—Cariño, lo sé, pero algo habrá que hacer —dice Lara.

—¿El caso no lo lleva la inspectora esa famosa? —pregunta Ana.

—¿La de los murciélagos?

—Sí, creo que sí es ella —contesta Liú.

—Pues yo iría a verla —aconseja Lara—, por probar no pierdes nada.

—Lo peor que puede pasar es que piense que estás igual de loca que Alicia. —Ana usa su tono de burla y pone cara de ida.

—Muy graciosa —contesta Liú, sacándole la lengua.

—Tranquila, Liú. Seguro que no es nada. —Ana le pasa un brazo sobre los hombros y la atrae hacia sí para darle un cálido abrazo.

—Tengo un poco de miedo —confiesa—. ¿Por qué la foto? ¿Qué quiere decirme?

—Liú, creo que deberías ir a hablar con esa inspectora, te lo digo muy en serio —insiste Lara—. Yo te puedo acompañar el lunes por la mañana.

—¿De verdad vendrías conmigo? —pregunta Liú, esperanzada.

—Por supuesto —contesta, apretándole las manos. Liú asiente y sonríe, algo más aliviada.

Ya más tranquilas, terminan de comer y, de postre, piden helado *kulfi* para las tres junto con un té de hierbas.

CAPÍTULO 27

—Morris, preguntan por ti —informa un agente, asomando la cabeza por la puerta de su despacho.

—¿Quién? —Levanta la vista de su ordenador.

—Dos chicas, una de ellas parece ser vecina de Alicia García.

—Vaya. —Se incorpora de golpe—. ¿Te han dicho algo más?

—Dice que tiene que enseñarte una cosa —aprieta los labios y encoge los hombros.

—Hazlas pasar a la sala dos, voy en unos minutos —solicita apilando los papeles en los que estaba trabajando—. Ofréceles algo de beber, por favor.

—Enseguida, jefa.

Diez minutos después, la inspectora Morris entra en la sala de interrogatorios número dos con una taza de café en la mano.

—Buenos días, soy Camila Morris y me encargo del caso de Alicia García. —Les ofrece la mano a las chicas, que están sentadas tras la mesa.

—Buenos días, inspectora. Mi nombre es Liú y ella es mi amiga Lara —se presenta tímidamente, al mismo tiempo que se mete un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Ambas conocían a la señorita García?

—No, no, ella solo me acompaña.

—Entiendo. —La inspectora les sonríe mientras se sienta frente a ellas—. Me ha comentado mi compañero que querían enseñarme algo —dice, sin apartar la mirada de ellas.

—Sí —contesta, dubitativa, Liú—. Hace unas semanas recibí una carta y creo que me la envió Alicia. —La inspectora deja

automáticamente de escribir en su minilibreta y alza la vista, sorprendida.

—¿Una carta?

—Sí, mire, la he traído. —Liú saca de su bolso un sobre blanco—. Solo contenía una foto de mi mascota, pero… —No puede evitarlo y rompe a llorar.

—Liú, tranquila. —Lara la abraza—. Su gato murió a principios de septiembre y sospecha que fue Alicia.

—¿Me permite ver el sobre? —pide Morris, mientras se pone unos guantes para manipularlo. . Lo toma con cuidado y le da varias vueltas.

—No tiene remitente —aclara Liú.

—Eso veo, pero… —Saca la foto del gato y pone a contraluz el sobre. Se levanta, abre un cajón y extrae una linterna y un spray. Lo pulveriza e ilumina. Aparecen las letras TIC TAC.

Liú ahoga un grito.

—¡Dios mío! —exclama Lara, apretando las manos de su amiga.

—Señorita Liú, debería haber venido en cuanto le llegó esta carta —la reprende la inspectora—. ¿Cuándo dice que la recibió exactamente?

—No lo recuerdo, hará dos o tres semanas —confiesa entre sollozos—. Lo sabía, ella mató a mi gato.

—Eso lo desconocemos —se adelanta a decir la inspectora, sin dejar de observar la misiva—. Ni siquiera sabemos si fue ella quien la envió. —Sonríe, tratando de tranquilizarla, aunque en su cabeza empiezan a forjarse varias teorías.

—Inspectora, semanas antes de que Ken muriera… —Inspira una gran bocanada de aire porque siente que no le llega a los pulmones —. Perdone, estoy muy nerviosa y…

—No se preocupe. Tómese todo el tiempo que necesite.

—Unas semanas antes de que su gato falleciera —interviene Lara, apoyando la mano sobre la pierna de Liú para que se relaje—, llegó a casa y no lo encontró. Eso es extraño porque ella es muy cuidadosa.

—¡Lo mató ella! —repite Liú, apretando los puños.

—Alicia —continúa explicando Lara— apareció en la puerta de su casa con el animal en brazos, alegando que se lo había encontrado en el rellano.

—¡Fue ella! —estalla Liú.

—¿No hay ninguna posibilidad de que, en un pequeño descuido, se le pudiera haber salido de casa?

—No, inspectora. Además, cuando me lo devolvió, me dijo… —Liú mira a su amiga, que le ofrece una sonrisa cálida—. Que tuviera más cuidado con el gato o él podría sufrir un accidente. Me lo dijo de una forma que me dio miedo.

—Dos semanas después, el pobre Ken se cayó por la ventana, pero todas las ventanas de su casa tienen red de seguridad —recalca su amiga.

—Entiendo. —Morris asiente con la cabeza, tocándose el mentón.

—Sé que parece raro, pero estoy segura de que ella mató a mi Ken.

—No se preocupe —la inspectora sonríe para tranquilizarla—, intentaremos averiguar la procedencia de esta carta. La mandaremos al laboratorio para ver si los trazos de las letras coinciden con varias notas de la señora García que encontramos en su apartamento.

—Gracias —contesta Liú, limpiándose la cara.

—¿Hay algo más que recuerde? ¿Algo de su comportamiento que piense que deba saber?

—No sé. —Liú se encoge de hombros—. Coincidimos un par de veces de fiesta, pero fue antes de que pasara lo de mi gato. Ella quería hacerse amiga mía, aunque la verdad es que a mí me daba mal rollo.

—¿Tenía mal carácter? —quiere saber la inspectora cogiendo de nuevo su libreta.

—No, no. Es que a veces, en la discoteca, sentía que alguien me miraba y, al girarme, descubría que estaba ella en la otra punta, observándome. Su mirada me daba escalofríos, no sabría decirle.

—Liú, eso no me lo habías contado —la regaña su amiga.

—¡Yo qué sé! En realidad, pensaba que iba puesta.

—¿No la han encontrado, verdad? —pregunta Lara.

—No podemos dar información, lo lamento.

—Lo entiendo, pero tenemos miedo.

Morris asiente con la cabeza y coge aire.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos, se lo aseguro.

—Gracias —susurra Liú.

—Gracias por venir. —La inspectora se levanta y ellas la imitan—. Por favor, llévese una tarjeta con mi número, grábeselo en el móvil y, cualquier cosa, avíseme.

—Así lo haré —agradece Liú, mirando el trozo de cartulina.

—Cualquier cosa, ¿entendido? —repite la inspectora. Ambas amigas asienten.

—Disculpe, ¿le puedo hacer una pregunta? —se envalentona Lara.

—Claro —contesta Morris, mirándola con atención.

—Usted es la inspectora de los murciélagos, ¿verdad? —Liú le da un codazo a su amiga y Morris chasquea la lengua involuntariamente, ya que odia que la conozcan con ese sobrenombre.

—Así es como me llaman, sí, ¿por qué?

—¿Cree que volverán a atacar?

—Lara —la regaña Liú.

—Perdone. Salió en la tele el caso y, la verdad, estamos inquietas por el hecho de que, según dijeron, solo atacaban a mujeres y…

—Señoritas, el caso se cerró; no tienen de qué preocuparse —ataja Morris con una sonrisa forzada. Odia cuando le hablan de los murciélagos. La verdad es que el caso se quedó sin resolver. La obligaron a cerrarlo por falta de pruebas y otros motivos fuera de su alcance. Detestaba tener que mentir.

—De acuerdo, perdone si la he molestado —aclara Lara con un hilo de voz.

—No se preocupe, estoy acostumbrada —contesta la agente, apretando los labios—. La prensa se encargó de grabarlo en la memoria de los ciudadanos. Liú, si sospecha algo, si nota algo diferente en su casa, por favor, póngase en contacto conmigo de inmediato.

—Así lo haré, inspectora, gracias.

Las amigas salen de la comisaría con más intranquilidad de la que han entrado.

—¿Qué significa TIC TAC? —Liú se para en mitad de la calle, mirando a su amiga. Al igual que ella, siente algo en su estómago, una sensación que no le gusta ni un pelo.

—No lo sé, cariño.

—Estoy asustada, Lara.

—No te preocupes, seguro que no es nada. Alicia está loca.

—¿Por qué a mí?

—Lo lamento, no tengo respuesta. ¿Por qué no te vas a casa de Sonia unos días?

—Sí, eso voy a hacer. ¿Me acompañas a recoger las cosas? No quiero ir sola.

—Claro. —Lara la abraza y le acaricia el pelo.

—No quiero estar en esa casa sola por nada del mundo.

(A las 12 de la mañana)

Raúl: Eyyy, grupo, esto está muy muerto.
Pablo: Eso, habrá que ir organizando las cervecitas, ¿no?
Lara: Ana y yo vimos que, en el pueblo, a quince minutos de la casa, hay un supermercado. Podemos comprar todo allí, pero deberíamos hacer una lista, ¿no?
Sonia: Holaaaaa.
Sonia: Pizzas, patatas, carne para hacer barbacoa, pan, tomates, lechuga, aguacates…
Raúl: Cervezas
Ana: Lista de la compra:
- Pizzas (4)
-Patatas fritas y snacks (3)
-Carne para BBQ
-Pan
-Verduras para BBQ
-Cervezas
-Agua con gas
Raúl: ¿Agua con gas????
Pablo: Servilletas, papel WC y eso hay que llevar, ¿no?

Raúl: Papel de WC para ti el doble, jajajjaja.
Ana: Lista de la compra, añadir:
-Servilletas, papel higiénico
-Humus
Lara: Lista de la compra, añadir:
-Tortilla de patatas
-Helados
Raúl: Golosaaaaaaaa
Sonia: Qué rico todo, por favor.
Ana: Id añadiendo, que solo quedan un par de semanas.
Lara: ¿Ya te han pasado el cargo? Para hacerte bizum.
Ana: Sí, ayer. Y he recibido un mensaje de que las llaves estarán en un candado en la puerta.
Sonia: ¿En un candado? No entiendo. ¿Eso cómo es?
Lara: A nosotros en Málaga nos las entregaron así. Es un candado grande, y en el interior están las llaves. Te dan el código un par de horas antes de la llegada.
Ana: Eso me han explicado en el mail.
Sonia: Ahhh, qué guay, no conocía ese sistema.
Pablo: Lista de la compra, añadir:
-Ron, hielos, uvas de la suerte.
Lara: Ayyy, sí, se nos olvidaba lo más importante: el ron y las uvas, jajaja.
Ana: ¿Os imagináis que se nos olvidan las uvas? Ja, ja, ja.
Raúl: Yo no quiero uvas, quiero aceitunas para las campanadas.
Ana: Anda, icállate, loco!
Sonia: ¿Qué dices de aceitunas?
Raúl: Esto es discriminación, yo quiero Aceitunas. Soy Team Aceitunas.
Sonia: No puedo con este señor…
Liú: Holaaaaaa. Uyyyy, esto está ya aquí. Yo quiero setas para la barbacoa, porfa, y, ¿podríamos llevar también botes de esos fideos que son instantáneos? Con la moña nos va a entrar hambre, seguro….
Ana: Lista de la compra, añadir:
-Sopa instantánea

-Jamón serrano, queso, bebida de avena, leche, galletas, café soluble.
Raúl: Madre mía, vaya lista, ja, ja.
Liú: Azúúúúcar, sal y aceite.

CAPÍTULO 28

Liú corría a toda prisa escaleras abajo. Debía llegar a la calle, porque allí, en el suelo, estaría su gato, y tenía que ayudarlo. Quizás en esta ocasión sí que tendría la oportunidad de salvarlo, pero las escaleras no se acababan nunca: seguían y seguían. Se paró, miró hacia arriba y, en ese momento, el pánico se apoderó de ella al ver que Alicia la perseguía. Le mostraba un reloj que llevaba entre las manos.

—Tic tac —decía Alicia con una sonrisa burlona.

—¡Déjame en paz! —gritaba Liú, casi sin aliento, bajando las escaleras del edificio. Tenía que huir de esa maldita loca que la perseguía para matarla, exactamente igual que hizo con su Ken y con el pobre Mike.

—Corre todo lo que quieras, cielo. —Escuchaba cómo Alicia la amenazaba desde arriba.

El corazón de Liú se desbocaba porque los escalones seguían apareciendo a sus pies, y la salida continuaba demasiado lejos.

De golpe, se sobresalta y despierta sudorosa en la cama. Mira a su derecha y allí ve a Sonia, dormida plácidamente, y entonces se da cuenta de que todo ha sido una pesadilla. Otra vez, Alicia se ha colado en sus sueños.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta Sonia, que se da la vuelta al escuchar como Liú se remueve inquieta. Ella la mira y se lanza a sus brazos.

—Otra vez —solloza.

—Preciosa mía, está todo bien —susurra Sonia mientras le acaricia la cabeza.

—Me perseguía.

—Ha sido solamente un sueño.

—Alicia —balbucea.

Sonia la abraza y la mece al mismo tiempo para tratar de tranquilizarla.

—Ella me perseguía y...

—No te va a hacer nada —la interrumpe, cogiéndola de los hombros para mirarla de frente—. Te lo prometo, aquí estamos seguras. Esa loca ya tiene bastante con huir de la justicia como para estar pensando en ti.

—Ya lo sé, pero…

—Además, ¿qué querría ella de ti?

—No sé.

—La mente a veces nos juega malas pasadas. Puede llegar a ser peligrosa y hacernos ver cosas que no existen.

—Ella sí existe —asiente Liú, y apoya la cabeza en el pecho de su novia—. Te juro que tengo el miedo metido en el cuerpo, como si me hubiera estado persiguiendo de verdad.

—¿Te hago un chocolate caliente? —pregunta Sonia con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué hora es? —quiere saber, alzando la vista.

—Las cuatro de la mañana, la hora perfecta para un chocolate. —Sonia se levanta y le guiña un ojo. Liú le devuelve el gesto con una sonrisa y se envuelve con el nórdico.

Se siente afortunada de tenerla a su lado.

—¿Qué mierda quieres de mí? —susurra para ella misma. La cara de Alicia aparece en su mente. Ella se asusta, mueve la cabeza para librarse de esa imagen y se levanta para ir a buscar su chocolate caliente. Con el estómago lleno y calentito, seguro que se sentirá mejor.

—Quizás deberías ir a hablar con la inspectora que lleva el caso— sugiere Sonia nada más verla entrar.

—¿Otra vez? ¿Para qué?

—No sé, igual hay avances y te quedas más tranquila.

—¿Y si no hay avances?

—No sé, Liú, pero desde luego no puedes seguir así. Noche sí, noche no, ella aparece en tus sueños. Al final vas a caer enferma.

—No tengo la culpa, ¿sabes? —se defiende de mala gana.

—No te estoy diciendo que tengas la culpa —Sonia se acerca para abrazarla—, pero…

—Pero ¿qué? Siempre hay un pero últimamente.

—No te pongas a la defensiva. Solo te digo que no puedes seguir así. Pide ayuda, porque no es sano vivir con miedo.

—No puedo evitarlo, ¿sabes?

—Igual, si no estuvieras todo el día pensando en ella, no te pasaría. Ocupa la cabeza en otra cosa —le sugiere, aunque en su tono hay un poco de reproche.

—Tú lo ves todo muy fácil, ¿no? —Liú deja la taza de mala gana encima de la mesa del comedor y va hacia el pasillo, visiblemente enfadada.

—Por favor, solo te quiero ayudar, pero es que te cierras en banda y…

—Por hoy he tenido suficiente. Dormiré en la habitación de invitados —contesta sin darle oportunidad de réplica, dando un portazo.

Sonia resopla, pone los ojos en blanco y abre la puerta con cuidado.

—Liú, vamos… —No obtiene respuesta.

Se acerca, se sienta en la cama y trata de desarropar a su novia, que se ha tapado hasta la cabeza.

—¡Déjame! —se revuelve esta.

—Amor, solo quiero ayudarte.

Liú se destapa de golpe y se queda mirándola.

—¿De verdad quieres ayudarme?

Sonia sonríe, asintiendo.

—Déjame sola. —Liú la observa muy seria.

—No puedes hablar en serio.

—Si no me entiendes, ¡déjame!

Sonia baja la vista, se toca el puente de la nariz y toma un par de bocanadas de aire.

—¡No! —Niega con la cabeza—. Si vas a dormir aquí, yo también. —Levanta el edredón y trata de colarse debajo, mientras Liú forcejea para hacer que se baje de la cama. Pero consigue meterse y tumbarse a su lado.

—Sonia —replica al notar cómo la abraza con brazos y piernas.

—Juntas —susurra esta.

Liú se queda muy quieta, suelta un sollozo, se gira para esconderse entre el cuerpo de Sonia y rompe a llorar hasta quedarse dormida en sus brazos.

CAPÍTULO 29

—Jorge, ¿qué tal? Adelante.

—La empresa de telefonía de Alicia y de Teodoro es la misma, y no hay ni rastro de llamadas entre ambos en el último año. —Jorge le pasa el documento para que pueda verlo con sus propios ojos.

—¿Algún número que se repita?

—El de Teller.

—¿Ningún otro? —pregunta extrañada.

—Que se repita como un patrón, no. Hay una llamada entrante en agosto desde la casa de Lucía Mora, pero no le he dado importancia al coincidir con el cumpleaños de Alicia.

—¿Duración de la llamada?

—No más de dos minutos. La tienes subrayada en la segunda hoja, en amarillo.

—Gracias, Jorge, seguimos en un callejón sin salida. —La inspectora se recuesta sobre su silla, mirando a su compañero del departamento de informática.

—Realmente mantiene un perfil muy bajo —asegura él.

—¿Has averiguado los antecedentes de Teodoro?

—Aquí es donde algo no cuadra: aparece en la base de datos, pero su historial está limpio, impoluto.

—Eso no puede ser. —Se incorpora, confusa—. Si está en la base de datos, es porque se le ha registrado por algo, aunque sea un delito menor —explica.

—Lo sé, lo sé —sonríe Jorge—. Ahí es donde me topo con una pared, y con nuestros limitados recursos —mueve la mano para darle énfasis a la frase—, no puedo acceder a más. Algo hay, seguro, pero yo estoy capado, jefa.

—Entiendo —contesta la inspectora, acariciándose el mentón.

—El informe del accidente de coche del padre de Alicia es simple:volvía de una reunión de trabajo, se salió de la carretera, voló y aterrizó sobre el tejado de una casa.

—¿Iba solo? —pregunta Morris, pidiéndoselo con un gesto.

—Sí, y hasta arriba de alcohol. El caso se cerró sin más.

—Qué extraño. —Señala una parte del informe.

—¿Qué sucede?

—Cuando Medina y yo estuvimos en casa de la señora Lucía Mora, ella nos dijo que, tras el fallecimiento del padre de Alicia, se sentía en deuda con la niña porque el accidente fue culpa de su marido.

—¡Hostia! —Jorge abre mucho los ojos.

—Pero creo que lo dijo sin darse cuenta, porque luego, cuando le volvimos a preguntar, cambió de tema, como si no hubiera dicho tal cosa.

—Me parece a mí que estas dos familias esconden más de un secreto.

—Sí, Jorge, gracias. ¿Me puedo quedar con estos informes? —pregunta, señalando el sobre.

—Sí, sí, claro. Si necesitas algo más, avisa; estoy en las catacumbas. —Apunta hacia el suelo y sale del despacho.

Todos en la comisaría conocen la zona de informática como *las catacumbas* porque el departamento está situado en el sótano.

Morris se levanta, quita el cuadro de la pared que oculta la caja fuerte, teclea la clave para abrirla y saca de allí un teléfono móvil. Se lo mete en el bolsillo, coge su bolso y sale de comisaría sin decirle nada a nadie.

Camina pensativa en dirección a la playa. Nada más llegar, respira profundamente mientras abre los brazos, se descalza y se pone a pasear, sintiendo cada grano de arena bajo sus pies, una de sus sensaciones favoritas. Una vez llega a la orilla, saca el teléfono y marca el segundo número agendado en la app de contactos.

—Camila —contesta una voz de mujer al otro lado de la línea—, ¡menuda sorpresa!

—Necesito tu ayuda, Laura —suelta a bocajarro.

—No he podido encontrar nada todavía.

—No, no es eso.

—¿Has descubierto algo más sobre el origen de los murciélagos? —pregunta esperanzada.

—No, Laura. —Morris niega con una sonrisa apagada y mira al horizonte—. Por el momento solamente me doy contra muros altos, pero te llamaba para que me ayudaras en otro caso.

—¿El de la novia asesina? —susurra Laura con una voz malévola.

—Joder, ¿así lo apoda la prensa?

—Sí, Cami, ¿no ves la tele?

—¡Pues no! Tengo otras cosas más importantes que hacer, la verdad.

—Bueno, bueno.

—Laura, no tengo mucho tiempo —interrumpe la inspectora—. Te voy a enviar por SMS varios nombres y necesito que mires, por un lado, si hay archivos borrados y, si están borrados, que trates de recuperarlos. Averigua todo lo que puedas sobre Teodoro Mora.

—Ajá —responde Laura mientras Morris escucha cómo su amiga teclea a toda pastilla en un ordenador.

—¿Lo tienes todo? —quiere saber Morris.

—Lo tengo todo, pero te va a salir caro —advierte.

—¡Joder, Laura!

—Tengo que ganarme la vida, Camila.

—Vale —contesta la inspectora con un chasquido de lengua y cuelga el teléfono.

CAPÍTULO 30

30 de diciembre de 2020

—¿Lo tenéis todo? —pregunta Lara, cargando la maleta en la parte trasera de la furgoneta.

—Yo creo que sí —contesta Liú con una sonrisa emocionada.

—Raúl, ¿estás preparado? —quiere saber Lara.

—Yo sí, en dos horas estaremos ahí.

—No te flipes, que queremos llegar de una pieza —le regaña su novia.

—Cortarrollos…. —Raúl le saca la lengua para hacerle burla y se sube a la furgoneta.

—No sé cómo te aguanta, Raúl. —Liú suelta una carcajada.

—Ni yo —contesta él con sinceridad.

—Venga, dejad tanta cháchara, que son las tres y hay que pasar por el supermercado antes de llegar a la casa. —Lara se sube a la parte del copiloto de un salto, se abrocha el cinturón y se mete un chicle de fresa en la boca. Liú se acomoda en la parte trasera y también se pone el cinturón de seguridad.

—¡Vaya!—se sorprende—. Esto es supergrande.

—Cuando nos vamos por ahí con la furgo, nos cabe hasta el colchón. —Raúl se gira con una sonrisa pícara.

—¿No os da miedo?

—¿Miedo? —Se gira ahora Lara, con cara de sorpresa.

—No sé —se encoge de hombros—. Que en mitad de la noche alguien se os meta en la furgo —argumenta con bastante seriedad.

—Demasiadas pelis has visto tú —replica Raúl.

Después de un trayecto de unas tres horas, llegan a la pintoresca ciudad de Cuenca. Estacionan en el aparcamiento del supermercado

y, nada más bajarse del coche, ya notan la brisa fresca de las montañas.

—¡Bufff! Respira, respira —dice Lara. Liú la mira con una sonrisa.

—¿A cuánto está la casa? —quiere saber Raúl.

—Según el GPS, a quince minutos, ¿por? —Lara se lo queda mirando.

—Por si se nos olvida algo, poder acercarnos mañana sábado en un momento.

—Cojo un carro —se apresura a decir Liú, ya desde la puerta del establecimiento. Los tres entran.

—A ver, era: leche normal, de avena, bizcochos y galletas para el desayuno —va leyendo Lara.

—Y azúcar. —Liú mete un paquete dentro del carro.

—He traído hamburguesas, muslos de pollo, butifarra, choricitos picantes y panceta. Con esto está bien, ¿no? —pregunta Raúl, con las bandejas de carne entre sus brazos.

—Yo creo que sí. —Lara lo mira y asiente—. ¡Hostia! Raúl, el carbón para el fuego.

—¿Te imaginas que nos vamos sin el carbón? Voy a buscarlo. —Sale disparado por el pasillo de enfrente.

—Lara —se acerca Liú con bolsas entre las manos—, he cogido tomates y ensalada de esta que ya viene lavada. Aguacates no había, *sorry*, pero he pillado setas, berenjena, calabacín, pimientos y unas patatas para hacer al fuego.

—Estupendo, entonces faltaría… —Baja la vista para mirar la lista del grupo de WhatsApp. —El *hummus* y la tortilla de patatas, que deben estar en esa nevera de ahí. —Lara comienza a avanzar, pero Liú se queda petrificada en mitad del pasillo—. ¿Liú? ¿Qué te pasa?

—Ella… —acierta a decir, señalando hacia el fondo.

—¿Ella? —pregunta Lara, girándose. Al fijarse más, ve una mujer con un carrito de bebé.

—Me ha seguido hasta aquí. —Liú comienza a temblar.

—¿De qué hablas? No te entiendo.

—Alicia está aquí.

—¿Alicia? ¿Tu vecina? Eso no es posible. —Lara empieza a moverse, nerviosa, de un lado al otro—. ¿Seguro? Igual era alguien

que se le parecía.

—Era ella —afirma, moviendo la cabeza como un autómata.

—Tranquila, estás temblando, cariño.

—Era ella —balbucea Liú—, era ella, estoy segura.

—¿Qué pasa? —Raúl llega cargado con latas de cerveza en una mano y varios sacos de carbón en la otra.

—Dice que ha visto a su vecina, la loca —explica Lara mientras abraza a una Liú temblorosa.

—¿La novia asesina? —Raúl abre mucho los ojos, sorprendido.

—Era ella, Lara, era ella —repite muerta de miedo—. Me ha seguido hasta aquí. No puedo respirar.

—Tranquila. —La mece mientras mira a su novio con cara de preocupación—. Raúl, acaba la compra, porfa. Te esperamos en la furgoneta.

—Pero…

—Raúl, no es el momento, de verdad, luego te lo cuento.

—Me ha seguido —repite Liú mientras ambas amigas salen abrazadas del supermercado.

—Vamos a la furgoneta, cariño. Estoy segura de que era alguien que se le parecía mucho, y como estás sugestionada por la carta que te mandó, pues…

—¡No! —la interrumpe—. Me ha mirado a los ojos directamente y me ha sonreído.

—La mente, a veces, nos hace ver cosas donde no las hay. Vamos a sentarnos en el asiento delantero de la furgoneta.

—Joder…

—Vamos a respirar juntas.

—Era ella, Lara. Pero ¿qué hace aquí? ¿Algún coche nos ha seguido? ¿Te has fijado? —Liú mira hacia todos lados, muy nerviosa.

—No, no me he fijado, pero lo que estás diciendo es una locura. Alicia está en busca y captura. ¿Insinúas que te ha seguido desde Alicante hasta aquí? ¿Nadie la ha visto en todos estos meses? ¿Cómo sabía que salíamos hoy?

—No lo sé.

—¿Por qué no escribes a esa inspectora? Te dio su teléfono, ¿no?

—Es buena idea. —Liú saca su teléfono de la mochila y marca temblorosa el número de la inspectora Camila Morris.

—¿Sí? —pregunta una voz de mujer al otro lado de la línea.

—Buen… buenos días. ¿Inspectora Morris?

—Buenos días, soy yo. ¿Quién es? —pregunta.

—Soy Liú, no sé si me recuerda. Fui a la comisaría porque mi vecina… Alicia… me había enviado una carta y… —se queda en silencio.

—Sí, claro, por supuesto que la recuerdo, ¿ha sucedido algo?

—Estoy en Cuenca y me ha parecido verla.

—¿Está usted segura? —La voz de la inspectora suena preocupada.

—Sí, se me ha quedado mirando fijamente.

—¿Ha podido verla bien? ¿Está usted completamente segura?

—Han sido unos segundos, pero estoy segura de que era ella. Estábamos en el supermercado porque hemos venido a pasar el fin de año a una casa rural. —Liú lo explica todo muy deprisa mientras aprieta la mano de su amiga—. He sentido que alguien me observaba, he levantado la vista y allí estaba, mirándome y sonriendo. Ha pasado un segundo y luego ha desaparecido.

—¿Cabe la posibilidad de que haya alguien que se le parezca?

—Era ella, estoy segura, inspectora. Me ha seguido hasta aquí, y yo, no sé, pero era ella —dice atropelladamente Liú.

—Está bien, no se preocupe. Me pondré en contacto con la comisaría de Cuenca para notificar que puede estar por la zona y que hagan una ronda, a ver si los agentes la ven.

—Muchas gracias, de verdad —contesta, algo más calmada.

—¿Dónde se alojan?

—En una casa rural en la Laguna de Tobar.

—Si no le resulta ningún inconveniente, ¿me podría pasar la ubicación exacta?

—Por supuesto, yo me quedaré más tranquila.

—Si averiguamos algo, la mantendré informada, señorita Liú. No debe preocuparse, pero mantenga el móvil encendido en todo momento.

—Gracias, inspectora. —Liú cuelga el teléfono.

—¿Qué te ha dicho? —quiere saber Raúl, que acaba de llegar con toda la compra.

—Que se va a poner en contacto con la comisaría de aquí para dar aviso y que le pase nuestra ubicación por si acaso.

—Vaya, ¡qué movida! —contesta Raúl.

—Venga, vamos a olvidar esto, ¿sí? —Lara intenta tranquilizar a Liú, pero la realidad es que ella también está inquieta.

En un breve lapso de menos de veinte minutos, la furgoneta serpentea un pintoresco camino rural hasta llegar frente a la casa de piedra que han alquilado. El portón principal de madera le da carácter a la vivienda. Las ventanas, construidas del mismo material, lucen elegantes, adornadas con macetas de colores vivos.

—¡Qué pasada! ¿No? —silba Raúl al observar la casa de piedra.

—La verdad es que sí, es bastante grande. Por las fotos, me la imaginaba mucho más pequeña —dice Lara. A lo lejos se escucha un rugido.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Liú, abriendo los ojos.

—Una vaca. —Lara abraza a su amiga, riendo.

—Estamos en mitad del campo, no hay nada en los alrededores —confirma Raúl, que acaba de dar la vuelta a toda la casa—. ¿No había un lago por la zona?

—Sí, me suena que Ana dijo que estaba a media hora caminando —contesta Liú.

—Mañana por la mañana podemos ir, chicos —sugiere Lara.

(A las 19.30 horas)

Liú: Ya hemos llegado, ¿cómo vais?

Raúl: La casa es una pasada, por lo menos por fuera.

Ana: Estamos a una hora. Hemos pillado algo de atasco a la salida de Alicante.

Raúl: Te felicito, Anita, la casa es una pasada, pero Lara y yo nos pedimos la habitación de la última planta, que tiene bañera, ja, ja, ja.

Ana: Ja ja ja, lo que queráis, tortolitos. A nosotros nos da igual, y Sonia dice que a ella le da lo mismo también.

Pablo: ¿Las cervezas están frías?

Raúl: Lo primero que hice, bro.
Lara: ¿Cenamos las pizzas?
Ana: Sí, Lara, ni te compliques. Una picaeta y las pizzas las metemos al llegar.
Lara: Venga, ahora nos vemos.
Raúl: Fiestaaaaaaa.

CAPÍTULO 31

Son las siete de la mañana y Alicia duerme en el asiento trasero del automóvil, arropada con una pequeña manta. En esta época del año, a finales de diciembre, las temperaturas oscilan entre cero y diez grados, lo que ha dejado su cuerpo entumecido por el intenso frío. Abre poco a poco los ojos. Carraspea al notar la garganta seca y bastante dolorida.

—¿Dónde estoy? —quiere saber, incorporándose. Se acerca a la ventana del coche y observa que se encuentra en una especie de parque industrial. Rayna está dormida hecha un bollito en el asiento del conductor. Al escucharla, estira las patas delanteras y se incorpora bostezando.

—¿Qué está pasando? —Se gira y su mirada se topa con el espejo retrovisor.

—Cielo, todo marcha según el plan. —La voz gutural, rasgada y fría, sale de su propia garganta. Se tapa la boca y se lanza hacia atrás, asustada.

—Vamos, cielo, sabías que esto iba a ocurrir.

Alicia se abalanza hacia el picaporte, pero su propia mano se queda rígida; los pulmones se le bloquean y el aire deja de entrar.

—No —susurra. Cierra los ojos. Las palabras de su psicoterapeuta aparecen de nuevo en su cabeza y se concentra en la respiración. Poco a poco, el oxígeno regresa y su mano se relaja.

—Esto no está bien —niega.

—Querida Alicia… —La voz rasgada vuelve a salir de su garganta —. Recuerda la promesa que le hicimos a la abuela.

Voltea la cabeza buscando su propia mirada, más oscura, más siniestra Ella misma y *Ella*, observándose al mismo tiempo, en el mismo lugar.

—Siempre juntas.

Alicia niega con la cabeza, se tumba abrazándose las piernas y se pone a llorar.

CAPÍTULO 32

—¡Esto es impresionante! —exclama Raúl, abriendo la boca tras descorrer las cortinas del comedor.

—¿Qué pasa? —Ana se acerca corriendo.

La estampa que ven es preciosa: ha nevado durante toda la noche y, ante ellos, tienen una auténtica postal de Navidad.

—Todo está blanco —responde Raúl, alucinado.

Lara se levanta como un resorte y va directa a la ventana para verlo por sí misma.

—¿Qué? —Sonia también va hacia ellos—. Me encanta —responde, dando saltitos.

—¡Ostras! ¿Salimos? —propone Lara.

—Nos vamos a helar —replica Pablo, haciendo una mueca con la boca.

—Hemos traído las térmicas, quejica —informa Ana, guiñándole un ojo.

—¿Qué haría yo sin ti? —Pablo se acerca a Ana, la abraza y le da un beso en los labios.

—¡Venga, iros a un hotel! —Raúl pone los ojos en blanco.

Ana sonríe, le saca la lengua y le guiña un ojo. Luego vuelve a mirar a su novio y exagera un beso de tornillo. Raúl voltea los ojos negando con la cabeza.

—¿Desayunamos primero? —Sonia está colocando el bizcocho y las galletas sobre el mostrador de la cocina.

Liú baja lentamente por las escaleras mientras se restriega los ojos.

—La bella durmiente —dramatiza Raúl.

—¿Has descansado? —pregunta Lara, sonriendo.

—Sí, la verdad es que me costó mucho dormirme, pero he descansado bien.

—Te zampaste una pizza tú sola, no me extraña —bufa Raúl.

—No es eso, tío, estaba preocupada por si… —se le quiebra la voz.

—Lara me lo contó todo anoche. —Pablo se acerca a ella y le aprieta la mano con cariño—. Estamos aquí todos juntos, no te va a pasar nada.

—Gracias, Pablo. La verdad es que ya no sé ni lo que vi, ni si era cierto o no. Lo tengo algo borroso.

—¿Te apetece un café con leche, cariño? —Sonia se acerca y le da un beso en los labios. Liú apoya su cabeza en el hombro de su novia y asiente. Sonia está preocupada por ella, y lo único que quiere en este momento es que deje de pensar en la maldita Alicia, aunque solo sea durante este fin de semana.

—Sí, porfa, con dos de azúcar. —Levanta la cabeza y sonríe.

—Estás guapísima recién levantada —le susurra al oído Sonia.

—¡Hostia puta! —exclama Raúl. Todos se giran para mirarlo—. Este bizcocho está brutal, lleva manzana por dentro —dice con la boca llena.

Lara y Ana se quedan mirándolo y niegan con la cabeza.

—Este muchacho no tiene remedio. —Sonia chasquea la lengua.

—¿Qué? —replica el acusado, con los ojos muy abiertos.

♦♦♦♦

Ha salido el sol, así que deciden hacer una pequeña excursión de senderismo que los llevará hasta el famoso lago. Ana estuvo investigando en varios foros de viaje y encontró una ruta, la que ellos han escogido, que les hará pasar por las ruinas de un castillo.

—Amor, trata de relajarte. Es imposible que ella sepa que estamos aquí.

Sonia rodea a Liú con los brazos por detrás y la besa en la mejilla. Los abrazos de su chica siempre la reconfortan, y hoy, si cabe, todavía más, porque no deja de tener una extraña sensación, un mal augurio, como diría su madre.

—Sí, lo sé, es imposible. Pero creo que hasta que no la vea entre rejas, no voy a ser capaz de volver a mi vida normal.

Sonia arruga la frente.

—¿Y si jamás la encuentran?

Liú se la queda mirando.

—Sonia, así no eres de mucha ayuda —replica, algo molesta.

—No, no —se aventura a decir—. Quiero que estés tranquila. No eres la misma desde que ella desapareció: estás en constante alerta, tensa.

—¿Y qué quieres que haga?

—Intentar relajarte. —La mira con ojos suplicantes.

—¿Intentar relajarme? —bufa con más fuerza de lo que le habría gustado, pues Lara se gira para ver si se encuentra bien.

—Perdona —contesta Sonia—. Es que no sé cómo ayudarte. Me siento impotente.

—Yo no te he pedido ayuda —susurra, apretando los dientes, antes de salir a paso acelerado para unirse a Raúl y Pablo, que encabezan la marcha.

Lara y Ana, que iban cogidas de la mano, se quedan rezagadas al ver pasar a Liú y esperan a Sonia.

—Dale tiempo —le aconseja Lara entrelazando su brazo con el de esta.

—Es que no es la misma —se justifica.

—Lo sé. —Se queda en silencio—. ¿Y quién lo sería?

—El miedo es libre, y muchas veces irracional —añade Ana.

—Lo sé, pero yo solo quiero que esté bien, tranquila.

—Eso no está en tus manos —dice Lara.

—Soy su pareja, ¿cómo que no está en mis manos? —contesta con un tono de enfado.

—No me malinterpretes —se excusa Lara—. Me refiero a que no puedes controlar cómo se siente ante una amenaza externa que no tiene nada que ver contigo.

—Debería sentirse segura a mi lado —insiste Sonia.

—¿Por qué? —quiere saber Ana.

—Porque soy su pareja.

—Sonia, ella tiene confianza en vuestra relación. Su miedo es externo, no tiene nada que ver contigo.

—Ya, pero…

—Tú, simplemente, apóyala.

—Eso hago.

—Dale tiempo. Os ayudaremos a superar esto.

El grito de euforia de Raúl interrumpe la conversación.

—¡Mirad qué pedazo de castillo!

A escasos cincuenta metros, un castillo en ruinas se muestra ante ellos, todavía majestuoso. Está situado sobre una colina, y se aprecian vestigios de vidas pasadas en las que, con bastante probabilidad, debió de haber sido un lugar muy rico y próspero. Además, sus piedras desgastadas se entrelazan con enredaderas salvajes, tintadas del blanco de la nieve, dándole un halo de auténtico misterio.

—Yo quiero una foto. —Raúl corre entusiasmado, y se adentra por el pequeño sendero de piedra que conduce directamente a lo que, en su día, fue la entrada del castillo. El resto de amigos lo imita y, una vez arriba todos juntos posan para un sinfín de fotos.

—Se ve el lago desde aquí —señala Liú con una sonrisa. Sonia se acerca a ella, la abraza por detrás y le susurra.

—Perdona.

—No pasa nada —contesta, todavía algo tensa.

—Perdóname, va —le insiste dándole un beso en el cuello. Liú no responde, pero se abraza a ella.

—Venga ya, tortolitas, iros a un hotel —replica Raúl, situándose a su lado. Liú pone los ojos en blanco.

—Bajemos a aquella roca que hay frente a la laguna, tiene buena pinta —propone Pablo—. Podemos asentar allí el campamento y almorzar, ¿qué os parece?

CAPÍTULO 33

—Chicos, yo ya estoy cansada de jugar a las cartas. —Ana las lanza sobre la mesa.

—Y yo —añade Sonia.

—Son casi las ocho. Creo que deberíamos empezar a preparar las cosas para esta noche.

—Hemos traído guirnaldas que sobraron del año pasado —dice Sonia.

—¡Genial! Podemos adornar la zona del comedor, como si fuera una especie de photocall —propone Liú.

—Me gusta la idea. —Lara da una palmadita.

—Nosotros podemos ir preparando el fuego para la barbacoa. —Pablo se levanta de la mesa.

—Buena idea, bro. —Pablo le sigue.

Ambos salen al exterior. En la zona delantera de la casa está situada una barbacoa de obra, pero se dan cuenta de que casi no les queda carbón.

—Esta mañana me pareció ver unas ramas en el camino que tomamos hacia el lago —dice Raúl.

—Pero estarán mojadas por la nieve.

—Igual nos sirven. Vengo enseguida —contesta, echando a andar.

—¿A dónde va? —quiere saber Ana, que en ese momento sale con un plato de patatas fritas en una mano y una bolsa de frutos secos en la otra.

—A por leña.

—Pero estará mojada.

—Yo también lo he pensado. —Se encoge de hombros—. Pero ya sabes lo cabezón que es.

—Toma, para que cojas fuerzas. —Le hace entrega del plato con una reverencia.

—Gracias, amor. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Estás preciosa bajo esta luz. —Deja el plato sobre una pequeña mesa improvisado con unas cajas de plástico que encontraron en la parte trasera de la casa, y la rodea con los brazos antes de darle un largo beso.

—Me alegra verte tan tranquilo, Pablo.

—¿A qué te refieres?

—Estás bastante estresado con el trabajo nuevo.

—Es lo que me gusta.

—Lo sé, señor letrado —contesta Ana, dándole otro beso.

—Anita. —Se escucha la voz de Sonia desde el interior de la casa.

—¿Qué? —pregunta ella con un mohín en la cara.

—No encontramos el abridor. Liú quiere una copa de vino.

—¡Voy! —grita—. Me voy, las chicas me necesitan —dice, dándole un beso fugaz.

Una hora más tarde, Pablo entra en la casa con cara de preocupación.

—Chicas, estoy preocupado.

—¿Qué pasa? —Ana está metiendo en una bolsa los adornos que han sobrado.

—Raúl no ha vuelto.

—¿Qué quieres decir? —La cara de Lara refleja curiosidad y miedo a partes iguales.

—Se fue a buscar unas ramas para el fuego y…

—¿Todavía no ha regresado? —exclama Ana avanzando hasta su novio.

—¿Cómo que todavía? ¿Cuándo se ha ido? —Lara eleva el tono de voz y se acerca a Pablo.

—¿Qué pasa? —pregunta Liú.

—Hace como una hora que Raúl se fue a por leña y todavía no ha vuelto —aclara Ana.

—¿Una hora? —Lara abre los ojos, asustada.

—Más o menos, sí —confirma Pablo.

—Vamos a buscarle. —Lara ya tiene puesto el abrigo—. Le ha pasado algo, seguro.

—¡Vamos! —afirma Pablo—. Que se queden aquí Liú, Sonia y Ana, por si vuelve por otro camino.

—De acuerdo —contesta, saliendo a toda prisa sin esperar a Pablo.

—Liú, ¿qué pasa? —Sonia se acerca a ella al ver su cara de preocupación.

—¿Y si ella está aquí?

—No digas bobadas —la regaña—. Todos sabemos lo bromista que es Raúl. Va a aparecer en cualquier momento para darnos un susto.

—Vamos a seguir preparando todo —interviene Ana. Su cara también es de inquietud, pero lo último que necesitan ahora es que Liú entre en estado de pánico.

Una hora más tarde…

—No lo hemos encontrado. —Pablo entra casi sin aliento, frotándose las manos por el frío.

—Tenemos que llamar a la policía. —Lara coge el teléfono, que se está cargando en el mueble de la entrada.

—Yo no tengo cobertura —informa Sonia con su móvil en la mano.

—Qué raro, esta tarde he llamado a mi madre sin problema. —Ana la imita, mirando la pantalla del suyo.

—Yo tampoco tengo —contesta Liú, muy seria.

—¿Alguien tiene cobertura? —pregunta Pablo.

—Se va a congelar ahí fuera. —Lara da vueltas por la estancia, muy nerviosa.

—Vayamos al pueblo a buscar ayuda —propone Sonia.

—Buena idea. Mi furgo lleva las cadenas puestas. —Lara coge su bolso para buscar las llaves.

—Yo conduzco, Lara —contesta Pablo.

—Tened cuidado, por favor. —Ana se acerca y les da un abrazo, un poco más largo de lo habitual, a ambos a la vez. Empieza a estar asustada.

—Tranquila, amor, está todo bien —sonríe Pablo, pero solo lo hace con los labios; sus ojos dicen otra cosa muy distinta—. El cabezota de Raúl habrá querido llegar a una rama más alta y se habrá torcido el tobillo… y al estar oscuro…

—¡Vamos! —Lara lo empuja, apresurada.

CAPÍTULO 34

Una hora para la media noche…

—No vienen. —Liú camina inquieta por el salón.

—No tardarán —contesta Ana, sentada en el sofá, mordiéndose las uñas.

—¿Hago té? —pregunta Sonia, que ya no sabe qué hacer para que los minutos pasen más rápido.

Unos suaves pero insistentes arañazos en la puerta las paralizan a las tres.

—¿Qué es eso? —Ana se levanta corriendo. Al abrir, una gatita muy peluda, de color gris, entra maullando.

—Pero ¿qué…? —empieza a decir Sonia.

—Es… ¡Noooo! —grita Liú, aterrada.

—¿Qué pasa? —quiere saber Ana, mirándola a ella y al animal de forma simultánea. La gata se adentra en la casa como si ya la conociera. Como si nada, se sube a un sofá y se enrosca sobre sí misma.

—Es Rayna… la gata de… —Liú queda petrificada.

En la puerta está Alicia, con un rifle en la mano. Mira a Ana, que la observa asustada.

—Buenas noches, señoras. —La voz gutural de Alicia parece surgir de la mismísima ultratumba.

Sin darle tiempo a reaccionar, Alicia le estampa la culata del rifle en la cabeza. Ana cae, sin poder remediarlo, con todo su peso al suelo, y se golpeacon la esquina del recibidor. Un pequeño reguero de sangre empieza a salir de su frente.

—¡Ana! —grita Sonia, dirigiéndose hacia ella.

—Ni se te ocurra dar un paso más —advierte Alicia, apuntándola con el rifle— o la mato —añade, señalando a Liú.

—¿Qué? ¿Qué…? —empieza a tartamudear Liú.

—Sentaos una en cada silla. No intentéis hacer nada.

Señala un cuadro que cuelga sobre la chimenea y dispara con tal puntería que acierta justo en el centro. Sonia y Liú dan un respingo y se toman de las manos.

—Querida vecinita, cuánto tiempo sin verte.

—Lo sabía. Sabía que eras tú —responde Liú, temblando de miedo.

—Nuestros amigos han ido a por ayuda —se envalentona Sonia.

—¿Quiénes? ¿Los del coche sin frenos? —contesta, con una voz mucho más siniestra.

—¡¿Qué?! —Liú tiembla—. ¿Por qué, Alicia, por qué haces esto?

—Alicia ya no está. Ella era demasiado blanda, demasiado buena. Ahora estoy yo, pero con todos sus recuerdos. —Sonríe de medio lado.

—Yo no te he hecho nada —se defiende Liú—, ¿por qué quieres hacerme daño?

—¿Estás segura, Liú?

—S… Síií —tartamudea.

—¿No recuerdas que la despreciaste y la elegiste a ella? —contesta, señalando a Sonia.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Sonia, confusa, mirando a ambas.

—Alicia te quería, Liú, y tú la rechazaste.

—¿Cómo que Alicia? Tú eres Alicia. —Liú está totalmente perpleja y mira a Sonia, que traga saliva.

—¿Recuerdas aquella noche en que algunos vecinos salisteis de cena? Os besasteis y después tú la rechazaste. —Liú la escucha en silencio, sin entender el juego de palabras.

—A la semana, apareciste con esta. —Señala de nuevo a Sonia.

—Pero… Alicia, yo, yo… Yo pensé que… —tartamudea—. Habíamos bebido mucho.

—¿De qué está hablando? —quiere saber Sonia.

—Tú pensaste, tú pensaste… —contesta Alicia en tono de burla, ignorando a Sonia—. Aquella noche os besasteis y tú te olvidaste de ella a la mañana siguiente. ¿Te parece una actitud correcta? —pregunta, acercándole el rifle a la mejilla.

—Ella… o sea, tú… estabas con Mike —se defiende.

—Mike, Mike, Mike. ¡Ese mierda de tío! Ya recibió lo que se merecía. —suelta una carcajada. Sonia y Liú se miran, asustadas—. Alicia le confesó que era bisexual y, ¿cómo crees que reaccionó? ¿Eh? —Se aproxima a Liú esperando una respuesta.

—No lo sé.

—Mike la llamó degenerada… ¡Maldito cerdo! —escupe las palabras.

—Lo siento, Alicia.

—Ella ya no está —sentencia, sonriendo—, ¿y sabes por qué? Porque no había nadie que la defendiera.

—¡Estás loca! ¡Suéltanos! —se desespera Liú.

—¡Tú la heriste! —grita—. Le hiciste daño.

Liú y Sonia vuelven a mirarse. Sonia niega muy lentamente con la cabeza, al mismo tiempo que una lágrima recorre su mejilla. Está aterrada, y lo último que necesita es que Liú entre en histeria y se enfrente a Alicia.

—Lo… Lo sentimos mucho —susurra.

—Ya es tarde, cielo. —Mira con desprecio a Sonia—. Alicia ya no está, y ahora en su lugar estoy yo. —Su sonrisa se tuerce hacia un lateral—. Y todos los que le hicisteis daño lo vais a pagar.

—Por favor —suplica Liú—. De verdad que yo no sabía que…

—¡Cállate! —grita.

—Entendemos lo que has sufrido, Alicia. —Sonia trata de dialogar.

—¡Alicia ya no está! Ahora estoy yo.

—¿Y quién eres tú? —se envalentona Sonia.

—¡Silencio!

Saca de la mochila una cuerda y se la lanza a Sonia.

—¡Liú, átala! —Señala la tubería de la calefacción.

Ellas se quedan petrificadas. Alicia agacha la cabeza, desafiándolas con la mirada, y acto seguido dispara justo al lado de

los pies de Liú. Ella da un respingo acompañado de un grito.

—Vale. —Sonia se levanta y Liú la sigue. Se acerca a ella, que le ofrece la cuerda, y la ata sin dejar de mirarla a los ojos. Una lágrima resbala por su mejilla, y Liú levanta su mano para acariciarle la cara. Sonia cierra los párpados al sentir el contacto.

—Por favor —susurra.

—Amor, amor, amor —se burla Alicia con una risa histriónica—. Liú, ponte estas esposas —le ordena, lanzándoselas sobre la mesa. Ella respira profundamente sin dejar de mirar a los ojos de su novia, sonríe y asiente.

—Tranquila —susurra. Al separarse de ella, de esta una punzada le atraviesa el estómago, pero obedece.

—Te quiero —confiesa Sonia, moviéndose hacia ella. Liú se gira y su labio inferior comienza a temblar.

—Te amo, siempre.

—Oh, qué tierno —exclama Alicia de mala gana. La coge por el codo, la arrastra a trompicones hacia el sofá y la empuja para que se siente. Le ata las manos. Liú intenta levantarse, pero Alicia le da una bofetada.

—¡No! —suplica Sonia.

—Si te portas bien, no te pasará nada.

Liú mira a Sonia, que ahora llora desconsoladamente. Alicia mete en una mochila a Rayna y tira de Liú, que ahora se deja arrastrar, y salen por la puerta trasera.

—Por favor, Alicia —ruega Sonia con un hilo de voz—. No lo hagas, por favor —Pero ya ha desaparecido en la oscuridad.

Sonia empieza a llorar sin control y su cuerpo se desliza hasta quedar sentada en el suelo, sobre sus rodillas.

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando escucha cómo llega un coche. Alguien se baja y cierra la puerta. A los pocos segundos, la entrada de la casa se empieza a abrir lentamente.

—¡Policía! —dice en voz alta una mujer, con una pistola en alto.

—¡Aquí! —contesta Sonia desde el suelo.

—Soy la inspectora Morris. He venido a ayudaros. —Se acerca corriendo a ella, ve las cuerdas en sus muñecas y, enseguida, se las

desata.

—Se la ha llevado. ¡Por favor, tiene que ayudarla! —ruega Sonia entre sollozos.

—¿Hace cuánto tiempo se han marchado? —Morris se incorpora.

—No lo sé. Se ha llevado a Liú, se ha llevado a Liú —sigue sollozando.

—¿Alicia iba sola?

—Sí, pero hablaba muy raro, como si no fuera Alicia.

Morris ayuda a Sonia a incorporarse y, al girarse, ve un cuerpo inerte en el suelo. Mira a Sonia y se lanza hacia Ana.

—Ana —susurra Sonia.

—Respira y tiene pulso —informa la inspectora—, muy débil, pero está viva. Necesito que presiones la herida con un pañuelo para detener el sangrado hasta que llegue la ambulancia.

—Claro. —Sonia coge un trapo de la mesa y se acerca a su amiga —. Oh, Anii —solloza.

—Todo despejado, Morris. —Entra por la puerta el inspector Medina—. La casa y los alrededores están vacíos.

—Entendido. El lago, Gabriel, deben estar en la laguna. Envía un aviso. —Morris sale a toda prisa, seguida por Gabriel, que lleva el móvil en la mano.

—No hay cobertura —informa—. Tiene pinta de que ha puesto un inhibidor.

—¡Maldita sea! —exclama Morris—. ¡Debemos encontrarla!

A lo lejos, se escucha un disparo.

—¡Mierda! —grita Medina, y los inspectores salen corriendo.

CAPÍTULO 35

Los inspectores se adentran por el camino de tierra que lleva hasta la laguna. Las linternas alumbran el sendero, pero la noche está muy oscura y, sin conocer el terreno, el trayecto se les está complicando. De pronto, a lo lejos, se oye algo parecido a un gemido.

—¿Has escuchado eso, Medina? —Morris se detiene en seco, agarrándole del brazo.

—Sí, parece un lamento. —Medina contiene el aliento para escuchar mejor.

—¿Quién hay ahí? —pregunta Morris en voz alta.

—Puede ser una trampa —susurra Medina, mientras se apoyan uno en la espalda del otro y desenfundan sus pistolas para defenderse. Morris asiente y aprieta con tensión la empuñadura de su arma.

—Ayuda, por fav… —se oye muy bajito.

—¿Quién habla? —pregunta Medina con voz autoritaria—. Somos inspectores de policía.

—¡Aquí! —se escucha una voz de hombre—. Me llamo Raúl.

Morris se abalanza sobre los arbustos mientras Medina se queda con la linterna y la pistola en alto. Oculto tras la maleza, yace un joven moreno de ojos verdes y cara de pánico, sujetándose la pierna, de la que no deja de brotar sangre.

—¿Qué le ha pasado? —se preocupa, fijándose en la herida.

—Me ha disparado, ella… Liú…

—Medina, ¿tienes algo para hacer un torniquete? —pregunta Morris.

—Pues quizás esto pueda servir. —Se saca una corbata del bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Qué haces con una corbata en el bolsillo? —quiere saber su compañera, mientras rodea la pierna de Raúl con ella.

—Siempre llevo una por si…

—¿Por qué?

—No sé. Manías, Morris, manías.

—¿Qué hacías aquí? —pregunta la inspectora mientras le aprieta la corbata en el muslo para tratar de cortar el flujo de sangre.

—Vine a buscar leña y me torcí el tobillo —dice con un hilo de voz ronca—. No sé qué pasó, me resbalé, me caí y me golpeé la cabeza. Me desperté hace un rato y vi cómo una mujer llevaba a rastras a Liú. Al intentar ayudarla, me disparó en la pierna.

—¿Crees que puedes aguantar? —pregunta la inspectora—. Debemos seguir para intentar localizar a tu amiga.

—Sí, sí —asiente Raúl. Medina le ayuda a incorporarse, para que pueda quedarse sentado apoyado en un árbol. Se quita su chaqueta y lo abriga con ella.

—Gracias —susurra, cerrando los ojos.

—Concéntrate en tu respiración, ¿vale? —le sugiere Morris. Él asiente, y ella le da una palmada en el hombro.

—Señora… —Morris se gira—. Traiga a Liú de vuelta.

Aprieta los labios en respuesta.

Los inspectores siguen el camino y, tras más de media hora, llegan al lago. Sin embargo, allí da la impresión de no haber nada ni nadie.

—Mira, ¿qué es esto? —La inspectora se acerca a lo que parece ser un bulto de ropa en el suelo.

—Son ropas. —Medina saca unos guantes de látex y una bolsa plástica y procede a guardar con mucho cuidado la ropa. Debajo, descubre una nota—. Morris, es para ti.

—¿Qué? —Se acerca a mirarla.

«Inspectora Morris, no me busque, no me va a encontrar, estamos ya muy lejos. No se preocupe, no voy a hacerle a Liú lo mismo que hice con Mike. Ella se merece una segunda oportunidad».

—Maldita sea, Medina, está jugando con nosotros de nuevo —exclama, metiendo la nota en otra bolsa.

—No ha podido ir muy lejos.

—Volvamos a una zona donde tengamos cobertura. Hay que pedir que rastreen el lugar, en algún sitio deben estar.

—Espera, mira. —La inspectora señala con su linterna unas roderas en el suelo.

—Marcas de neumáticos.

—Por las dimensiones, parecen de una furgoneta o coche grande —dice Morris—. Hay que dar orden para que cierren todas las salidas. Esta vez no se nos escapa.

—Sé que no vas cómoda, cielo, pero en unos días estaremos lejos, muy lejos. —La voz ahora es dulce.

Liú abre mucho los ojos en el asiento de atrás de la furgoneta. Va amordazada y atada de pies y manos. Intenta quejarse, pero la tela, demasiado apretada, se lo impide.

—No te esfuerces o te harás daño. Cuando quieras darte cuenta, todo habrá quedado atrás y empezaremos una nueva vida, juntas.

PARTE CUARTA



—¡Joder! —silba, cruzado de brazos—. Te has lucido con esta… Está buenísima —suelta, mirando a la chica.

—Lo sé. —Ella le guiña un ojo—. Pues vas a flipar con todo lo que le gusta hacer.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta un chico de pelo largo, entrando por la puerta.

—¡Lárgate, estamos ocupados! —le regaña el joven.

—¿Ocupados haciendo qué? —Intenta mirar por encima del hombro para saber qué están tramando.

—Te he dicho que te pires ya. —Le empuja.

—Eh, eh, relax, no le empujes —intercede la chica—. ¿No te das cuenta? Él solo quiere estar con nosotros. —Sonríe de medio lado y le da un sutil beso en los labios.

CAPÍTULO 36

1 de enero de 2021

—La científica está de camino, jefe —explica Morris.

—Volved a casa —ordena—. No son fechas para que estéis por ahí.

—Pero, señor… —replica la inspectora.

—El equipo de la científica y los inspectores asignados de Cuenca se encargarán de enviarnos toda la documentación oportuna. Es Año Nuevo, Morris.

—Lo sé, señor, pero…

—Su compañero querrá estar con su familia.

—Por supuesto, señor —asiente.

Se queda mirando a Medina, que está sentado a su lado.

—Seguiremos investigando desde Alicante —afirma con la cabeza.

—¿Estás segura, Cami? No me importa quedarme.

—El comisario tiene razón, aquí ya no pintamos nada. Se ha dado aviso a todas las unidades de tráfico para que estén pendientes, la alerta de fuga está activa a nivel nacional y la científica está llegando. Aquí ya no podemos hacer mucho más.

—Podrías venir a comer a casa mañana, viene la familia de Maite.

—Gracias, pero mañana llega Lucas.

—Podéis venir los dos.

—Lo sé, pero…

—Captado —contesta Medina, levantándose. Morris se queda en silencio, mirando a un punto fijo—. ¿En qué piensas?

—En que nos vaciló en su apartamento y nos ha vuelto a vacilar ahora.

—Encontraremos a Liú, estoy seguro.

—¿Estás muy cansado para conducir?

—Para nada —contesta y abre los ojos, sorprendido.

—Necesito pensar y hacer un esquema mental, porque algo se nos está escapando. —Saca las llaves de su Seat Ibiza sin pensárselo dos veces y se las lanza.

—Gracias por el honor —responde, haciendo una reverencia al recogerlas.

El coche de Morris es como su templo. En todos los años que llevan siendo compañeros, Medina lo ha conducido una única vez, y fue porque le había sentado mal algo y le fue imposible ponerse al volante.

—La última vez que cogiste mi coche, le hiciste un rayón; esta vez ten más cuidado —le vacila ella.

Él suelta una carcajada que retumba en la oscuridad.

—Perdóname, quería llegar al hospital antes de que lo llenaras todo de vómito —contesta.

Morris pone los ojos en blanco y se mete en el coche.

CAPÍTULO 37

Conduce por una carretera secundaria a gran velocidad. La respiración y los sollozos involuntarios de Liú retumban en toda la furgoneta.

Su mente va a mil por hora. Su plan inicial era matar a Liú, pero estando allí, viendo cómo ellas se amaban tanto, se le ocurrió la idea de llevársela, con el único fin de que sufrieran más. No se cree que el secuestro le haya resultado tan fácil. El ser humano es tan predecible que se siente pletórica. Sin embargo, ha ganado la ronda, pero no el asalto, ya que no sabe ni dónde ir ni qué hacer ahora. Solo siente que debe vengar a su Alicia, darles una lección a quienes se han burlado alguna vez de ella, a todos los que, en general, se meten con las personas introvertidas, silenciosas y calladas.

—Ya lo tengo, me debe un favor. —Da un volantazo y se desvía por la carretera, poniendo rumbo de nuevo a Alicante. Es arriesgado, sí, pero también puede salir bien. Solo espera no encontrarse con muchos controles de alcoholemia por la zona, o le tocará ir campo a través arrastrando a Liú y con la mochila de Rayna a cuestas. Detiene la furgoneta en el arcén y saca su móvil.

—Como hagas un solo ruido, aprieto este botón y la casa de tu hermano, con tus preciosos sobrinos, saltará por los aires, ¿entendido? —dice, enseñándole una foto que ella misma robó meses atrás del apartamento de Liú, donde salen ella y sus sobrinos sentados en un jardín precioso. Liú abre mucho los ojos y sus sollozos cesan de inmediato.

—Empezamos a entendernos, cielo —sonríe.

Se dispone a hacer una llamada.

—¿Alicia? —contesta una voz ronca al otro lado de la línea.

—El favor que me debías me lo voy a cobrar ahora —explica con su voz más siniestra.

—Ohhh, vaya, eres la otra Alicia. —El tono del hombre cambia por completo.

—Sí, soy la otra Alicia. A partir de ahora, llámame, Maica, ¿entendido?

—¿Qué? —en su voz se nota algo de miedo.

—Que me llames Maica —escupe las palabras.

—Alicia, por favor —suplica—, recapacita. Te busca la policía, ¿sabes?

—¡Alicia ha muerto! —grita.

—Está bien, está bien.

—¿Tienes alquilada la casa de la playa? —pregunta de golpe, con voz tranquila.

—¿Por qué? —indaga, ahora algo curioso, incorporándose del sillón de su casa.

—Porque la voy a usar, pero nadie debe estar al tanto—replica ella.

—Sabes de sobra que la casa no es solo mía. También es de mi hermano, y no puedo…

—Me debes una muy gorda.

—¿Has escuchado la parte de «te busca la policía»?

—Necesito la casa.

—Joder, Alicia, sé sensata. ¿Mataste a Mike? —pregunta.

—Lo que yo haya hecho, es cosa mía.

—No quiero ser cómplice de…

—Primero, no soy Alicia —gruñe—. Segundo, necesito la casa.

—¿En qué estabas pensando?

—¿A ti qué te importa lo que yo haga con mi vida?

—Alicia… Maica, o quien coño seas ahora —dice—, hemos vivido mucho juntos y no me gustaría verte entre rejas, pero tampoco me gustaría estar yo en medio de… no sé si me entiendes.

—¡Joder! —resopla Maica, y cuelga el teléfono.

Respira hondo, se gira y mira a Liú, que llora en silencio con los ojos cerrados.

—Tranquilízate —le ordena sin más.

A lo lejos, se ven unas luces azules.

—¡Mierda! —Maica golpea el volante y, sin pensárselo dos veces, se adentra campo a través con la furgoneta—. ¡Puta inspectora! Seguro que ha puesto controles en todas las salidas. Necesito un plan, tal vez cambiar de vehículo.

Sigue conduciendo sin rumbo fijo por un camino de tierra hasta que, a lo lejos, ve un claro. Parece que es una casa en medio del campo. Apaga el motor y deja que la inercia las acerque lo máximo posible a la casa. Ahora que están más cerca, se da cuenta de que es una especie de granja. El lugar está a oscuras, a excepción de una pequeña luz en el porche de la entrada. Maica se baja de la furgoneta, no sin antes mirar a Liú y enseñarle la foto de su familia para que se mantenga en absoluto silencio. Rodea lentamente la casa y vuelve a la furgoneta. Se sube con mucho cuidado, y una vibración la hace sobresaltarse.

—¿Qué cojones quieres ahora? —responde a la llamada.

—¿Dónde estás?

—¿Por qué? —recela.

—Porque tu puto careto está saliendo en todos los telediarios, ¡estás en busca y captura por secuestro! —grita, nervioso.

—Estoy ocupada —contesta.

—¿Que estás ocupada? —pregunta, perplejo—. ¡Dime que no te la has cargado!

—Necesito pensar. Cuando estemos a salvo, te aviso.

—¿Pero de qué hablas? ¿A salvo de qué? ¡Has secuestrado a una persona! ¿Te has vuelto loca?

—Tienen que aprender la lección —contesta ella.

—¿Qué lección?

—Tú procura mantener la boca cerrada si no quieres que cierto video salga a la luz.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando —sisea.

—Me dijiste que lo habías borrado. —Él aprieta los dientes.

—Yo no, te lo dijo Alicia. Yo siempre tengo un segundo plan por si acaso, así que mantén la boquita cerrada si quieres que todo tu

mundo siga igual.

—Eres una hija de…

—Lo sé, soy una hija de puta —suelta una risa siniestra—, pero te recuerdo que no lo hice sola.

—Alicia, por favor, recapacita —suplica él—, por los viejos tiempos.

—Alicia ya no está, murió hace tiempo —contesta Maica y cuelga el teléfono.

Se queda un largo rato mordiéndose la uña del pulgar, mirando hacia la granja.

—Tengo que cambiar de coche, tengo que cambiar de coche, no me queda otra —dice en voz alta. Enciende la furgoneta y la lleva hasta una pequeña arboleda oculta. Coge su rifle, se lo cuelga a la espalda y sale, no sin antes desviar la vista hacia Liú y advertirle con la mirada. Ella, aterrada, asiente con la cabeza, tratando de respirar.

Se acerca a un cobertizo de metal situado en la parte trasera de la granja, lo rodea por completo hasta llegar de nuevo a la puerta principal, se apoya sobre ella y la abre. Entra y enciende la linterna de su móvil. Espera encontrar animales o herramientas, pero el silencio allí dentro es absoluto. Pasea y recorre el recinto, asombrada, ya que lo que encuentra es una especie de sala de juegos. Se acerca al billar, pasa su mano por la parte de madera, sigue enfocando la estancia con la linterna y descubre que también hay una diana, una estantería con herramientas y una mesa con cuatro sillas. Se adentra un poco más hasta una zona de caballerizas.

—¿Qué cojones es esto? —susurra, perpleja.

Parece que hay una cama, pero no está segura, por lo que se acerca con cautela y ve que en el suelo hay una montaña de ropa que huele a rayos y varias zapatillas deportivas.

—Puaj —suelta con cara de asco.

Escucha cómo un coche se acerca y para en la entrada. Se queda muy quieta, oye risas y una conversación animada. Maica apaga la linterna y se coloca detrás de la puerta para recibir a los recién llegados.

—¿Esto es en serio? —dice una voz de chica.

—Yo soy muy serio, ¿no me ves? —contesta un chico, que parece ir bastante borracho, para luego soltar una fuerte risotada.

—¡Me has traído a una granja!

—Que no. Por fuera engaña, ya verás —responde él.

—No me gustan los animales —replica ella.

—Aquí el único animal soy yo —suelta él, y se escuchan risas. Unos segundos después, se oye un golpe sobre una de las paredes del galpón.

—Entremos ya, que me estoy helando —dice la chica entre jadeos.

—Eso lo vamos a solucionar —promete, al mismo tiempo que abre la puerta—. Hogar dulce hogar —enciende la luz.

Maica queda a la vista de la pareja, pero, al estar detrás de la puerta, estos no se dan cuenta de su presencia y ella permanece quieta, a la espera.

—Aquí te traes a todos tus ligues, ¿no? —silba ella, observando el lugar. Justo al darse la vuelta, su mirada se encuentra con los ojos siniestros de Maica, y grita. Esta sonríe y levanta el rifle.

—¿Qué…? —El chico se voltea sin entender qué está sucediendo. Al ver a Maica, su rostro cambia por completo—. ¿Quién coño eres tú y qué haces en mi casa?

—¿A esto le llamas casa? —pregunta Maica con una risotada.

—¡Lárgate de aquí! —se envalentona el chico—. ¡Fuera! —replica con rabia.

La chica se coloca a su espalda y comienza a temblar. Se aferra a una cruz de Caravaca que lleva al cuello e, involuntariamente, empieza a rezar.

—Dile a tu amiguita que rezar no le va a servir de nada.

—¿Qué quieres?

Maica se limita a sonreír. No tiene ni la más mínima idea de lo que va a hacer; improvisa sobre la marcha. Necesita el coche, pero también un plan para deshacerse de estos dos tortolitos.

—¿De qué coño te ríes? —El chico la reta.

—De ti y de tu putita. No sabéis a quién tenéis delante —dice.

Él aprieta los dientes con rabia, pero no contesta.

Maica da un vistazo rápido por la habitación, sin bajar el rifle ni relajar la tensión de su dedo sobre el gatillo.

—Sentaos encima de la mesa del billar —les indica.

Al principio, ninguno de los dos hace intención de moverse. Él, quieto como un palo, y ella rezando a su espalda con los ojos cerrados. Maica sonríe, mueve el rifle y apunta a la diana situada justo detrás de ellos. Sin más, dispara. El chico se asusta, se tapa la cabeza y se agacha, acurrucando entre sus brazos a la chica, que empieza a llorar.

—Tranquila, tranquila —susurra él.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta Maica.

—Luis —contesta, agazapado en el suelo.

—Fíjate muy bien dónde he dado en la diana.

Luis se gira y mira hacia donde ella ha disparado, a unos tres metros de distancia. Ve que la bala ha dado en el centro. Traga saliva, mira a Maica y afirma con la cabeza.

—Muy bien, así me gusta. Buen chico. Sentaos sobre la mesa de billar.

Los dos obedecen, y la chica no deja de temblar mientras él la abraza.

—Mi… mi… pa... pue… —acierta a decir.

—¿Qué dices? —pregunta Maica, y coge unas cadenas que ha encontrado en la estantería.

—Si es por dinero —traga saliva—. Mi padre puede… puede… darte todo el que nos pidas, por favor —ruega.

—Cielo, no todo en esta vida es pasta. Yo lo que quiero es venganza. —Se queda mirando a los ojos del chico, le guiña un ojo y le lanza las cadenas.

—¿Qué quieres que haga con esto? —pregunta el joven.

—Que te las comas, ¡no te jode! —resopla Maica y ríe desmesuradamente—. Daos vueltas con la cadena y la última pásala por la pata del billar.

El chico se queda paralizado.

—¿No me has escuchado?

—Sí, pero…

Maica levanta el rifle y señala a la cabeza de la chica. Al instante, él empieza a enrollarse con la cadena.

—Rodéala también a ella.

—¿Los dos juntos?

—No, separados, para que podáis escapar mejor —contesta con sarcasmo—. Sí, juntos, que es lo que os gusta, ¿no?

Él hace caso omiso del comentario y obedece.

—¡Tumbaos! —ordena.

Los chicos se miran. Él asiente, ella baja la vista hasta sus manos, y juntos se tumban poco a poco. Maica se acerca, toca las cadenas y observa que están muy flojas. Chasquea la lengua y se pasea por el galpón, rebuscando hasta que encuentra un hierro oxidado. Sonríe, se acerca de nuevo y lo clava en el suelo, sobre una de las argollas de la cadena metálica, dejándolos allí, esclavizados hasta quién sabe cuándo.

—¿El coche tiene las llaves puestas? —pregunta en voz alta. No obtiene respuesta, así que se acerca al chico, que está mirando al techo. Al verla aparecer, se sorprende.

—¿Dónde están las llaves? —repite Maica.

—En mi bolsillo —traga saliva.

Maica sonríe lascivamente y empieza a tocarle el pantalón. Él se remueve, incómodo, hasta que ella encuentra las llaves. Se queda quieta, baja la mano a la entrepierna de Luis y la aprieta. El chico suelta un grito.

—Gracias a esta estáis aquí. —Vuelve a dirigir la mano al bolsillo del pantalón y saca las llaves del coche.

—Estupendo, has sido de gran ayuda —contesta. Le aparta el cabello que le cae sobre la frente, le agarra la cara y le da un beso en los labios.

Coge una garrafa de gasolina que ha encontrado en un lateral y sale. Con tranquilidad, rodea la casa, vertiendo la gasolina por todo el borde del cobertizo. Cuando regresa a la entrada, atranca la puerta con una madera, coge lo que le queda de gasolina y se dirige al coche. Se monta, lo arranca y se acerca lentamente hasta donde había dejado la furgoneta. Abre la puerta trasera, y allí su secuestrada sigue sollozando.

—Cielo, deja ya de llorar. Vamos a pasar mucho tiempo juntas, así que asúmelo de una puta vez —le dice con tono enfadado.

Coge el transportín donde va Rayna y las mochilas, y lo traspasa todo al interior del coche de Luis.

—Venga, Liú, levanta, que cambiamos de vehículo. —Se la queda mirando. No tiene fuerzas para nada, su cuerpo sigue temblando de miedo; solo quiere cerrar los ojos y despertar en casa.

¿Y si no vuelve a ver a sus padres? ¿Y si no puede jugar con sus sobrinos nunca más?

Entonces, en su cabeza, resuena la voz de su padre: «Fortaleza, cariño, en esta vida las cosas se consiguen con fortaleza». Respira hondo y se levanta. Mira a los ojos a Maica y sale de la furgoneta. Se queda allí, de pie, observando dónde están. A lo lejos se distingue lo que parece una granja abandonada. La noche está clara gracias a la luna llena, y eso le da esperanzas. «La luna me acompaña, no estoy sola», piensa.

Maica abre el maletero del coche y le indica que se meta allí.

—Ni un solo grito, ¿entendido? —advierte. Liú asiente con la cabeza y entra. Se hace un ovillo y cierra los ojos.

Maica vierte lo que queda de gasolina por la furgoneta, empapa un trapo, le prende fuego y lo lanza contra la puerta. Esta empieza a arder, y ella se mete en el coche y se larga de allí a toda prisa. Una vez se aleja del peligro, estaciona en un lateral de la carretera y espera a que se calcine por completo, borrando todas sus huellas en el proceso.

Una explosión la hace mirar por el retrovisor. La furgoneta ha tardado un poco más de lo que le habría gustado en explotar, con tan mala suerte para Luis y su compañera, o buena para Maica, que una parte del vehículo sale volando y aterriza sobre el cobertizo, que empieza a arder al instante.

—Estupendo, dos por uno. —Se ríe, pone primera y continúa su camino.

CAPÍTULO 38

—¡Feliz año! —saluda Morris al entrar por la puerta de la comisaría.

—¡Feliz año, jefa! —responde con una sonrisa una agente que está en la centralita—. El inspector Medina ya ha llegado.

—Qué madrugador —se sorprende, dirigiéndose hacia el pasillo.

—Inspectora, me ha pedido que le comunique que se dirija a la sala dos.

—¿Ha pasado algo? —Se gira con cara de confusión.

—No me ha informado —Se encoge de hombros—. Me ha dicho que es en referencia al caso de Alicia.

La inspectora da un respingo al escuchar ese nombre. Se dirige hacia la sala dos, entra, y allí están el comisario Gutiérrez, Carmen y Medina sentados, mirando hacia la pantalla de un ordenador.

—¿Qué sucede? —quiere saber, tratando de relajar los hombros. Medina, que la conoce mejor que nadie, la mira y le guiña un ojo para que se calme. Ella toma una bocanada de aire.

—Ayer hubo un incendio en una granja abandonada en las afueras de Cuenca —explica su compañero mientras le ofrece una taza de café. Morris la coge y asiente con la cabeza.

»Uno de los vecinos vio el fuego y llamó a los bomberos, que se presentaron allí en menos de quince minutos. Gracias a eso, pudieron sofocarlo con relativa rapidez.

—Entiendo —contesta ella, sentándose en la mesa y saludando con la cabeza al agente que está tras la pantalla del ordenador.

—El inspector Carlos Sancho se personó allí debido a que los equipos de emergencias encontraron a dos víctimas en el interior —continúa Medina, señalando con la mano hacia la pantalla para darle paso.

—Al llegar al lugar de los hechos, nos encontramos, en primera instancia, con una furgoneta totalmente calcinada. —Ante estas palabras, Morris se remueve en su silla—. Y tras entrar en el cobertizo —carraspea, incómodo—, hallamos la peor parte: una pareja joven atada sobre una mesa de billar.

—¡Dios mío! —Carmen se incorpora en la silla, acercándose a la pantalla. Morris la mira, apretando los labios.

—El chico tiene el 50% de su cuerpo quemado —continúa explicando—. Repetía una y otra vez: «Ella nos obligó a atarnos, ella nos obligó a atarnos». Traté de hablar con él, pero los paramédicos no me lo permitieron; fue trasladado al hospital general.

—¿Tiene posibilidades de salvarse? —indaga Morris.

—No lo saben —confiesa Carlos, chasqueando la lengua—. Usó su cuerpo para tratar de proteger a la chica. Le queda un largo camino por delante… si sobrevive.

La inspectora asiente con la cabeza.

—La chica tiene quemaduras en pies, manos, brazos y cuero cabelludo. Se recuperará físicamente sin mayor problema. —Se queda en silencio—. Pero está en shock, aterrada, y no quiere hablar.

—Medina y yo podemos ir a visitarla —sugiere ella, mirando a su compañero, que asiente con la cabeza—. Él suele ser bastante persuasivo.

—Ahí es donde os vais a encontrar con un muro.

—¿Por qué?

—Porque el padre es Juan Francisco Pérez —interviene el comisario—. Es abogado y ha creado una barrera legal, no permite que nadie se acerque a su hija.

—Es un hueso duro de roer, Camila —informa Carmen, arqueando las cejas.

—Sin embargo, ella puede ser clave en esta investigación, comisario —replica Morris.

—Lo sé, pero se acoge a que su hija es una víctima y tiene el informe de una psiquiatra que recomienda que la chica necesita descansar y no hablar del tema porque está traumatizada.

—Está obstruyendo la investigación.

—Se acoge a las leyes, Camila —responde Gutiérrez.

—Estoy seguro de que fue Alicia quien les prendió fuego —interviene Carlos.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiere saber Medina.

—Yo le sostenía las manos mientras otro equipo de emergencias llegaba, cuando me miró y me dijo: «*S*oñaré con sus ojos y su pelo rojizo durante el resto de mi vida». Luego, me preguntó: «¿Cómo alguien tan pequeño puede albergar tanta maldad?»

Morris aprieta los labios y toma una gran bocanada de aire.

—Están cotejando las marcas de los neumáticos que encontramos en el lago con los de la furgoneta calcinada —continúa Carlos—. Creo que son las mismas. El vehículo es de un tal Leopoldo Tarmas, quien denunció el robo hace dos días. En la denuncia pone que es la furgoneta que utiliza para hacer los repartos de su trabajo y que, al llegar al polígono, ya no estaba.

—Sin ninguna duda, esto ha sido obra de Alicia. —Medina se cruza de brazos.

—Necesitamos pruebas —exige el comisario.

—Señor —Morris mira a Gutiérrez—, déjenos ir a hablar con la víctima.

—No tiene ningún sentido desplazar a efectivos hasta allí.

—Necesito intentarlo, señor, no puedo quedarme de brazos cruzados —se queja—, ¡no puedo!

El comisario la mira, se moja los labios y dirige la vista hacia la pantalla en la que está Carlos, que observa en silencio.

—Por mí no hay ningún problema, Gutiérrez, toda ayuda será bien recibida. Lo último que queremos son más muertes.

—Está bien —asiente Gutiérrez—. Hablaré con el comisario Castilla, y si no pone ninguna objeción, podrán ir.

—Gracias, señor.

—Un día, Morris —advierte, levantando el dedo—. Tienen un día.

—Entendido.

Medina mira sonriendo a su compañera, que ya ha relajado los hombros.

—Mañana a las seis de la mañana te recojo —dice ella. Él abre mucho los ojos y Gutiérrez sofoca una sonrisa.

—¿No prefieres a las cinco? —pregunta irónicamente. Morris lo mira, suspira y se levanta de la silla. Carmen suelta una carcajada.

—¿Qué quieres que haga yo? —quiere saber ella, incorporándose.

—Necesito que tires de expediente: traza un perfil exhaustivo, hazme un esquema de todo lo que creas que debemos saber sobre Alicia García. De aquí, eres quien más la conoce.

—O creía conocer —recalca, levantando el dedo índice—. Me pongo a ello.

—Carlos, mañana nos pasamos por comisaría, ¿estarás? —se interesa la inspectora.

—Hasta las tres.

CAPÍTULO 39

Morris y Medina están desayunando con Carlos en un pequeño bar que hay tras la comisaría de Cuenca.

—Menudo frío tenéis aquí. —Medina se sopla las manos para calentarlas—. Estamos mal acostumbrados, hemos salido con once grados de Alicante y aquí tenéis seis, ¡seis grados!

—Gabriel, es invierno. —Carlos mueve la cabeza mientras toma un sorbo de su café con leche.

—Joder —dice Morris, mirando su teléfono.

—¿Qué pasa?

—No me acordaba de que hoy viene Luca. —Levanta la cabeza.

—¿Y qué problema hay? —Medina frunce el ceño, sin entender—. Por la tarde ya estaremos de vuelta.

—Le prometí que iría a recogerle al aeropuerto.

—¿A qué hora llega?

—A las tres, Gabi.

Carlos silba y niega con la cabeza.

—Vais justos, ¿queréis que os acompañe? Aunque a mí ya me conocen y…

—Podemos dividirnos —se adelanta Gabriel—. Yo voy al hospital y tú con el abogado.

—El hueso duro para la jefa —ríe Carlos.

—No sé yo, ¿eh? —Medina se mete un trozo de croissant en la boca—. El chico no creo que esté muy receptivo, que digamos.

—Me parece buena idea, son las nueve y cuarto —la inspectora mira su reloj—, en dos horas estamos listos.

—Y tres para volver…

—Justo, muy justo —mete cizaña Carlos.

—Pues venga —Morris se levanta—. A trabajar.

Se aleja hacia la barra para pagar la cuenta, y Carlos y Gabriel se miran.

—La jefa ha hablado.

♦♦♦♦

Morris está frente a un moderno edificio con cristaleras de color azul. Es la sede principal de *Abogados & Co*, situado en el centro de la ciudad. Al entrar, se encuentra con una zona muy cuidada, con jarrones y sillones a los laterales, y un intenso olor a ambientador de fresa. Al final del vestíbulo, sentado en una pequeña mesa junto a los ascensores, está un guardia de seguridad.

—Buenos días, ¿con quién tiene cita? —pregunta, mirando una lista que tiene entre sus manos.

—Me gustaría hablar con el señor Juan Francisco Pérez, por favor —pide la inspectora.

—Si no está en la lista, necesita una cita previa. —Levanta la vista de la carpeta.

—Soy inspectora de policía, vengo a hablar sobre su hija. —Le enseña su placa.

—Ahh, eso —dice con desdén—. Ya estaba avisado por si sucedía. Déjeme la orden.

Morris se queda parada, ya que lo habitual cuando ella enseña la placa de policía es que la gente colabore.

—Señor —Morris pone su tono más paciente—, ¿podría hacer el favor de llamar a don Juan Francisco y pedirle que me reciba? Sería solamente un momento, mi intención no es importunar, es solo que…

—No, lo siento —responde tajante.

—¿Es usted consciente de que está interfiriendo en un asunto policial? —pregunta en tono molesto.

—¿Es usted consciente de que yo estoy haciendo mi trabajo y que esto es una empresa privada a la que solo pueden acceder con una cita o, en su caso concreto, una orden judicial? —contesta el guardia de seguridad, vacilón.

—Señor…. —Morris toma aire, apretándose el puente de la nariz.

—Me llamo Toni.

—Bien, Toni, ¿tiene usted hijas o hermanas?

—Una hermana, pero ¿eso qué tiene que ver? —niega con la cabeza, un poco molesto.

—Estamos investigando el secuestro de una chica, y necesitamos hablar con su jefe, por favor.

—Lo entiendo y lo siento mucho, espero que la encuentren, pero tengo órdenes estrictas. No puedo dejarles pasar.

Morris se le queda mirando.

—Está bien, deme una cita.

—Señora —El guardia la observa, contrariado—, entienda que no le puedo dar una cita. Usted solo puede pasar con una orden.

—Ya veo, ya. Gracias de todos modos.

Morris sale del edificio con pasos rápidos. Solo espera que Medina tenga más suerte, para que el viaje hasta allí haya valido la pena. Le suena el móvil y, al sacarlo del bolsillo interior de su traje chaqueta, observa que es del departamento de informática.

—Jorge, dame buenas noticias.

—No sé si son buenas noticias, pero es un avance —dice el informático al otro lado de la línea—. Hemos detectado una llamada realizada la misma noche del incendio desde una tarjeta prepago. Sospechamos que pueda ser Alicia García al teléfono de Teodoro Gómez.

—Lo sabía. —Morris chasquea la lengua.

—La duración de la llamada no llega al minuto.

—¿Podéis geolocalizarla?

—Lo estamos intentando.

—Gracias, Jorge —contesta, y cuelga y teclea un mensaje:

Camila: No he conseguido hablar con el abogado, sabían que veníamos. Me ha llamado Jorge: Alicia se puso en contacto con Teo la noche del incendio.

Gabi: Llegando al hospital. ¡Mañana le hacemos una visitita! Esta familia oculta mucho.

Morris: Vamos a dejarle espacio; si lo visitamos con preguntas incómodas, igual se asusta. Tenemos que seguirlo con discreción para que no sospeche.

CAPÍTULO 40

Medina está frente a la entrada del hospital. Nunca se ha sentido cómodo en ellos; demasiada tristeza en su interior. Sin pensárselo mucho, da un paso hacia las puertas. Estas se abren y el olor típico a desinfectante lo invade. No puede evitar taparse la nariz durante unos segundos.

Se acerca al mostrador y espera pacientemente su turno. Tras este, hay una mujer de pelo corto y rizado, con unas diminutas gafas de color rosa apoyadas en el puente de la nariz.

—Buenos días, señor, ¿qué desea?

—Soy el inspector Gabriel Medina —informa, al mismo tiempo que le enseña la placa.

La mujer se remueve inquieta en su asiento y lanza una mirada de reojo a su compañera, que ha vuelto la cabeza al escuchar la palabra *inspector.*

—He venido a informarme sobre el estado de salud del señor Aldávina,. Ingresó ayer con quemaduras graves en el cuerpo.

—Señor, yo no dispongo de esa información.

—¿Y quién puede proporcionármela?

—Las enfermeras de la unidad de quemados, imagino.

—¿Es el caso del incendio en la granja abandonada? —pregunta la otra mujer, sentada a su lado, mirando a Medina.

—Matilde, no seas cotilla. —la regaña su compañera.

—Me sería de gran ayuda saber si ha recibido alguna visita, o…

—En la unidad de quemados le podrán facilitar más datos.

—Su novia viene a visitarlo todos los días —explica, aun habiendo sido reprendida hace solo unos segundos, y rueda su silla para situarse frente al inspector.

—¡Mati! —María la empuja.

—Muchas gracias, Matilde. —Medina la mira sonriendo, le guiña un ojo y se dirige directamente hacia el ascensor para subir a la planta de quemados.

Al llegar, saca una mascarilla del bolsillo y se la coloca; no quiere ser reconocido. Se pone delante del mostrador, donde una enfermera está tecleando a toda velocidad. Espera varios minutos hasta que ella termina y levanta la vista para mirarlo.

—Buenos días, soy amigo del señor Aldávina. Acabo de llegar a la ciudad tras enterarme de lo sucedido y vengo a visitarlo.

—Habitación 834 —contesta, y continúa escribiendo en el ordenador.

Medina camina por el largo pasillo hasta llegar a la habitación. La puerta está entornada. Asoma la cabeza y, para su sorpresa, como bien había indicado Matilde, su novia está sentada a los pies de la cama, leyéndole un libro. Sus manos están cubiertas de vendas, y lleva un gorro puesto.

—Hola —interrumpe Medina, estudiando con la mirada a la chica.

Ella se sobresalta y se baja rápido de la cama.

—Esta habitación es privada —se apresura a decir.

—Soy amigo de Luis —dice, señalando al enfermo.

—¿Amigo? —pregunta, y se apoya en su silla, haciendo una mueca de dolor.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que, al posar la planta del pie, me duele.

—Lo siento. —Medina entra en la habitación.

—Has dicho que eres su amigo —lo escruta con la mirada.

—Sí, acabo de llegar a la ciudad porque mi madre me explicó lo que le había pasado a Luis y… ¡Díos mío, Luis! —Gabi está interpretando el mejor papel de su vida.

—¿De qué os conocéis? —quiere saber ella, observándolo con detenimiento.

—Desde pequeños, pero yo me fui a estudiar a Madrid y nos perdimos la pista.

Ella asiente y se relaja un poco.

—Tú debes de ser su novia, ¿no?

—No exactamente —contesta.

Medina se la queda mirando, a la espera de que ella continúe.

—Llevamos saliendo apenas un par de meses.

—Lo siento, debiste pasar mucho miedo.

—¿Miedo? Pensé que moriríamos allí —dice, girándose hacia la cristalera.

—Pero él te salvó la vida, por lo que tengo entendido.

—Todavía resuenan sus gritos en mi cerebro, ¿sabes? Es lo más terrorífico que he escuchado jamás.

—Lo siento muchísimo.

—Los médicos están muy preocupados.

—Siempre ha sido fuerte —miente Medina; quiere que ella siga hablando.

—Nos ha arruinado la vida —lo observa, aguantando el llanto.

—¿Lo que dicen en las noticias es cierto?

—¿Qué dicen en las noticias? —Mueve la cabeza sin entender.

Medina siente que quizás ha metido la pata al mencionar a la prensa.

—Dicen que no fue un accidente, que fue intencionado. —Trata de disimular, se acerca a su supuesto amigo, mueve la cabeza y chasquea la lengua—. No me lo puedo creer.

—No fue un accidente —confiesa ella.

—¿Visteis quién fue?

—No.

—¿Y entonces cómo sabes que no fue un accidente?

—No… —Aprieta los dientes.

El inspector guarda silencio. No quiere cortarle el momento; presiente que está a punto de confesar.

—Recuerdo una voz, una voz de mujer, muy siniestra —Ella lo mira fijamente. Medina siente que la chica intenta averiguar si puede confiar en él.

—Lo siento mucho. A veces, en momentos de muchísimo estrés, el cerebro nos hace creer cosas que no son verdad —explica Medina, como si nada—. La mente inventa situaciones y hechos para evitar el sufrimiento. Los accidentes también suceden, por desgracia —dice, mirando a su supuesto amigo con cara de pena.

—¡No! —replica enfadada—. Mi cerebro no se inventó la voz de esa mujer. Era siniestra.

—¿Habéis hablado con la policía?

Niega con la cabeza, se cruza de brazos y traga saliva.

—Y tú tampoco deberías decir nada de lo que hemos hablado aquí, o estarás en peligro. ¿Entiendes?

—¿En peligro? —pregunta, poniendo una cara como si creyera que la chica no está bien de la cabeza.

—¡Sí! —espeta—. Ten mucho cuidado.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? Te veo un poco alterada y…

—No estoy alterada. —Ella da un paso atrás—. Y lo que te digo es verdad, pero no me dejan… No puedo…

—Vale, vale, tranquila. —Medina levanta las manos—. No diré nada —se cierra la boca con una cremallera—. Yo solo quiero que mi amigo se ponga bien, lo demás se lo dejamos a la policía, ¿vale?

La chica coge su abrigo, se cuelga el bolso al hombro y sale de la habitación caminando con cierta dificultad, sin decir nada. Al pasar por su lado, lo observa, mueve la cabeza y luego sale.

Medina saca su móvil y se dispone a enviar un mensaje.

CAPÍTULO 41

Morris está apoyada en una columna de la zona de llegadas del aeropuerto de Alicante, esperando a Luca. Tiene entre sus manos su libreta y está repasando las anotaciones.

—Inspectora caza murciélagos, un gusto encontrarla por *acá* —le susurra una voz cálida al oído.

—Te he dicho que no me llames así —reclama Morris, girándose para verle la cara.

—Así te llama la prensa, y a mí me pone que… —No termina la frase, ya que ella le silencia lanzándose a sus labios.

—Te he echado tanto de menos este último mes, Luca.

—Lo sé, y lo siento. Pero la burbuja inmobiliaria está creciendo en Italia, y tengo que aprovecharla, amor —se justifica mientras la abraza, la huele y la besa—. Extrañé tu olor.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Un par de días.

—¿No vas a estar para Reyes? —Se separa de él y le recrimina con la mirada.

—Los bienes raíces están subiendo como la espuma en Italia, es un buen momento para hacer plata.

—Joder, Luca —espeta, alejándose.

—Te lo compensaré, y lo sabes. —La vuelve a agarrar de la cintura y la besa con pasión. Los besos de Luca la transportan a otro universo, pero una vibración la devuelve al planeta Tierra.

—Espera, que me llaman —dice, sacando el teléfono del bolso—. Es de la científica, un momento. —Luca pone los ojos en blanco, coge su maleta y empieza a caminar hacia la salida del aeropuerto.

—Morris —contesta ella, muy seria.

—Jefa, soy Álvaro. Ya tengo el informe sobre la furgoneta chamuscada encontrada junto a la granja abandonada.

—¿Y?

—Hemos podido rescatar una huella parcial, de puro milagro, y corresponde a Alicia García.

—¡Lo sabía! —chasquea la lengua—. Álvaro, debe estar por la zona.

—Sí, jefa.

—¿Hay indicios de que Liú estuviera en esa furgoneta?

—No hemos encontrado nada. El resto está calcinado. No sé ni cómo dimos con esta huella parcial.

—Gracias, voy a llamar a Medina.

Levanta la vista buscando a Luca, pero él la mira con cara de cabreo, así que decide que será mejor enviarle un mensaje a Gabi.

MORRIS: Álvaro me ha llamado. Han encontrado una huella parcial de Alicia en la furgoneta calcinada, pero ni rastro de Liú. Acaba de llegar Luca. No puedo dejarlo e ir a comisaría ahora. Envía tú una orden de búsqueda por la zona.
GABI: Tranquila, yo me ocupo. Debe seguir por aquí cerca. Avisaré también a Carlos.
MORRIS: Gracias, te debo una.
GABI: Desconecta, jefa.

CAPÍTULO 42

—¡Tengo hambre! Las provisiones ya se nos están acabando —dice en voz alta Maica, al llegar a una gasolinera de carretera.

Deja el coche al lado de la zona de aseos para viajeros, apaga el motor y sale. Camina hasta el interior, se lava la cara y se mira en el espejo.

—Tengo que llegar a su casa sin que me vean, allí estaremos a salvo.

Escucha voces en el exterior y sale a toda prisa. Una autocaravana ha estacionado junto a su coche. Una pareja está montando una mesa plegable entre ambos vehículos—. ¡Joder! No hay sitio que tienen que aparcar al lado.

—Buenos días —saluda la señora. Maica se la queda mirando sin decir nada—. ¿De viaje? —insiste.

—Sí —farfulla Maica.

—Ha salido un día soleado. —Le sonríe; parece tener un acento inglés.

—Sí —contesta Maica, y se dirige hacia el coche a toda prisa.

—Buenos días. —Escucha ahora la voz de un hombre —. Magdalenas recién hechas, ¿quieres una?

A Maica le resulta muy graciosa su sonrisa, porque tiene un pequeño hoyuelo en la barbilla y los mofletes sonrosados.

—No, gracias —contesta.

Se sube al coche, arranca y avanza despacio hasta la entrada de la gasolinera. Rebusca en la mochila que tiene sobre el asiento del copiloto, saca una peluca negra y una gorra, y se las coloca mientras se mira en el espejo retrovisor. A continuación, se pinta los labios de rojo intenso. Coge algunos billetes del monedero y sale del coche. Rodea el vehículo hasta llegar a la parte trasera, observa a su

alrededor para asegurarse de que no haya nadie y después abre el maletero.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

Liú entrecierra los ojos, deslumbrada por la luz, pero asiente con la cabeza. Maica cierra sin contestar y camina con paso cansado hacia la gasolinera. Allí, coge un par de bocadillos de jamón, un pack de botellas de agua y unos *Snickers*. Se acerca a la línea de caja y lo deposita en el mostrador.

—Hola —saluda el cajero. Ella no contesta—. Son dieciocho con setenta.

Maica le entrega un billete de veinte euros y se da la vuelta sin esperar el cambio.

Vuelve con paso lento, se mete en el coche y abre un *Snickers.* Le da un bocado, cierra los ojos para disfrutarlo y su sabor la transporta al recuerdo de su amiga Giuli, una de las pocas que la ayudó en su etapa de instituto. La escuchaba, aconsejaba, y gracias a ella salió de toda la mierda en la que estaba metida. Sonríe porque le gustaría retomar la amistad con ella. Abre los ojos y se queda paralizada. No sabe dónde está.

—¿Dónde estoy? ¿Qué…? —Alicia se da la vuelta. El último recuerdo que tiene es en la parte trasera de un vehículo, en una especie de polígono. Se mira en el espejo retrovisor.

—¡Déjate de hostias, Alicia! —farfulla su voz más siniestra.

Se tapa la boca, sale del coche, lo mira, no lo reconoce. Escucha unos sollozos en la parte trasera. Se acerca con pasos lentos y, al abrir el maletero, se encuentra con Liú maniatada.

—¡No! —grita, dando un paso atrás mientras se tapa la boca. Da varias vueltas sobre sí misma, sin saber qué hacer. Entonces, ve cómo un coche de policía se aproxima por la carretera principal. Tardarán todavía un par de minutos en llegar hasta allí, pero una sensación terrible en la boca del estómago la hace doblarse por la mitad y vomitar.

—¡Respira! —le ordena la voz. Alicia siente que todo a su alrededor se oscurece, todo comienza a girar y, de nuevo, negrura.

Maica toma una bocanada de aire al recuperar el control, se mete corriendo en el coche y conduce hacia la zona de los aseos.

—Perfecto, es perfecto —dice, soltando una carcajada histriónica.

Se apea y va directa hacia la pareja de ingleses, que parece a punto de desayunar. Se acerca a la mujer y la saluda con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh, querida! —exclama al verla frente a ella—. Qué susto me has dado.

—Es que las magdalenas huelen de maravilla, y he pensado que…

—¿Qué sucede, Margaret? —pregunta el hombre, asomando la cabeza por la puerta de la autocaravana con varios platos en las manos.

—¿Me invita a una magdalena? —repite Maica, sin dejar de sonreír.

—Claro, querida —contesta él, posando una pequeña bandeja sobre la mesa.

—¿Las tiene dentro? —pregunta Maica, colándose sin más dentro de la autocaravana.

Al verla, el señor se sobresalta y la sigue. Nada más entrar, Maica le asesta un golpe en la cabeza con la escopeta que llevaba oculta bajo la chaqueta. El hombre cae a plomo al suelo.

—¿Harry? —pregunta la mujer, asustada por el ruido.

Maica sale con la escopeta en alto, apuntando hacia su cabeza. La inglesa ahoga un grito.

—Métete dentro ahora mismo.

—¿Qué? Yo… —balbucea.

—¡Métete dentro o le pego un tiro a tu marido! —repite gritando.

—Tranquila. —Margaret levanta las manos.

La mujer obedece y sube con algo de dificultad las escalerillas de acceso, ya que le tiemblan las piernas. Yallí, sin más, todo se vuelve oscuridad. Maica le ha golpeado tan fuerte en la nuca que la ha hecho caer de bruces en mitad de la caravana.

Sale a toda prisa. El tiempo juega en su contra y debe irse de allí en cuestión de segundos. Corre hasta el coche, abre el maletero y saca a una Liú confusa. Tira de ella con fuerza, pero se resiste y trata de soltarse clavándole las uñas.

Maica grita y le pega un puñetazo en la cara. Liú se dobla por la mitad y su captora la empuja con brusquedad. Cae de bruces frente a la puerta.

—¡Entra ya, joder! —grita. Se incorpora como puede, sube a la caravana y se gira con cara de pánico.

—No están muertos. Métete en el aseo. —La empuja. Atranca la puerta con un palo de escoba y vuelve a salir a toda prisa para recoger a su gata. Se mete en la zona del conductor y entonces se da cuenta de que las llaves no están.

—¡Mierda! —Golpea el volante.

Sale y ve que el coche de policía está repostando. Debe darse prisa. Rebusca dentro de la autocaravana, sin encontrarlas por ningún lado. Se agacha y registra el cuerpo inerte de Harry, pero tampoco están.

—Calma, la base de todo es la calma —se dice a sí misma.

Respira hondo, cierra los ojos y entonces se da cuenta: deben estar fuera. Al llegar, estaban montando las mesas y las sillas. Se lanza a la carrera de nuevo y, por supuesto, allí están, brillando al sol sobre la mesa. Las coge, rodea la caravana por la parte delantera y, de un salto, se mete en el asiento del conductor. Introduce la llave y arranca.

Da media vuelta y se dirige a la salida. Pasa por delante de los dos agentes de policía, que acaban de salir de la gasolinera y, sin impedimento alguno, sigue su camino.

CAPÍTULO 43

Carmen asoma la cabeza por la puerta del despacho de Morris, que está absorta leyendo unos papeles. La saluda y, al verla, la inspectora levanta la cabeza, sonríe y la hace un gesto para que pase.

—Han llegado Teodoro y su hermano, los hijos de Lucía Mora. Quieren hablar contigo; están en la sala dos.

—¿Por su propia voluntad? —se asombra la inspectora, levantándose. Carmen asiente con la cabeza y aprieta los labios.

—Vamos juntas.

—¿Estás segura?

—Eres la mejor para este caso —la mira, afirmando con la cabeza —. ¿Ellos se acuerdan de ti?

—Imagino que sí. No es que pase desapercibida —dice con una sonrisa.

Entran en la sala dos y allí se encuentran a Teodoro, con la misma cara de miedo que tenía la vez que Morris lo vio en casa de su madre. Su aspecto es bastante desaliñado, y a su lado, sentado tieso como un palo y con un aire jovial, está Antonio, su hermano. Por lo que Morris sabe, aunque es el menor de los dos, es quien lleva todo el cotarro del negocio familiar.

—Soy Antonio —saluda con una sonrisa—. Mi madre me ha puesto al día de su visita —se anticipa a explicar, retándola con la mirada.

—¡Pero qué mayores estáis! —interrumpe Carmen—. ¿Cómo os va la vida?

Teodoro la escruta curioso, y Antonio abre mucho los ojos y se levanta de golpe.

—¡Carmen! —Se acerca para darle dos besos—. Han pasado tantos años, que no te había reconocido.

—Me he cortado el pelo —ríe mientras se lo toca. Realmente sabe cómo hacer una buena entrada, cómo romper el hielo.

—Pues te queda fantástico —la halaga—. Teo, ¿te acuerdas de Carmen? —Se gira hacia su hermano.

A Morris no le pasa desapercibida la mirada que Antonio le lanza a Teodoro, que se levanta para saludarla.

—Teo, te veo muy bien —sonríe. Él asiente—. Sentémonos, estaremos más a gusto.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta Morris.

—No, gracias, estamos bien —contesta Antonio con sequedad.

Los cuatro se sientan. Antonio y Teodoro vuelven a sus lugares iniciales y las inspectoras se sitúan frente a ellos.

—Antonio, como bien nos has comentado, tu madre te ha puesto al día de todo —empieza a explicar Camila.

Afirma con la cabeza y entrelaza las manos sobre la mesa.

—He visto las noticias. Alicia ha salido en todos los telediarios —contesta, melancólico.

—¿Cuándo fue la última vez que os visteis? —indaga la inspectora.

—No sabría decirle, pero igual hace un par de años que no la vemos.

—¿Fue por alguna fecha señalada?

—Coincidimos en una fiesta del centro. Ella estaba con su novio. Nos saludamos y poco más.

—¿Después de todo lo que habéis vivido juntos, un simple saludo? —se extraña, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Ella fue quien decidió cortar lazos —se justifica y se remueve inquieto en la silla.

—Se fue —añade Teodoro.

—Recuerdo que os llevabais como hermanos, Teo —interviene Carmen—. Algo más tuvo que pasar.

—¿Algo como qué? —pregunta Antonio, con un tono de voz bastante áspero.

—No lo sé, dímelo tú —continúa Carmen—. Alguna pelea que la incitara a marcharse. Recuerdo que, de pequeños, Teo y Alicia eran inseparables. Tú eras un par de años más joven que ellos, ¿verdad?

—Siempre insistía en jugar con nosotros —ríe Teo. Su hermano carraspea sutilmente—. Y nosotros lo único que queríamos era estar solos.

—¿Erais más que amigos entonces? —pregunta Morris.

—¿Qué? No, no, para nada —se adelanta Teo—. A Alicia le gustan otro tipo de tíos.

—¿Qué clase de tíos?

—Pues a la vista está, ¿no? —interviene Antonio—. Como Mike.

—¿Se ha puesto en contacto con vosotros desde que desapareció? —Carmen apoya y entrelaza las manos sobre la mesa.

—No —niegan los dos al mismo tiempo.

—¿Habéis tenido contacto con su familia materna? —Morris cambia de tema. Quiere distraerlos, intentar pillarlos.

—La dejaron en la estacada —replica Teo con rencor. Morris observa cómo su hermano aprieta los dientes.

—¿Por qué?

—¿No está claro? A ella la acusaron injustamente y… —Teo empieza a temblar, y su hermano lo agarra del antebrazo.

—Tranquilo, Teo —susurra—. ¿Es necesario revivir esto, Carmen? —Antonio la mira directamente. Ella asiente con la cabeza y suspira.

—Lo entiendo, lo siento. El accidente del padre de Alicia marcó un antes y un después. Vuestros padres eran más que amigos.

—Éramos como familia —replica Antonio—. Nuestros padres crearon la empresa juntos, de la nada. Nos íbamos de viaje todos, ¿sabe? —La observa esperando una respuesta, pero la inspectora sigue en silencio—. El accidente que sufrió Maica lo vivimos como si fuera una prima o una hermana… —Se queda callado, frotándose las manos—. ¿Se imagina lo que eso supone en la mente de un niño? —Mira a Morris y después a su hermano, que está cabizbajo.

—Lo comprendo —confiesa Morris—. Siento mucho que tengáis que volver a revivir todo esto, pero debéis entender que es necesario esclarecer los hechos.

—¿No tiene los informes para leerlos? —suelta Antonio, chasqueando la lengua.

—Sí —asiente, metiéndose un mechón tras la oreja—. Esos informes son de hace muchos años y…

—Es muy duro para mi familia —interrumpe el menor de los hermanos.

—Antonio —Morris respira—, no entiendo una cosa: Alicia era como vuestra hermana o vuestra prima, ¿por qué dejarla alejarse sin más? ¿Por qué no seguir en contacto?

—Ella lo decidió así.

—Lo siento, pero no lo entiendo —insiste la inspectora.

—Ella necesitaba cortar con su pasado —añade Teodoro.

—¿Y por qué permanecer en la misma ciudad?

—Porque…. —Se queda en silencio.

—¿Por qué, Teo? —Morris pone los antebrazos sobre la mesa y baja la mirada buscando la suya—. Ayúdame a entenderla. Quiero ayudarla, pero necesito saber por qué hace lo que hace.

—Usted asume que ella asesinó a Mike —interviene Antonio.

—No asumimos nada —contesta Carmen—. Estamos tratando de esclarecer los hechos.

—¿Y si hubo alguien más? ¿Y si ella está huyendo por miedo?

—Por eso necesitamos encontrarla —asegura Morris.

—¡No! —replica Teo—. Quieren encontrarla para encerrarla, como hicieron con su madre. Por eso se volvió loca.

—Teo. —Su hermano lo advierte con la mirada.

—Es la verdad, ella no ha matado a Mike —dice con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Carmen se adelanta en su asiento.

—Porque yo le maté.

—Teo, ¿qué cojones estás diciendo? —Antonio se levanta de la silla, alterado.

—¡Siéntate! —ordena Carmen.

—No digas ni una palabra más. —Su hermano está rojo de ira—. Exijo un abogado.

—Teo, ¿cómo sucedió? —Morris sabe que es ahora o nunca. Está a punto de confesar algo, debe seguir, no perder el contacto visual con él.

—No pueden preguntarle nada más —grita Antonio—. Acabo de solicitar un abogado. —Se acerca a su hermano y le obliga a levantarse.

—Está bien. —Morris alza las manos—. ¡Sentaos de inmediato! —Lo fulmina con la mirada. Este asiente y ambos obedecen—. Carmen, encárgate, yo debo hacer una llamada. —Sale de la habitación.

CAPÍTULO 44

Maica camina nerviosa delante de la autocaravana. Juega con el teléfono móvil, cambiándolo de una mano a otra, hasta que finalmente decide encenderlo. Tan solo dos tonos después, responde una voz de hombre.

—¿Cómo se te ocurre llamarme?

—Necesito la casa.

—Te están buscando.

—Necesito la casa.

—¿Me estás escuchando? —pregunta incrédulo al otro lado.

—Llego en media hora.

—¡No! —niega, alterado—. No puedo.

—Llego en media hora —repite Maica con tranquilidad.

—Tu cara está en todos los telediarios.

—¿Salgo guapa?

—No me jodas, ¡hostias!

—Llego en media hora —repite, apoyada sobre el capó, mirándose las uñas.

—No puedes quedarte aquí —bufa—, te están buscando.

—Por eso la necesito.

—No puedo, Alicia.

—No soy Alicia —aprieta los dientes—, y sí puedes.

—De verdad, que no…

—Tú recuerda el vídeo que tengo en mi poder.

—Eres una…

—Eso es —ríe ella con malicia—. Recuérdalo y verás como puedes.

Silencio al otro lado de la línea.

—En veinte minutos estoy en la puerta, deja las llaves donde siempre.

—¡Joder, que no!

—En veinte minutos estoy ahí —repite.

—Vale —contesta, resignado.

CAPÍTULO 45

Morris camina por la playa, esperando la llamada de Laura Mendieta. Se sienta en la orilla, cierra los ojos y se concentra en el rumor de las olas del mar. Ese sonido no solo la relaja, también la hace pensar, y en su mente aparece la cara de Liú.

—¿Dónde estás? ¿Dónde te tiene? —susurra. De repente, el teléfono suena en su mano y se sobresalta. Lo mira y es justo quien espera.

—¿Has averiguado algo?

—Buenos días para ti también, Camila.

—Perdona, Laura, buenos días. Este caso me trae de cabeza.

—¿Y cuál no?

—Dime que has encontrado algo por donde seguir tirando.

—Esta familia es muy turbia. Para empezar, el expediente de Teodoro fue modificado a golpe de talonario.

—Lo imaginaba —Morris chasquea la lengua.

—Pero he conseguido el expediente original.

—Eres la mejor, ¿lo sabes? —sonríe.

—Lo sé —carraspea la hacker—, aunque te va a costar una pasta, señora inspectora.

—Laura —bufa—, que ya me estás sangrando por la otra investigación.

—La otra investigación la tengo parada porque me dijiste que esto era más importante.

—Sí, si no me refería a eso. Más bien a que soy muy buena clienta.

—Y yo muy buena en lo mío.

—¿Cuánto me va a costar?

—Quinientos —contesta con voz firme. Morris tuerce la boca y respira profundamente.

—Ya puede ser bueno.

—Es mejor que bueno.

—Suéltalo de una vez.

—Por teléfono no.

—¿Mañana en el lugar de siempre?

—Perfecto, nos vemos allí —contesta Laura y cuelga.

Moris se queda ahí sentada, abrazándose las rodillas y mirando cómo las olas del mar rompen en la orilla.

—Teodoro, ¿qué escondes?

CAPÍTULO 46

Llegan a una urbanización de lujo situada frente al mar. En la fachada, en letras de forja azul cobalto, reza «Casa Claudia». La vivienda tiene dos plantas, y varias palmeras gigantes adornan la entrada. La puerta se abre sin previo aviso.

—Mierda —exclama Maica, algo confusa. Sale del coche.

Él, al verla, la saluda con una sonrisa forzada.

—¿No te he dicho que dejaras las llaves en la entrada?

—Tenía que verte.

—Déjate de rollos y dámelas.

—Hablemos, por favor —insiste él.

—No tengo nada de lo que hablar. Dame las llaves de una puta vez.

Él la mira y niega con la cabeza, pero se las entrega mientras observa la autocaravana.

—¿Y esto de dónde lo has sacado?

—Es una larga historia —contesta ella.

—Otra más —bufa.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que me va bien que estés aquí.

—¿Por qué? —Entrecierra los ojos.

—Porque me vas a hacer un favorcito —sonríe de medio lado y le guiña un ojo.

—¿Otro? —Él se cruza de brazos.

—Deshazte de la caravana.

—¿De dónde la has sacado? —quiere saber, sin moverse.

—Se la robé a dos guiris —contesta, orgullosa, alzando el mentón.

—Dime que no te vieron la cara.

—Tranquilo, me deshice de ellos.

—¿Cómo? —Traga saliva, inquieto.

—Muy fácil: paré y los lancé por un barranco.

—¡Has perdido la cabeza, Alicia! —Levanta los brazos hacia el cielo.

—¡No me llames Alicia! —La mirada de Maica lo atraviesa.

—No quiero saber nada más, me largo de aquí —resopla, dándose la vuelta. Su idea era ayudarla, pero la Alicia que se ha encontrado no quiere ni va a dejarse ayudar.

—Espera —ella lo frena, agarrándole de la manga—. ¡Llévate la caravana! —Le pone las llaves en la mano y lo mira fijamente.

—¡Hostia puta! Estás de broma.

—Por los viejos tiempos —sonríe, acercándose a sus labios. Él aguanta la respiración a la vez que su entrepierna palpita. Su olor le sigue poniendo cachondo. Ella le lame la comisura de los labios.

—Por los viejos tiempos —repite Maica en un susurro, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Ali…

—¿Qué parte de que no soy Alicia no entiendes? —lo empuja.

—Déjame ayudarte —suplica él.

—¿Como la ayudaste a ella? —pregunta, bajando la mano hasta su entrepierna.

—Traté de hacerlo.

—¡Mentira! —replica, agarrándole por los huevos.

—¡Auch, Ali! ¡Suéltame! —se queja, con una mueca de dolor.

—¿Cómo me has llamado?

—Maica, perdón, perdón —balbucea. Ella asiente y le suelta.

—Bajo mis cosas de la caravana y te la llevas.

—¡Estás como una puta cabra! —masculla él.

—Cosa de familia.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Ayúdame a sacar mis cosas y luego te la llevas —le ordena.

—¿Y qué cojones quieres que haga con una puta caravana? ¿Me la guardo en el bolsillo? —la mira, incrédulo.

—Sigues sin escucharme cuando te hablo. ¡Deshazte de ella! —grita, apretando los puños.

—Vale, me desharé de ella.

Maica sonríe, se da la vuelta y le entrega la mochila de la gata. Él la mira perplejo.

—¿Te has traído a la gata?

Maica entra en la autocaravana y, a los pocos segundos, sale arrastrando a Liú, que mira a su alrededor buscando una posible salida.

—¡No! —Él brinca al verla—. Esto no puede ser, ¿qué haces? —susurra, acercándose a ella. Trata de mantener la calma; ya han armado bastante follón, y lo último que quiere es que los vecinos salgan a ver qué es lo que está sucediendo y se topen con una escena que sería más propia de una película.

—Te presento a Liú —dice con una sonrisa—. Liú, él es… bueno… dejémoslo en «el tío que nos va a dejar su casa».

Liú, al verlo, trata de zafarse de la garra de su secuestradora, tirando hacia atrás y agachándose, pero Maica la agarra por el cabello y se acerca a su oído.

—Si no te estás quieta, te arrastro de los pelos hasta dentro y luego te arranco la piel poquito a poco. ¿Me has entendido con claridad? —sonríe.

—Esto no es lo que habíamos hablado. —Él se acerca hasta ellas —. Una cosa es que te deje la casa y otra que la uses para esto. ¡Joder! —Se pasa la mano por el cabello—. ¿Qué coño vas a hacer con ella?

—No te importa.

—Me ha visto la cara —le recrimina.

—¿Eso es lo único que te preocupa? —Maica suelta una risotada —. Tranquilo.

—No chilles —susurra—. ¿Qué le vas a hacer?

—Lárgate ya —bufa, quitándole la mochila de Rayna y arrastrando a Liú hacia el interior.

Permanece quieto, mirando cómo entran. Ella se gira, le lanza un beso y cierra la puerta tras de sí.

Se queda largo rato mirando la casa. Lo cierto es que Alicia nunca ha estado muy equilibrada. Tuvo una época en que la otra Alicia salía a flote y, en el fondo, siempre quiso ser como ella.

¿Cómo alguien puede llegar a cambiar tanto? ¿Cómo es posible que alguien a quien crees conocer y con quien has compartido tanto pueda parecer otra persona? La nueva Alicia tiene maldad en los ojos, en sus actos. Con esos pensamientos, se aleja a toda velocidad, subido en la autocaravana.

CAPÍTULO 47

Maica conoce a la perfección esa casa. Sin pensárselo dos veces, instala a Liú en el sótano, por llamarlo de alguna manera, porque más bien es un mini apartamento donde, con toda probabilidad, se hayan montado las mejores fiestas de la historia de su adolescencia.

Liú se tropieza con el primer escalón. Maica la sujeta y cierra la puerta; se escucha una especie de mecanismo tras ella. Liú se gira, asustada, y su secuestradora sonríe con suficiencia.

—Ya estamos a salvo, puedes bajar —la empuja para que avance.

Con timidez, sigue bajando hasta que se encuentra con dos sofás gigantes situados frente a una televisión que ocupa toda la pared. Observa la estancia con detenimiento: al fondo hay una barra americana con toda clase de bebidas. Se gira para mirar hacia el otro lado y ve dos habitaciones, además de una tercera puerta, cerrada.

—Cielo —Maica se acerca hasta ella con una voz demasiado cariñosa—, vamos a vivir aquí los próximos días. Tu habitación es la primera. Si necesitas una ducha, te ayudaré, porque no pienso desatarte por el momento.

Liú se siente mareada. Le duele la cabeza, pero asiente. Necesita descansar y dormir.

Maica la empuja hasta su habitación y cierra la puerta. Se queda quieta en mitad del cuarto. Al darse cuenta de que hay una ventana, se lanza directa hacia ella. Intenta abrirla, pero está cerrada con llave. Apoya su frente sobre el frío cristal y observa cómo las olas se mecen. No escucha nada, pero imagina ese sonido y comienza a llorar. Cae de rodillas y se queda allí, en el frío y húmedo suelo, llorando hasta que el sueño la alcanza y se deja llevar.

Un par de horas después, despierta sin saber muy bien dónde está. El silencio es absoluto, pero siente el calor acogedor de la cama. Se despereza, parpadea varias veces para enfocar la vista y entonces la ve, allí sentada, a su lado, observándola. Se sobresalta al recordar dónde y con quién está.

—Eres muy maleducada —le dice con rencor. Liú no contesta, solo traga saliva sin bajar la mirada—. Te ofrezco una habitación, con una cama de lujo, calentita, y tú, ¿te quedas dormida en el suelo? Cielo, debes empezar a acostumbrarte a tu nueva vida.

Maica se acerca y, con mucho cuidado, le quita la mordaza. Liú mueve la boca, intentando adaptarse de nuevo a la sensación de estar sin ella.

—¿Qué… qué me vas a hacer? —carraspea, tartamudeando.

—Todavía no lo sé —alza las cejas.

—¿Qué quieres de mí?

—Que sufras —contesta con una sonrisa.

Liú chilla e intenta incorporarse. Para su sorpresa, Maica empieza a reír a carcajada limpia y a imitarla pidiendo auxilio. Liú se queda petrificada, no comprende nada.

—Cielo, ¿todavía no lo entiendes? —Liú la mira en silencio y niega con la cabeza—. En este sótano se han celebrado las mejores y más brutales fiestas de la historia —explica Maica incorporándose, pero Liú sigue sin captar el significado de lo que quiere decir—. Por mucho que chilles, por mucho que golpees los cristales, nadie —la reta con la mirada—, repito, nadie te va a escuchar. Estamos insonorizadas.

Una media sonrisa aparece en el rostro de Maica. Liú empieza a temblar.

—¿Qué quieres decir?

—Te falta calle. ¿De verdad crees que eres la primera que ha estado en esta casa? —Maica se dirige hacia la puerta—. Te he dejado una bandeja con comida sobre el escritorio.

Antes de cerrar, se queda observándola. A Liú le recorre un escalofrío y se tapa con el nórdico. Maica le guiña un ojo y cierra con llave desde fuera.

CAPÍTULO 48

Los inspectores están en casa de Medina. Han quedado con Laura, quien, debido a su trabajo, siempre que necesitan verse les envía un programa que han de instalar para evitar que la comunicación sea rastreada. Medina está manos a la obra instalando el programa encriptado que les ha mandado por mail. Laura es invisible para el mundo; nadie sabe dónde vive ni desde dónde trabaja. A efectos legales, es una sombra.

—Es un cerebrito —afirma Medina.

—Está desaprovechada —contesta su compañera, sentándose con una cerveza sin alcohol en la mano.

—No la veo obedeciendo órdenes de un jefe, ¿eh?

—Ni yo —admite—, pero sigo pensando que su talento está desaprovechado.

—Parece que esto ya está instalado. —Medina señala hacia el ordenador.

—¿Y ahora qué?

—Ahora a escuchar, señorita Camila Morris. —La voz de Laura suena alta y clara a través de la pantalla, pero a ella no se la ve. Morris se acerca al ordenador.

—Esa sombra de ojos te queda bien —dice Laura.

—Laurita, queremos verte —pide Medina.

A los pocos segundos, aparece en la pantalla, con su pelo negro y su cara alargada.

—¿Dónde estás? —quiere saber Medina.

—En mi casa —sonríe.

—Al lío —interrumpe Morris, sabiendo que la hacker no va a dar más información personal que esa.

—A la orden, jefa —se burla Laura desde el otro lado. Gabriel suelta una carcajada. Morris lo mira y mueve la cabeza.

—Venga —dice, poniendo la espalda recta.

—¿Por dónde queréis que empiece?

—Por el principio. —Medina quiere seguir con la broma.

—Pues os suelto la bomba y listo. Teodoro violó a una chica y sus papás, a golpe de talonario, lo encubrieron todo.

—¡Sabía que ese cabrón escondía algo! —la inspectora chasquea la lengua—. Violó a Alicia, ¿verdad?

—No tengo constancia de ese dato. La chica de la que yo os hablo se llama Julieta Vargas. Ella alegó que fue raptada, violada y retenida en una casa durante todo un fin de semana. En la denuncia cuenta que la mantuvieron drogada todo el tiempo.

—¡Qué cabrón! —Medina aprieta la mandíbula.

—¿Me estás diciendo que ese informe desapareció?

—Sí —asiente la hacker.

—¿Ella acusa a Teodoro?

—No de forma directa, Camila. Afirma que recordaba su cara, cómo le tocaba la cabeza y le decía que todo saldría bien.

—¡Puto sádico! —exclama Medina.

—¿No llevó el caso Carmen?

—No, fue… —Laura busca los datos en unos papeles—. Un tal Arturo Pérez.

Los inspectores la miran, y ella se tapa la cara con las manos

—¿Lo conocéis?

—Sí —contesta Medina—. Digamos que es de la vieja escuela. Su mentalidad es un poco retrógrada.

—Vamos, un cavernícola —añade Laura.

—Lo que no entiendo es por qué no le asignaron el caso a Carmen —Morris se levanta—. Ella era la más indicada, conocía a la familia y había llevado el caso de las niñas. —Divaga en voz alta mientras da vueltas.

—Esto era una denuncia, Morris —aclara Laura

—Quizás la chica se armó de valor y fue a la comisaría, pero se encontró con el cenutrio de Pérez.

—Pues ya es mala suerte —dice Laura.

—¿Pone algo más? —Medina se acerca a la pantalla.

—La víctima asegura que había más de una persona, pero no recuerda nada. Recalca en varias ocasiones que la drogaron.

—¿Encontraron restos de alguna sustancia en su sangre?

—No se realizaron pruebas.

—¿Por qué? —Morris se vuelve a sentar frente al ordenador.

—Intuyo que por la fecha en la que ella denunció. Fue un mes después de la agresión.

—Tenemos que hablar con Pérez —Morris chasquea la lengua, y su compañero abre los ojos, asombrado.

—Ya, ¿y tú crees que te va a hacer caso? Le quedan un par de meses para jubilarse y su actitud en los últimos años no ha sido, digamos, muy colaborativa.

—¿Queréis que investigue algo sobre su pasado? —Laura levanta una ceja—. Por si tenéis que apretarle las tuercas.

Los inspectores se miran.

—No —contesta Morris, negando con la cabeza y moviendo una mano—. Primero quiero probar por la vía civilizada.

Laura suelta una risotada.

—Iré investigando.

—No te puedo pagar más —se adelanta la inspectora.

—Tranquila, esto será regalo de la casa —suelta, y corta la comunicación.

El teléfono de Morris suena. Mira la pantalla y lo coge al instante.

—Carmen, ¿has encontrado algo?

—No sé si es algo —carraspea—, pero Antonio y Teodoro heredaron la casa de la playa de su padre.

—Pongo el manos libres, que estoy con Medina —contesta la inspectora, mirando a su compañero. Este asiente, serio.

—Claro —dice Carmen, ya en el altavoz.

—Continúa, por favor.

—Como te decía, heredaron la casa de la playa de su padre. He visto que hay varias denuncias por escándalo en el verano del año 2010, que se quedaron en eso, sin progresar a más. Una de ellas proviene de la casa contigua. La señora… —Carmen se queda en silencio—. Charlotte Davis llamó en varias ocasiones alertando de

escuchar gritos de mujeres. Al llegar los efectivos a la zona de los hechos, encontraron a Teodoro jugando en el salón a la consola, con la estancia llena de comida basura, que por el estado parecía llevar allí varios días.

—¿Inspeccionaron la casa?

—Sí, no opuso ninguna resistencia a que entraran. No encontraron nada y, como era de esperar, se marcharon.

—¿Y la otra denuncia?

—Fue ese mismo verano, dos semanas más tarde. En esta ocasión, la que llamó a la policía fue una vecina que paseaba a su perro por la zona y escuchó gritos de una mujer —se aclara la garganta para seguir—. Los efectivos tardaron unos cuarenta minutos en llegar. Una vez allí, encontraron a Teodoro junto a —silencio—, redoble de tambores: Alicia García, con menos ropa de la que debería llevar en una situación normal.

—¡O sea que estaban liados! —exclama Medina.

—Tiene toda la pinta —asegura la agente desde el otro lado de la línea.

—Hay que inspeccionar la casa —Morris chasquea la lengua, deja el teléfono sobre la mesa y comienza a dar vueltas. Se rasca la cabeza y finalmente se aproxima de nuevo hasta donde está su compañero—. Carmen, llama a Antonio, tú tienes más mano derecha con él. Pídele que nos deje entrar a ver la casa, dile que es algo rutinario.

—Claro, pero ¿y si se niega?

—Gabi —se queda mirándolo—. ¿Sigues jugando al pádel con el Juez Bravo?

Su compañero abre mucho los ojos y resopla.

—La verdad, hace mil que no toco una pala, pero puedo intentarlo.

—Por favor, hazle saber la gravedad.

CAPÍTULO 49

Teo está en la sala de interrogatorios número dos, sentado junto a su abogado. Su familia se ha encargado de aleccionarlo bien para que no diga nada más, y el letrado está tratando de convencerle para que se retracte de su declaración, pero parece que Teo ha decidido guardar voto de silencio.

Los inspectores se sientan frente a ellos y se toman su tiempo para colocar el ordenador y encenderlo. Morris saca su libreta y da un par de sorbos a su café con tranquilidad. Lo hacen deliberadamente, porque quieren comprobar hasta dónde llega su paciencia.

—¿Empezamos? Tengo otro caso —espeta el abogado.

—Si tiene prisa, puede irse —contesta Medina, colocando unos cables en el ordenador que no sirven para nada. El abogado se apoya en el respaldo de la silla y suelta de golpe todo el aire de los pulmones.

—¿Te tratan bien, Teodoro?

—Eso no es relevante, inspectora.

—Pero bueno —replica ella con sorna—. Qué poca empatía, solo quiero saber si está cómodo en su nuevo hogar.

—Inspectora, sé perfectamente a qué juego está jugando.

—Listo —interrumpe Medina—. Todo preparado.

—Bien —sonríe Morris—. Teodoro, cuéntanos cómo sucedieron los hechos la noche del ataque a Mike Teller.

Teodoro levanta la vista y parpadea varias veces, como si saliera de un letargo.

—Hola —dice.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —sonríe Morris.

—Teo quiere retractarse —interrumpe el abogado de golpe.

—Oh, ¿y eso? —pregunta Medina, tecleando en su ordenador.

—No quiero retractarme —niega con la cabeza—. Yo maté a Mike.

—Teodoro, ya hemos hablado de esto.

—Señor López, debe dejar hablar al detenido. Usted está aquí simplemente para salvaguardar sus derechos.

El abogado aprieta la mandíbula y asiente, mirando directamente a los ojos de la inspectora.

—¿Sigues sosteniendo que tú, con tus propias manos, apuñal… quiero decir, mataste a Mike? —Morris espera su respuesta.

—Sí, yo lo maté.

—¿Nos podrías explicar todo lo que recuerdas de esa noche?

—Yo lo maté.

—¿Por qué? —pregunta Medina, levantando la vista del ordenador.

—Porque no trataba bien a Alicia, y ella se merecía alguien mejor, alguien que… —traga saliva.

—¿Alguien como tú, quizás?

—Inspectora —replica el abogado—, se está sobrepasando.

—¿Por qué piensas que no la merecía?

—Porque ella ha sufrido mucho y merece ser feliz.

—¿Y matando a Mike conseguirías que ella fuera feliz?

—Sí —afirma, mojándose los labios con la lengua.

El móvil del abogado vibra. Lo mira y se pone muy recto; una sonrisa triunfal asoma en su rostro.

—Mi cliente está confundido.

—¿Confundido en qué exactamente?

—Mi cliente no pudo matar a Mike Teller esa noche. Estuvo en el cine.

Teodoro gira la cara asustado. Sabe a la perfección que el abogado dice la verdad.

—Mire. —Levanta el teléfono y muestra una fotografía de la cámara de seguridad del cine del centro comercial.

—¿Quién…? ¿Cómo…? —balbucea Teodoro.

—¿Por qué la proteges, Teo? —indaga Medina, ignorando por completo la foto que les ha mostrado el abogado.

—Se acabaron las preguntas, inspector, mi cliente debe ser liberado de inmediato. —Se pone en pie y obliga a Teo a levantarse.

—¡Siéntese, señor López! —ordena la inspectora.

—Mi cliente es inocente.

—Lo sabemos.

—¿Entonces qué hacemos aquí?

—Su cliente acaba de ser acusado de obstrucción en un caso de asesinato.

—¡Oh, vamos! Déjese de tonterías, sabe que no tiene caso.

—Eso lo averiguaremos en cuarenta y ocho horas.

—No puede. —El abogado se levanta y golpea la mesa.

—Puedo retenerlo otras cuarenta y ocho horas si quiero —advierte, elevando la voz—, pero no lo haré.

El abogado se relaja.

—¿Qué quiere a cambio? —Su tono de voz ahora es suave.

—Que me conteste a una pregunta.

—¿Cuál? —El abogado se vuelve a sentar.

—¿Qué sucedió el catorce de mayo de 2013?

Teodoro se queda blanco, tan blanco como la pared de fondo. Abre la boca para hablar, pero empieza a boquear como un pez.

—¿De qué narices están hablando? —quiere saber el abogado, removiéndose inquieto en su silla.

Morris continúa mirando a Teo, pero él sigue con la boca abierta.

—No sé de qué me habla —responde al final.

—Ya —replica ella.

—¿Ha acabado con su jueguecito? —pregunta el abogado.

—Pueden marcharse.

CAPÍTULO 50

Sonia está sentada en el balcón de su casa, con un chocolate caliente entre las manos. Su mirada está perdida en el horizonte.

—¿Dónde estás, amor? —cierra los ojos —. Sé que estás viva, tienes que estar viva.

Aprieta la taza para sentir su calor y niega con la cabeza. Siente cómo su pecho se oprime cuando suena el timbre de casa. Lo ignora, no quiere ver a nadie, no quiere estar con nadie. El timbre vuelve a sonar, acompañado de varios golpes en la puerta. Se levanta, deja la taza sobre una pequeña mesita de cristal y se ajusta la bata.

—¿Quién es? —pregunta frente a la puerta.

—Yo.

Sonia reconoce la voz al instante y sonríe, porque, aunque no tenga muchas ganas de estar con nadie, sabe que la sola presencia de Lara le hará bien.

—Cariño —su amiga suspira al verle la cara. Sonia se lanza hacia ella y se acurruca entre sus brazos—. Mi chica —le besa la cabeza mientras la mece. Se quedan ahí varios minutos.

—No puedo soportarlo —confiesa Sonia.

—Lo sé —la empuja con cariño para que se sienten en el sofá—. Te he traído una cosa.

Sonia levanta la cabeza, la mira extrañada. Lara se da la vuelta y, con mucho cuidado, mete la mano en la tote bag que ha dejado en el suelo. Del interior saca un gato pequeño de color blanco. Sonia pasa la mirada varias veces de su amiga, que la observa sonriente, a la bolita de pelo que tiene en sus manos. Niega con la cabeza y se levanta.

—¡No! —Se aleja hacia su dormitorio.

—Soni, espera —Lara la sigue.

—No quiero un gato.

—Los chicos y yo hemos estado hablando, y creemos que te puede ayudar. —Lara se sienta en el borde de la cama. Sonia se ha acurrucado bajo el nórdico, arropada hasta la cabeza.

—¡No! —repite.

—Liú no querría que estuvieras sola.

Silencio.

—Ella querría que lo tuvieras, cariño.

Sonia se destapa y la mira.

—No hables de ella en pasado —solloza, con lágrimas en los ojos.

—No, no, perdona. Me refiero a que…

—No lo hagas. Sigue viva —se incorpora, observando al gato y luego a su amiga—. Lo siento aquí —se señala el corazón.

Lara le aproxima el animal, y este estira sus patitas delanteras hacia ella. Sonia no puede evitar sonreír apretando los labios.

—Mira qué cara tiene.

—Liú siempre quiso un gato blanco.

—Gata —rectifica su amiga, poniéndola en su regazo. Entonces, escala por el edredón hasta el cuello de Sonia y se acurruca como puede en su hombro, metiendo el hocico entre su cuello. Al notar la naricita fría del animal, suelta una carcajada.

—Enana, me haces cosquillas —replica, encogiendo el cuello. La coge, la gata se queja y la coloca en su pecho —. Enana —susurra —, Nana, esperaremos juntas a Liú.

Lara sonríe y se acurruca al lado de su amiga.

—Gracias —dice bajito Sonia.

CAPÍTULO 51

Liú pasa las horas con la frente apoyada en la ventana, observando una pequeña calita que hay a la izquierda. Es preciosa y se imagina allí, tumbada en la arena, disfrutando de un día tranquilo junto a sus amigos. Se acuerda de la última vez que estuvo con ellos. Una lágrima le resbala por la mejilla; siente que de nuevo le falta el aliento. Vuelve a tener un ataque de pánico.

Cierra los ojos y se centra en recordar el sonido de las olas del mar. Es un sonido único, mágico, que la calma y la apacigua, ayudándola a sobrellevar su cautiverio. De repente, se fija en una figura sentada sobre una de las rocas de la cala.

—Oh.

Se queda paralizada. Piensa que tiene una oportunidad, la primera de verdad desde que Alicia la secuestró. Quizás esa persona la pueda ver y ayudar. Comienza a aporrear la ventana, pero la figura no se inmuta, y Liú empieza a desesperarse, porque los días pasan y ella sigue allí, encerrada.

—Nadie sabe dónde estoy —solloza—. Me va a matar en cualquier momento. —Toma una bocanada de aire—. Tengo que huir como sea.

—¡Eh! —grita Maica, entrando en la habitación—. ¿Qué coño haces?

Liú se gira, y la ira la consume por dentro. Sin pensárselo dos veces, saca fuerzas de donde no tiene y se lanza sobre su secuestradora. Maica no se lo espera, y en un segundo, Liú está sobre ella e intenta estrangularla.

Liú en ese momento es mucho más fuerte de lo que nunca ha sido. Se siente valiente y poderosa.

Maica patalea, pero Liú, sin darse cuenta, se ha sentado sobre ella de tal manera que la aprisiona con las piernas e inmoviliza sus brazos. Maica trata de zafarse, se balancea de un lado a otro, pero, cuando empieza a chillar de rabia, Liú ejerce más presión sobre su cuello.

A Maica se le nubla la visión, le cuesta respirar. Entonces, de la nada, una voz suena fuerte en su cabeza:

«Lucha, eres fuerte. Si no luchas por ti, nadie lo hará».

El recuerdo de la voz de su abuela retumba en su mente. Saca fuerzas de donde no las tiene y logra meter una mano por debajo de la pierna de Liú, hincándole las uñas con saña. Liú grita y afloja la presión que está ejerciendo sobre su cuello.

Maica aprovecha y termina por meter el brazo entero, lo que le da la posibilidad de derribar a su secuestrada. Con ganas, la empuja hacia un lado, y Liú cae, sin poder evitarlo, hacia la derecha. En ese momento, Maica se sitúa encima de Liú, la agarra por el pelo y empieza a golpearle la cabeza contra el suelo.

—¡Puta, puta, puta! —grita, histérica, hasta que el cuerpo de Liú queda inerte.

Maica se tumba en el suelo boca arriba, con la respiración entrecortada.

—¡Aaah! —grita de rabia y, segundos después, empieza a llorar con desconsuelo, haciéndose un ovillo sobre sí misma.

CAPÍTULO 52

Dos equipos de asalto, los inspectores Morris, Medina y Carmen, están apostados esperando a Antonio frente a su casa cuando un Audi negro aparca frente a ellos.

Del coche se apean el susodicho y, cómo no, el abogado López, saludando a los agentes con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Todo esto es necesario, Carmen? —se queja Antonio—. Los vecinos van a pensar lo peor de nosotros —se toca el pelo, nervioso —. Tenemos una reputación.

—Lo siento muchísimo —aprieta los labios—, pero traemos una orden.

—Está bien, acabad cuanto antes —bufa, abriendo el portón metálico.

—¡Déjenlo todo como está o les interpondremos una demanda! —recalca el abogado con los brazos en jarras.

Nada más entrar a la finca, se encuentran con dos palmeras enormes y unas pequeñas escaleras para subir hasta la puerta principal. Al introducirse en la casa, se topan con un enorme salón con muebles de madera de haya.

Los agentes no pierden el tiempo y se empiezan a mover por la propiedad, inspeccionando cada rincón. Se nota que saben lo que hacen.

A la derecha, hay una puerta que da a la cocina. Morris entra en ella y observa la estancia con detenimiento; todo parece en orden. Abre el cubo de basura, que está vacío; el fregadero, seco, y el lavavajillas tiene platos también secos. Abre la nevera y lo único que encuentra son varias botellas de agua dispuestas a la derecha.

—Usamos la finca como casa vacacional, de ahí las botellas — explica Antonio. La inspectora asiente y cierra la nevera.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —pregunta Medina.

—Cuatro.

—¿Todas en la planta superior? —quiere saber el inspector, mientras su compañera continúa con la inspección. Se asoma por la ventana del fondo y se fija en una pequeña cala.

—No —niega, metiéndose una mano en el bolsillo del pantalón—, en esta planta están el salón, la cocina, un baño, un despacho y una pequeña habitación, que recomendamos usar para los enseres de playa. Y en la planta superior hay otras tres habitaciones.

—¿Completas?

—¿Quieres alquilarla, Medina? —pregunta uno de los agentes que acaba de entrar por la puerta.

—Oye, ¡quién sabe!

—Despejado, jefa —informa.

—Déjenme un momento —pide ella. El agente asiente, se aparta de la puerta y la deja pasar. Camina muy seria, observando cada detalle, y se dirige hacia las escaleras que llevan a la planta superior.

—¿Qué hace? —pregunta Antonio.

—No se preocupe —sonríe Medina—, último vistazo.

—¿No han inspeccionado ya sus compañeros? —quiere saber el abogado.

—No se preocupe —repite Medina, retándolo con la mirada. El abogado se da la vuelta y bufa.

Morris se mete en la primera habitación; todo parece estar en orden. Abre los armarios y allí solo hay sábanas y almohadas. Entra en el baño y todo está impoluto. Se dirige a la siguiente habitación; esta tiene vistas al mar. Se queda observándolo, abre la ventana y la brisa marina inunda la estancia. Cierra los ojos y se concentra en el sonido de las olas.

—¿Dónde estás, Liú? —susurra.

Abre los párpados, aprieta los labios y observa la pequeña cala.

Cierra la ventana y sale de allí con pasos rápidos.

—Todo en orden. —Mira a Gabi y asiente con la cabeza.

—¿Ya puedo alquilar la casa?

—Toda tuya —responde con una sonrisa.

Está en silencio, sentada en el interior del Seat Ibiza. Su compañero, desde el asiento del copiloto, la observa; no quiere interrumpirla porque sabe que algo le ronda la cabeza. Ella pone las manos sobre el volante y se gira para mirarlo.

—¿Tienes planes para comer?

—Maite tiene guardia, ¿por?

—Nos vamos a Altea —dice arrancando el coche.

CAPÍTULO 53

—Jorge —saluda Morris desde el manos libres de su coche.

—¿Cómo ha ido?

—No hemos encontrado nada —resopla—, pero necesito que averigües dónde trabaja Julieta Vargas. Medina te va a enviar un informe a tu correo personal.

—¿Qué ocurre?

—¿Estás solo?

—Sí —afirma el informático.

—Esto es confidencial —advierte ella.

—Entendido.

—Creemos que Julieta fue violada por Teodoro en el año 2013. La denuncia desapareció a golpe de talonario.

—¡No jodas! —exclama.

—Necesito que localices y me digas dónde trabaja. Sabemos que vive en Altea.

—¿Para cuándo?

—Medina y yo vamos de camino.

—¿Qué está ocurriendo? —insiste.

—No lo sé, Jorge, pero siento que, cuanto más tiempo pase, menos le queda a Liú.

—¿Crees que puede seguir con vida?

—Eso espero.

—Ya lo tienes en el correo —interviene Medina.

—Os vuelvo a llamar en cuanto averigüe algo.

—¿Crees que encontraremos algo yendo hasta allí, o es un simple pálpito? —quiere saber Medina.

—No lo sé, pero tengo que hacer algo, no puedo quedarme de brazos cruzados. —Golpea el volante.

—Lo sé. Sin embargo, también podemos llamarla por teléfono.

—No es lo mismo, y lo sabes —gira la cabeza un momento para mirar a su compañero.

—Ok —carraspea—, vamos a recapitular. Hasta ahora, sospechamos que Teodoro violó a Julieta y que a ella le taparon la boca. ¿Estás segura de querer remover esa herida?

—¿Qué quieres decir? —Ella lo mira con curiosidad.

—Es muy probable que esa chica ya haya superado ese suceso.

—¡O no! Y esté esperando a que alguien la ayude a hacer justicia.

—No te digo que no —Medina mueve la cabeza—, pero igual, si la llamamos…

—Necesito verle la cara.

—No sé, pienso que, en muchas ocasiones, remover las heridas del pasado no es bueno.

Morris guarda silencio. Medina suspira.

—Vale —continúa él—, por otro lado, tenemos el accidente del padre de Alicia y… joder.

—¿Qué?

—¡Increíble! Jorge me ha enviado la dirección de Julieta —Morris sonríe de oreja a oreja, sabe de sobra que su compañero es de los más eficientes en comisaría—. Trabaja en una tienda en una de las callejuelas de la subida a Altea.

La inspectora pisa el acelerador.

Están frente a una pequeña tienda de ropa veraniega, llena de preciosos vestidos florales. Se miran y, sin esperar mucho, entran.

—Bienvenidos —saluda una chica morena de pelo rizado.

—Buenos días, qué tienda más bonita —alaba Morris.

—Gracias, traigo los diseños de Grecia e Ibiza —sonríe orgullosa.

—¿Es usted la propietaria? —quiere saber Medina. La chica asiente con la cabeza.

—Me llamo Julieta.

—Es un pueblo muy bonito. ¿Ha vivido aquí siempre? —pregunta Morris. Su compañero se la queda mirando, con la boca abierta.

—Soy de Alicante —contesta, entrecerrando los ojos—, pero hace años me mudé aquí —su voz se quiebra un poco.

—¿A qué hora cierra?

—A las dos.

Morris saca su placa y se la muestra, y Julieta da un paso atrás.

—No se asuste, por favor —pide la inspectora—. Estamos investigando a Teodoro y Antonio. —Suelta de golpe estos dos nombres, y la cara de ella cambia por completo.

La chica parece que se va a caer redonda al suelo. Medina se da cuenta y se lanza a sujetarla.

—Ey, ey, venga aquí, ¿está bien? —La ayuda a sentarse en el taburete que hay tras el mostrador.

—Estoy bien, gracias —dice, apartándose el cabello de la cara.

—Disculpe —la inspectora se acerca y la coge de la mano—, no queríamos importunar, solo hacerle unas preguntas.

—¡No! Lo siento, no —dice, liberando su mano del agarre de Morris.

—¿Prefiere que vengamos en otro momento? —pregunta Medina.

—Es que no entiendo qué tengo yo que ver con esos dos —intenta decir, algo más calmada.

—Lo entendemos, pero necesitamos su ayuda.

—¿Ayuda? ¿Yo? No tengo nada que ver con ellos.

—Sabemos lo que Teo le hizo —suelta de golpe Morris. Su compañero se la queda mirando y hace una mueca con la cara.

—¿Teo? —titubea ella—. No, él trató de ayudarme.

—¿Qué quiere decir? —Medina la mira extrañado.

—Si les cuento lo que pasó, ¿me prometen que nadie se enterará?

—¿No quiere hacer justicia? —Morris mueve la cabeza, sin entender nada.

—La justicia no existe, señora.

—Déjenos intentarlo.

—Estoy casada, y mi marido no sabe nada de lo que me sucedió. Quiero que siga siendo así.

—La entendemos —interviene Medina—, pero estamos tratando de encontrar a una posible víctima. —Julieta lo mira y traga saliva.

—Si quieren que les hable de ese sinvergüenza, deben prometerme que mi testimonio se quedará aquí. Si no me aseguran eso, les ruego que se marchen por donde han venido.

—Trato hecho —afirma la inspectora.

Julieta se levanta y se agarra al mostrador, ya que todavía está un poco mareada. Morris la sujeta y ella asiente con la cabeza. Camina hasta la entrada, cierra con llave y da la vuelta al cartel para que se lea «cerrado» desde el exterior.

—Síganme a la trastienda, por favor.

Se sientan alrededor de una pequeña mesa de plástico y Julieta pone a hervir té.

—¿Qué ha hecho Antonio? —quiere saber la mujer.

—Estoy confundida —confiesa Morris—. En la denuncia acusa a Teodoro.

—Eso no puede ser. —Se gira con la tetera en la mano, extrañada—. En todo momento culpé a Antonio, él fue quien me violó.

—Lo lamento mucho. —De la misma rabia que siente, Morris se muerde el labio inferior.

—Cierro los ojos y todavía los escucho. —Julieta deja la tetera sobre la mesa y se sienta.

—¿A quiénes? —pregunta Medina.

—A Luis y a su novieta. Recuerdo a la perfección cómo me ataron a la cama, me obligaron a tomar algo y, a partir de ahí, solamente tengo flashes. —Respira profundo—. Todavía escucho sus jadeos, recuerdo su hedor a sudor y la risa estridente de ella pidiéndole que me diera más duro.

Morris traga saliva, aprieta los puños, clavándose las uñas, intentando mantener la compostura. Pero esa confesión la está rompiendo en mil pedazos por dentro.

—¡Cabrones! —sisea Medina.

—No recuerdo lo que me hicieron, gracias a que me drogaron —confiesa, mirando al inspector, que tiene los ojos rojos—. Me pasé

una semana metida en la cama sin poder casi moverme; me dolía cada rincón del cuerpo.

—¿Por qué no fue a la policía el mismo día?

—Porque estaba avergonzada, me sentía ultrajada, rota, y no recordaba ni cómo había llegado a casa. —La voz se le quiebra. —Me daba vergüenza. —Traga saliva—. Hasta que un día, en la fiesta de cumpleaños de mi prima, el olor de un perfume me trajo un recuerdo. Antonio y Teodoro discutían. Teo le increpaba algo, les decía que estaban locos. Su hermano le repetía que se fuera a casa y ella no dejaba de reírse. Luego, recuerdo cómo se acercó hasta mí, me acarició el pelo y me susurró que estaba todo bien. Me sacó de allí, me subió a un coche y me dejó en la puerta de mi casa.

—¿Entonces Teodoro protege a su hermano? —pregunta Medina, agarrándole la mano temblorosa a Julieta. Morris los observa en silencio.

—¡Su hermano es un hijo de puta!

—¿Recuerda algo de la casa?

Julieta toma aire, se levanta, sirve el té con manos temblorosas y se sienta otra vez. Aquellos momentos que la han atormentado durante años regresan de nuevo, y al decirlos en voz alta, hasta su cuerpo le vuelve a doler.

—Estaba cerca del mar.

—¿Algo llamativo de la mujer que acompañaba a Antonio? —pregunta Morris con cautela. Medina la mira de reojo.

—Su risa, su voz siniestra y… —se queda en silencio, parece que recuerda algo—. Me dijo algo, algo como «Chilla lo que quieras, aquí abajo nadie te va a escuchar».

Medina mira a Morris. Ella asiente y saca su teléfono.

—Carmen, necesito que vayas al registro y te faciliten todas las propiedades de Antonio, Teo, su madre, su padre y Alicia García.

—¿Qué habéis encontrado? —quiere saber Carmen, inquieta.

—Liú puede estar retenida en una casa.

—Me pongo a ello.

Morris cuelga y mira a Julieta.

—Hay una chica secuestrada —confiesa la inspectora.

—¡Dios mío! —Julieta se pone las manos sobre la boca y las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos.

—Si recuerda alguna cosa más, por favor, sería de gran ayuda —la voz de Morris suena quebrada.

Julieta cierra los ojos y se agarra con ambas manos a la silla de plástico.

—Había unas escaleras, el olor a playa… ella era… —Se queda parada, parece que su mente está viendo algo—. Pelirroja, estoy segura. Había libros en el suelo, como caídos. —Se queda en silencio y finalmente abre los ojos—. Lo siento mucho, no recuerdo nada más.

—No se preocupe, de verdad, ha sido de gran ayuda. —Morris se levanta y le aprieta la mano.

—Ojalá la encuentren.

—Si alguna vez cambia de idea, puede hablar con nosotros.

—Se lo agradezco, pero no.

CAPÍTULO 54

Morris camina por la orilla de la playa. De repente, un viento muy fuerte se levanta, el cabello le emborrona la vista y un susurro la deja paralizada. Es una voz que intenta decirle algo. Se queda quieta, escuchando. El sonido de las olas la acuna con lentitud y, a lo lejos, de nuevo ese rumor.

—Ella lo mató —dice la voz que trae el viento.

Morris abre los ojos y empieza a correr, pero no avanza. Corre y corre, pero no se mueve del sitio.

—Ella mató a mi gato —repite la voz.

De golpe, una risa estridente suena muy fuerte. Morris grita y se incorpora en su cama, sudando y con la respiración entrecortada.

—Amor, ¿te *encontrás* bien? —Luca la abraza y ella, con los ojos abiertos, intenta recuperar el aliento.

—Sí, estoy bien —contesta. Él le da un suave beso y le alisa el pelo con la mano.

—¿Los murciélagos de nuevo?

—No, esta vez era la voz de Liú.

—¿Liú? —Él se acomoda en la cama, sin saber de qué está hablando.

—Es el caso en el que estoy trabajando ahora, me lleva de cabeza.

—*Amor, te tomás demasiado en serio tu trabajo* —la recrimina.

Ella lo ignora, mira su teléfono móvil y ve que son las cinco de la mañana. Sabe que no va a conciliar el sueño de nuevo, así que se levanta.

—Necesito despejar la mente.

—*Volvete* a dormir, hace un día de miércoles afuera. —Señala hacia la ventana. Morris se fija en que hace mucho viento.

—Necesito pensar, tú vuélvete a dormir —se acerca y le da un beso en los labios.

—*Dale, quedate conmigo* —él la abraza para que regrese bajo las sábanas.

—Luego vuelvo —contesta ella, le da otro beso y sale de la habitación.

Se prepara un café, coge los informes de Alicia junto con el expediente de Julieta y se sienta en el sofá. Vuelve a leer la denuncia y, de golpe, abre mucho los ojos. Se levanta, se cambia y sale a toda prisa de su apartamento.

Media hora después, aparca al final de una calle sin salida. Se queda mirando y, tras unas pequeñas escaleras, ve la cala que observó desde la casa de Antonio.

Se baja del coche, se coloca el abrigo, el gorro y se envuelve con una bufanda enorme antes de bajar hacia la cala.

—Si Luca me viera —sonríe.

Baja las escaleras y el lugar le parece precioso, una pequeña calita de piedras y arena. A la izquierda, hay una roca bastante grande desde la que podrá ver el amanecer como se debe. Es lo que más adora de Alicante: sus amaneceres. Son magia pura, la llenan de vida y la relajan a partes iguales. Se sienta sobre la roca, apretujándose sobre sí misma, y mira hacia el horizonte. Está amaneciendo, y los colores son indescriptibles. Hace un frío terrible, pero ella está bien, está a gusto, escuchando cómo las olas rompen en la orilla.

Se gira y abre los ojos en busca de la que podría ser la casa de Antonio. Va moviendo la vista por varias de ellas, y es que en ese montículo hay tres, cada cual más lujosa. Su mirada se detiene en la del medio; por la distancia, debería ser esa, pero al fijarse bien, se da cuenta de que tiene tres pisos, así que la descarta. Posa los ojos en la de al lado, pero tampoco puede ser, porque tiene una sola planta.

Vuelve a recorrer las otras dos casas con la mirada, mueve la cabeza, confundida, y se levanta. Baja de la piedra con cuidado y

pasea por la playa. Saca el móvil y busca las fotos de la casa de Antonio.

El tejado es de color negro. Levanta la vista y se fija en que la única con el tejado negro es la del medio.

—No puede ser —niega con la cabeza. Vuelve a mirar el móvil y luego a la casa.

En ese momento, su cabeza hace *click* y sale de allí como alma que lleva al diablo.

CAPÍTULO 55

Entra a la carrera en la comisaría. Ha llamado a Medina y a Carmen, que ya van de camino. El agente se sobresalta al verla aparecer así, y porque apenas son las siete de la mañana.

—¡Inspectora! —se levanta de un salto—. ¿Todo bien?

—Sí, sí, diles a Carmen y a Medina que estoy aquí —pide, sin mirar atrás.

Entra en la sala tres y mira la pizarra. En ella está la foto de Alicia, con varias flechas que salen hacia la izquierda, donde hay características y un pequeño resumen. En el centro, la foto de Mike; y a la derecha, la de Liú.

—Espero llegar a tiempo, Liú —dice, acercándose y tocando su imagen.

Carmen entra por la puerta con cara de dormida, y Medina, bostezando.

—¿Qué ha pasado, Camila? —Dasilva se acerca.

—¿Conseguiste los planos de las casas de Antonio? —quiere saber, acercándose a verlos entrar.

—Sí, los traigo aquí —contesta, sacándolos del bolso—. Me los lleve a casa porque ayer ya era muy tarde para llamarte.

Los coge y, sin decir nada se sienta. Abre varias carpetas hasta que da con una de color lila, en la que Carmen le ha explicado que están todas las propiedades tanto de los García como de la familia Mora. Se acomoda y empieza a pasar las páginas.

Hay un dúplex en el centro de Alicante y un chalet en la urbanización de la playa que pasaron a ser propiedad de Alicia tras la muerte de su padre, pero que fueron vendidos hace siete y cinco años, respectivamente. Alicia donó todo el dinero a una asociación para la lucha contra las enfermedades mentales.

—¿Por qué quedarte sin nada, Alicia? —pregunta en voz alta. Carmen y Medina se miran, expectantes.

Las propiedades de los Mora son más extensas, si cabe, la casa donde vive en la actualidad Lucía Mora, dos pisos en el centro de Alicante, otro en Madrid, el chalet de Antonio, un adosado en San Juan y dos locales comerciales. Todos pertenecen a la sociedad familiar y tienen un fideicomiso asociado.

—Hay una cosa que no me cuadra —dice finalmente.

—¿A qué te refieres? —Medina se sienta frente a ella.

—Esta mañana he estado en casa de Antonio.

—¿Qué? —Su compañero levanta la vista y la mira, perplejo.

—¿Has ido sola? —la recrimina Carmen.

—Tranquilos —levanta las manos, excusándose—. No entré en su casa, estuve en la cala que hay cerca.

Medina frunce el ceño.

—¿Qué te hizo ir hasta allí? —Carmen se sienta frente a su compañera y entrelaza las manos, nerviosa.

Morris saca su móvil y les muestra las fotos que ha hecho.

—Fijaos en la casa.

Medina coge el móvil, Carmen asoma la cabeza y, de golpe, él abre mucho los ojos.

—¡No puede ser! —Mira a su compañera, y esta asiente.

—¿Qué? —quiere saber Carmen, mirando la foto.

—¡Hay tres plantas! —chasquea los dedos frente a la pantalla.

—No puede ser. —Carmen le arrebata el móvil, amplía la imagen y lo deja sobre la mesa para sacar los planos y extenderlos.

—Esto es muy raro —señala sobre una parte del papel—, aquí solo constan dos plantas.

—¿Y por qué hay tres pisos en la foto? —Morris está de pie, mirando a Carmen.

—¿Estás segura de que es la casa de Antonio? —quiere saber. Morris levanta una ceja.

—Vale —levanta las manos, se incorpora y comienza a caminar nerviosa por la sala—. ¿Estamos hablando de lo que creo que estamos hablando?

—Sí —afirma Medina—. Estamos hablando de que ese desgraciado tiene un sótano que no figura en los planos.

—¡Me cago en la hostia! —exclama Carmen, dando un golpe sobre la mesa. Medina la mira, asintiendo con la cabeza.

—Son las siete y media —Morris mira el reloj—. En media hora llegan los equipos. Reúnelos en la sala tres y, a las nueve, en cuanto hable con el comisario, nos dirigimos hacia allí.

Carmen mueve la cabeza, sin dejar de mirar los planos.

—Liú está ahí, estoy segura, Carmen.

CAPÍTULO 56

La casa de Antonio está rodeada, pero los efectivos permanecen ocultos; el plan es entrar sin hacer ruido para evitar que Alicia se escape, porque saben de sobra que es muy escurridiza. Seis agentes están apostados en la puerta principal. Morris, Medina y Carmen siguen metidos en su vehículo, en la calle de detrás, conectados por video y audio al equipo. El plan es esperar a que los efectivos entren, pero Morris está de los nervios y quiere entrar ella misma.

—Vamos —dice.

—¿A dónde? —pregunta Medina, moviendo la cabeza—. El plan es que ellos entren primero. No sabemos con qué nos vamos a encontrar.

—¿Y si se topan con ella de frente? —replica Morris, girándose en su asiento—. ¿Creéis que una pistola la mantendrá quieta?

—Es capaz de matar a Liú —confirma Carmen.

—La psiquiatra nos dijo que debíamos hacerle ver las consecuencias, hablarle a ella directamente.

—A eso me refiero, Medina.

—Pues tú eres la más adecuada —Medina se vuelve para mirar a Carmen, que está repantigada en el asiento trasero.

—¿Te ves preparada?

—Vamos a salvar a Liú —asiente con la cabeza.

Los tres salen del coche y se dirigen hacia la puerta. El jefe del dispositivo, al verlos, va directo hacia ellos levantando las manos.

—No pueden estar aquí —los regaña.

—Alicia solo escuchará a Carmen —responde Morris.

—¡No! —niega él con la cabeza.

—Ella la conoce —suplica Morris. El hombre se la queda mirando y resopla.

—Está bien, pero usen los chalecos antibalas.

Morris se da un golpe en el pecho para indicar que ya los llevan puestos.

—Sitúense siempre detrás de los efectivos, ¿entendido?

Los tres asienten y el jefe del operativo se aleja de ellos. Se acerca a su equipo y empieza a hacerles señas con las manos. El portón exterior se abre y comienzan a entrar sin hacer ruido. Uno de ellos se acerca a la puerta de la casa, se agacha y manipula la cerradura. A los pocos segundos, la puerta se abre. El agente se coloca de pie, con la espalda pegada a la pared, mirando a su jefe. Este le hace una señal con la cabeza, y tres hombres entran. El resto queda a la espera, agazapado.

La respiración de Morris se acelera. Le agarra la mano a Medina, que le guiña un ojo para tranquilizarla. Pasados cinco minutos, sale un agente. Niega con la cabeza. El jefe se acerca a Morris.

—Inspectora, solo hay dos plantas —susurra.

—Hay tres plantas —vocaliza ella sin hablar. Él se la queda mirando.

—Detrás de mí —ordena.

El jefe avanza hasta el interior, y ella le sigue. Toma la mano a Carmen para que la acompañe, y le pide a Medina que espere. Este hincha los carrillos de frustración, pero finalmente asiente. Los tres se adentran en la casa. Todo está en silencio absoluto, y uno de los agentes les hace un gesto con las manos, pidiendo que entren con calma.

Morris observa la estancia; todo está igual. Camina con pasos largos y silenciosos por el salón. No hay ningún indicio de puerta en ninguna pared, ni en el suelo. Va hacia la habitación que usan para dejar los enseres de la playa y abre con mucho cuidado el armario. Toca las paredes, pero todo parece normal. Entra en la otra habitación y lo mismo: no hay rastro de entrada.

Morris levanta ambos brazos y hace señales con las manos, indicando que quizá la entrada está por fuera. Uno de los agentes la entiende a la primera, se gira y da indicación a otro, quien obedece al instante.

Carmen la mira desesperada. Están en un callejón sin salida. Le aprieta el brazo para darle fuerza y salen de la habitación. Morris sonríe al ver la novela 1984, la favorita de su padre. Involuntariamente, se pone a tocarla y recuerda las palabras de Julieta.

—Había libros en el suelo —susurra.

El jefe del operativo la mira con los ojos muy abiertos y le manda callar. Ella abre aún más los ojos y empieza a señalar hacia la estantería. Se agacha, toca el suelo y se aprecian diminutas marcas de fricción. Carmen las toca, levanta la vista y afirma con la cabeza. El agente se acerca, Morris le susurra algo en el oído y él abre los ojos, haciendo señas con el brazo que le queda libre. Tres policías entran y él indica hacia la estantería. Carmen y Morris se hacen a un lado.

Tras varios segundos tratando de abrirla sin hacer ruido, se escucha un *clack*. Uno de los agentes empuja la estantería, que cede, y empiezan a bajar, gritando.

—¡Policía, quieta, policía!

—Camila. —Carmen se agarra de las manos de su compañera.

—¡Inspectora, baje! —grita uno de los agentes. Carmen y Morris no dan tregua y bajan a toda prisa. Allí, en una especie de salón, está Alicia, de pie con un cuchillo de cocina, amenazando con cortarse las venas. Carmen, al verla, suelta un grito.

—¡Alicia, no! —dice, adelantándose. Uno de los agentes la frena, pero ella le retira el brazo—. Por favor —suplica, sin dejar de mirarla a los ojos

—No soy Alicia —responde, apretando los dientes con rabia.

—Sé que estás ahí dentro, sé que estás ahí.

Ella aprieta un poco el cuchillo sobre su piel y un hilo rojo resbala de su muñeca.

—Cierra los ojos y recuerda las palabras de tu abuela.

Maica abre mucho los ojos.

—Ella es débil.

—¿Quién? —susurra Carmen mientras avanza muy poco a poco.

—Alicia es débil.

—No lo es —niega Carmen con la cabeza—. Ella es buena y se merece una vida buena.

—¡No!

—¿Dónde está Liú?

—Para ella ya es tarde —ríe con estridencia.

—¿Qué le has hecho? —suplica Carmen.

—Ella intentó matar a Alicia —se pasa la lengua por el labio inferior—, solamente la defendí. Estoy aquí para defenderla.

Morris se mueve hacia una de las habitaciones, abre la puerta, pero allí solo hay una cama deshecha. Se acerca a la siguiente puerta y, al abrirla, ve a Liú en el suelo, un charco de sangre cubre su cabeza. Ahoga un grito y se acerca hasta ella.

—¡Sanitarios! —pide a través de los auriculares—. Tenemos a Liú, está herida, pero está viva.

—¿Alicia? —La voz de Carmen es dulce mientras va avanzando hacia ella.

—No —niega con la cabeza, su cuerpo tiembla.

—Todavía estamos a tiempo, todavía podemos ayudarte. Solo tienes que entregarme ese cuchillo. —Carmen se acerca un poco más.

—¡No! —repite Maica, moviendo la cabeza, ahora algo mareada

—Piensa en las consecuencias de tus actos, tienes que ser consecuente.

—¿Carmen? —La voz de Alicia suena aflautada, su cara ahora refleja pánico. Baja la mirada hasta la mano que tiene apoyada contra su piel—. ¿Qué pasa?

—Estoy aquí, Alicia —dice Carmen.

—Ayúdame —suplica, quitando el cuchillo de su brazo.

—Suéltalo —solicita Carmen, aprovechando para acercarse más.

La cara de Alicia cambia por completo en una fracción de segundo y comienza a reír como si hubiese enloquecido.

—¡Para Alicia también es tarde! —una mueca retuerce su sonrisa. El agente mira a Carmen, esperando una señal sobre qué hacer.

—¿Quién eres? —pregunta ella, levantando las manos.

—Soy Maica —asegura. La cara de Carmen se descompone—. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo de ti, y debes saber que todo lo que estás haciendo tendrá consecuencias para Alicia.

—Lo sé —Maica mira a Carmen directamente a los ojos, sin dejar de sonreír —. Volvemos a estar juntas, para siempre.

En un movimiento rápido, se clava el cuchillo en el vientre y se dobla hacia delante. Se lo arranca y lo lanza al suelo.

—¡Nooo! —grita Carmen, abalanzándose sobre ella, pero Alicia cae de rodillas. Varios agentes se lanzan a cogerla. Carmen se tira al suelo y mira cómo la sangre brota de su estómago.

—¡Una toalla! —grita uno de los policías. Otro tira de un trapo que hay sobre la mesa y se arrodilla junto a Carmen, que tiene un rictus totalmente desencajado y aprieta la mandíbula.

—¡Ayuda! —suplica Carmen antes de perderse en la mirada de Alicia.

—Ray…Rayna —balbucea ella, con lágrimas en los ojos.

—No, cariño, lucha, puedes luchar —se aferra a la mano de Alicia para darle aliento.

—Quiero descansar, por favor.

—Alicia, por favor… —tartamudea Carmen.

Aprieta los labios y deja caer las lágrimas que ha estado aguantando. Llora de rabia e ira, no solo por Alicia, sino también por esa niña de siete años a la que las circunstancias de la vida llevaron por un camino que no debía haber sido el suyo.

Alicia levanta una mano hacia el cielo y sonríe.

—Mami —susurra.

—Alicia, mírame. —Carmen le sujeta la cara para que la mire, pero ella está embobada, mirando hacia el techo.

—Gracias —susurra Alicia.

—¡Nooo! ¡Sigue luchando, mi niña! —grita Carmen, llena de rabia.

Alicia la mira sin dejar de sonreír, y sin más, su cuerpo se queda flojo y sus ojos sin vida.

—¡No! —Carmen la abraza y la balancea. Tras unos minutos siente la mano de su compañera Morris en el hombro, levanta la cabeza y se queda mirado la cara de Alicia, calmada, en paz. Le

cierra los ojos al mismo tiempo que una lágrima resbala por su mejilla.

—Cuidaré de Rayna, mi niña, cuidaré de Rayna.

—Lo siento muchísimo —susurra Morris agachada.

Epílogo

Junio de 2021

El tribunal está abarrotado. Morris, Medina y Carmen se colocan en la última fila de la sala. Los flashes de las cámaras se encienden y apagan intermitentemente; el caso ha dado la vuelta al país. Antonio Pérez-Mora, el acusado, está sentado en el banquillo, y su cara no refleja emoción alguna.

La última en testificar es Julieta, quien se encuentra sentada en la segunda fila. Se levanta al ser llamada y se gira buscando la mirada de la inspectora. Al encontrarse con ella, ve que asiente con la cabeza y entrelaza las manos en su regazo para darle aliento.

La fiscalía ha presentado una montaña de pruebas, incluyendo testimonios de múltiples víctimas que describen patrones similares de abuso y secuestro por parte de Antonio y Alicia. En todos los casos se hace referencia a ambos como cómplices, y en algunos se habla de un tercer implicado, Teodoro, que ahora se encuentra en paradero desconocido.

—Señor Fiscal, se considera finalizada su exposición. Abogado defensor, tiene la palabra —anuncia el juez con voz firme, una vez que el fiscal ha intervenido.

—Señora, han pasado muchos años desde los supuestos actos —comienza el abogado López, mirando a Julieta para tratar de intimidarla—. Eran jóvenes y lo más probable es que mi defendido le diera calabazas a la señorita Julieta y…

—Protesto —se levanta el abogado de la fiscalía—. Está tratando de coaccionar a la víctima.

—Se admite —afirma el Juez—. Señor López, limítese a las pruebas, evite conjeturas.

—Señora Julieta —se dirige al estrado —, ¿por qué tardó tanto en denunciar?

—Sentía vergüenza de lo que ellos me hicieron.

—Supuestamente —recalca el abogado.

—Ellos me drogaron —Julieta escupe las palabras, agarrada al marco del estrado—. Me violaron, estoy viva gracias a su hermano.

—Que casualmente está desaparecido y no puede apoyar su versión. —El abogado la mira y sonríe. Después de más preguntas incómodas para Julieta, el Juez interviene.

—Letrado, creo que ha tenido suficiente tiempo.

Se dirige ahora a Antonio, quien tiene la mirada fija en un punto de la pared.

—Señor Pérez-Mora, tiene la última palabra —el juez lo mira entrecerrando los ojos.

Se levanta, reta a la víctima con la mirada y finaliza con un carraspeo exagerado.

—¡No soy culpable! Todas ellas mienten.

Un murmullo recorre la sala. Una mujer se levanta y los flashes de las cámaras se disparan.

—¡¿No culpable, maldito hijo de la gran puta?! —grita desesperada. El juez golpea su mazo.

—¡Orden! Por favor, ¡orden!

Varios agentes se acercan a la mujer, que está sujeta por un hombre que trata de contenerla.

—Por favor, será mejor que espere fuera —se lamenta uno de los agentes con ojos suplicantes mientras se la lleva de la sala.

—¡Este maldito hijo de puta violó a mi hija! Y ella intentó quitarse la vida porque las pesadillas no la dejaban dormir.

—Ana, por favor —Su marido trata de tranquilizarla.

—¡Justicia! —grita otro hombre.

—¡Silencio! —El juez eleva la voz, poniéndose en pie mientras unos agentes se llevan a la mujer entre llantos.

—Justicia —susurra Julieta, mirando al juez, que toma una bocanada de aire y se vuelve a sentar.

—He escuchado los testimonios —comienza a hablar con una voz solemne—. He analizado las pruebas y he sopesado, aunque no lo

crea —dice mirando al abogado del acusado—, ambas partes. Y este tribunal ha llegado a una conclusión clara e inapelable.

La sala se sume en un absoluto silencio.

—Señor Pérez-Mora, usted ha sido declarado culpable de múltiples delitos de violación, secuestro y agresiones. Sus actos han causado un daño irreparable a muchísimas víctimas y, por ende, a sus familias. Su comportamiento y el de su compañera ha sido cruel, calculador y despiadado.

El juez hace otra pausa, observando al acusado, que no cambia la expresión de su rostro ni un ápice.

—En consideración de la gravedad de los delitos y la cantidad de víctimas que han testificado en este tribunal, se le impone una pena de treinta años de prisión.

La sala estalla en aplausos, que son rápidamente sofocados por el mazo del juez, quien pide silencio.

—¡Llévenselo, agentes!

Julieta se acerca a Morris, Medina y a Carmen que están sonriendo. Se lanza directa a los brazos de Morris, quien se queda parada sin saber muy bien qué hacer, mientras Medina suelta una carcajada.

—Buen trabajo, jefa —susurra.

—Gracias, inspectora —Julieta se separa, el labio inferior le tiembla—, me transmitió valentía, tenía razón: hacer justicia es un placer inigualable.

—Enhorabuena, Julieta —sonríe Medina—. Espero que, a partir de ahora, puedas volver a pasear por Alicante con tranquilidad.

—No lo dude, inspector, no lo dude. No tendré vida para darles las gracias.

Un año más tarde

Sonia y Liú están preparando la mesa de comedor; sus amigos vienen a celebrar que, por fin, se han mudado a una preciosa planta baja en el centro. Y es que, para Liú, la seguridad de Nana es lo más importante. Aunque *Ella* ya no existe, los miedos y fantasmas del pasado no han acabado de marcharse de la mente de Liú, y sigue

persiguiéndola en sus sueños, solo que ahora porta a Nana en brazos.

Liú pasó muchos meses en un centro de rehabilitación en Valencia, ya que los golpes que le propinó Maica le provocaron una parálisis en la parte izquierda de su cuerpo. Le han quedado unas pequeñas secuelas que la hacen caminar un poco más lenta, y su mano izquierda ha quedado medio paralizada, pero, por suerte, ella es diestra, por lo que su trabajo de diseñadora no se ha visto afectado en gran medida.

—¿Has sacado la ensaladilla? —pregunta Sonia desde el patio interior.

—¡Ay no! ¡La saco ya! —responde. La gata, que desde que Liú está en casa es su sombra, se restriega entre sus piernas—. Vas a hacer que me caiga, pequeña mía —se agacha para cogerla y la abraza.

Suena el timbre, Sonia sale disparada hacia la puerta y, antes de llegar, vuelve a sonar. Resopla, porque sabe perfectamente quién está al otro lado de la puerta. Allí, con globos de colores y flores, están Raúl, Lara, Ana y Pablo.

—¿Hemos interrumpido algo, tortolitas? —pregunta Raúl, guiñándole el ojo con exageración. Sonia lo mira y niega con la cabeza, pero lo abraza.

—¿Cómo va esa pierna? —le pregunta bajito.

—En orden —responde, cogiéndola en volandas y entrando al recibidor. El resto de sus amigos entra en la casa sonriendo.

—¡Raúl! —grita—. ¡Suelta!

Liú aparece caminando despacio por el pasillo con Nana en brazos. Los mira y sonríe, se siente afortunada.

GRACIAS, LECTOR

Gracias, gracias y mil veces gracias por darle una oportunidad a esta novela. Para mí, es muy importante. Tras cada historia hay muchísimo esfuerzo, trabajo, constancia, dedicación y amor, mucho amor.

Y es por eso que me voy a atrever a pedirte que me ayudes a difundir esta novela para que llegue a más lectores, dejando una valoración sobre esta misma en Amazon.

Tu opinión es importante para mí.



Si quieres conocer mis próximos lanzamientos, sigue mi página de autor de Amazon a través de este QR.

AGRADECIMIENTOS

Este libro empezó como un pequeño relato en el canal de mi gran amiga Labda Tatiana Leal (canales de YouTube Leyendo con Labda y el Rincón de la imaginación). ¿Quién nos iba a decir a nosotras que, años más tarde, esto que comenzó como una mera diversión sería plasmado como una novela? Gracias, mi Labda.

A mi alma gemela, mi todo, mi compañero de vida, mi marido **Damián**: gracias por animarme y alentarme a seguir escribiendo, por apoyarme en cada una de mis locuras y por estar siempre a mi lado, en las buenas y en las malas. Siempre mirando el lado positivo de todo y lo mejor, siempre con una sonrisa y dejándome mis espacios para escribir. Te quiero.

A mi **madre**, gracias por darme alas y sostenerme en la distancia. Te quiero.

Mari Cruz, llegaste en el momento justo y fue para quedarte. Gracias por tantísimo apoyo.

Mi **Lola Madera**, mi musa, mi fan número 1, mi amiga, mi hermana alicantina, sin ti esto tampoco hubiera sido posible. Me conociste literariamente con este relato y me has transmitido siempre una pasión arrolladora. Me he inspirado un millón de veces con una simple palabra tuya, te has emocionado más que yo muchas veces con mis propias historias. Me quedo sin palabras para expresar lo que siento. Junto a Mariló hacemos el tándem perfecto. Sigamos soñando a lo grande, ¿vale?

A mis **bimbitas y mis cariñas**, no me puedo olvidar de vosotras, mis chicas : Vero, Alicia, Irene, Olga, Julieta, Giuli, Pauli, y María, sois las mejores compañeras que se podría tener, siempre estáis ahí cuando os necesito, y me apoyáis en absolutamente todo. Os quiero a rabiar. Y, obvio, a mi David que me sigue en redes el

primero y se alegra de mis visualizaciones como el que más jajaja, eres maravilloso amigo. GRACIAS.

Mi familia literaria, estáis siendo un pilar fundamental en esta nueva etapa y me siento afortunada de teneros en mi vida:

En primer lugar, a mi **Roxy** (*@Librous90*), una de mis lectoras 0, pero que no se ha quedado en eso. Hoy puedo decir en voz alta *mi amiga* Roxy, esa que me alienta y aleja de un puñetazo al impostor, esa que me anima a seguir con los dedos en llamas, porque sí, esa frase será siempre tuya. Esa amiga que llegó en el preciso momento que tenía que llegar para quedarse, para siempre. Lo siento en el alma, nuestro contrato de amistad está sellado con sangre y quemado. Te quiero, gracias por tanto.

La llegada de **Sara** (@loslibrosde_ansa) fue para revolucionarme la cabeza y descubrir que hay gente maravillosa por el mundo. Y tú, querida amiga, lo eres. Me ayudaste sin pensártelo dos veces, y de la noche a la mañana te convertiste en RRHH de mi equipo de lectoras cero. Gracias por ser como eres, MARAVILLOSA.

Mi **Isa** (@isacat7), menuda sorpresa, querida. Nos conocimos gracias a Roxy y descubrí que había mucho dentro de ti. No te imaginas todo lo que me has aportado en términos escritoriles (esta es una palabra que fácilmente dirías tú). De verdad, seria, concisa, buscando la mejora, y al mismo tiempo con tus toques de humor que tantos momentos de risa nos han aportado. Gracias y mil gracias.

Y de golpe llega **Majo López** (@majolopezand). Mil millones de gracias por tus sabios consejos, tus mensajes en el drive a saco jajajaja, y por estar ahí al otro lado siempre. Y es que me has rescatado ya de un par, querida, otra que ha firmado un contrato inquebrantable. Nos queda un largo camino, estoy segura.

A mi **Ana** (@AnaSerCa), no me olvido de ti. Que sé que estás deseando que salga esta novela, que te alegras a mi lado de cada paso que doy, y que gritamos juntas, cogidas de la mano, en la distancia, por audio, por Whatsapp y de todas las maneras. Pero gritamos, y también nos alejamos del impostor porque cuando no se aposenta con una, se aposenta con la otra. Te quiero, mi bella.

A **tod@s** y cada uno de vosotros, gracias por estar, gracias por el aguante, gracias por animarme a perseguir mis sueños, pero, sobre todo, gracias por ayudarme a ser feliz.

Sin **vosotr@s** no sería la persona que soy hoy.

Tengo el alma llena.

Os quiero.

SOBRE LA AUTORA



Barcelonesa, nacida en 1983 y afincada en Alicante desde 2011. Apasionada de las letras desde que tengo memoria y aficionada a inventar historias prácticamente desde que nací (o eso dicen mis padres).

Visita mi Instagram: https://www.instagram.com/veronica.sandel/

Publico bajo el seudónimo de Verónica Sandel en los géneros de thriller y fantasía, y como Verónica Sánchez, la colección "Tu voz interior", una serie de libros de crecimiento personal.

Puedes visitar mi página web: https://www.veronicasandel.com/ o escribirme a vs.sandel@gmail.com siempre que quieras.



UNIVERSO MORRIS 1



Secretos, asesinatos y recuerdos olvidados, son algunos de los ingredientes que dan el pistoletazo de salida a esta aventura protagonizada por Morris y Medina.
Una mujer aparece con más de trescientas laceraciones en el parque central, no hay signos de lucha, ni tampoco huellas o testigos.
Los inspectores tendrán que trabajar a contrarreloj, adentrándose en un mundo en el que nada es lo que parece.
¿Llegarán a tiempo para salvar a la siguiente víctima?
¿Serán capaces de averiguar qué o quién se esconde tras estas muertes?
"*Una trama de suspense fresca y original, donde cada página es un nuevo enigma. Me mantuvo en intriga hasta el último momento".* Librous90
"Una historia que me atrapó desde el principio, su trama en muchos momentos me hacía pensar… ¿Ficción o realidad?" Lola Madera

UNIVERSO MORRIS 2



La inspectora Morris se enfrenta a una encrucijada: descubrir la verdad o alejarse para que nadie más muera. Morris despierta en la habitación de un hospital en Argentina tras un grave accidente, del que solo recuerda unos ojos. Parece que todo ha acabado hasta que regresa a Madrid y recibe una visita y una carta que harán que la determinación y los valores de Morris se tambaleen.
¿Debe dejarla morir para descubrir la verdad? ¿Todo vale? ¿En quién puede realmente confiar?
Y tú, ¿te atreves a descubrir la verdad?
«*Los giros de la novela me mantuvieron atrapada de principio a fin… Se convertirá en un best seller».*
Lola madera
«*Me tuvo mordiéndome las uñas y en constante tensión, hasta el punto de sentirme parte de la investigación junto a Morris y Medina»*.

Librous90

Si te gusta el thriller ,adéntrate en el #UniversoMorris de la mano de los inspectores Morris y Medina.
Disponibles en Amazon.



COLECCIÓN NOVELA CONTEMPORÁNEA

¿Has perdido el rumbo de tu vida en algún momento?
La vida de Laura toca fondo, su inmobiliaria y su matrimonio están en crisis, además la muerte de su madre la deja al borde del abismo. Sin embargo, al descubrir el diario que Isabel escribió antes de morir, en el que nos enseña que la vida son momentos, Laura encuentra una nueva perspectiva para seguir adelante, dándose cuenta página tras página de lo que realmente importa.
Un viaje hacia la introspección, hacia la infancia y aquellos momentos de nuestras vidas que nos hacen felices y vivos, y es que, Isabel nos invita a vivir.
«Maravilloso relato, en el que su lectura te invita a recordar y por contra volver a vivir con una sensibilidad magistral de principio a fin.» Lola Madera¿
¿Te atreves a visitar tus propios momentos a través de estas últimas páginas?

